

**LA FANTASMA  
DE HIGUEY.**

NOVELA ORIGINAL

DE

**Javier Angulo y Guridi.**



**HABANA**

IMPRESA DE A. M. DAVILA.— Aguac. núm. 49.

**1857.**

Sociedad Dominicana de Bibliófilos, Inc.

SANTO DOMINGO - REPUBLICA DOMINICANA

1981





**LA FANTASMA  
DE HIGUEY.**

---

NOVELA ORIGINAL

DE

**Javier Angulo y Guridi.**



**HABANA**

---

IMPRESA DE A. M. DAVILA.— Aguac. num. 49.

**1837.**



## Segunda Serie

1.— RESUMEN GENERAL DEL ACTIVO Y PASIVO DE LA SUCESION HEUREAUX, HECHO POR EL NOTARIO MIGUEL JOAQUIN ALFAU a requerimiento de la Comisión Judicial designada para la formación del Inventario. Primera edición, Imprenta García Hermanos, Santo Domingo, R.D., año de 1900.

2.— AMERICA VINDICADA DE LA CALUMNIA DE HABER SIDO MADRE DEL MAL VENEREO, Antonio Sánchez Valverde. Primera edición, Imprenta de Don Pedro Martín, Madrid, España, año de 1785.

3.— COLON EN LA ESPAÑOLA: ITINERARIO Y BIBLIOGRAFIA, Emilio Rodríguez Demorizi. Primera edición, C. por A., Ciudad Trujillo, R.D., año de 1942, publicación de la Academia Dominicana de la Historia.

4.— EXCLUSIVISMO Y FRATERNIDAD DE LOS PUEBLOS, Alejandro Angulo Guridi. Primera Edición, Imprenta Nacional, Santo Domingo, R.D., año de 1854.

5.— NOVENA PARA IMPLORAR LA PROTECCION DE MARIA SANTISIMA POR MEDIO DE SU IMAGEN DE LA ALTAGRACIA. Primera edición, en la Imprenta de Andrés Josef Blocquerst, año de 1800.

6.— IDEOLOGIA POLITICA DEL PUEBLO DOMINICANO, Lic. Federico C. Alvarez. Primera edición, La Información, C. por A., Santiago de los Caballeros, República Dominicana, 1929.

7.— TERREMOTO EN LA ISLA DE HAITI, O SUCESOS MEMORABLES DEL DIA 7 DE MAYO DE 1842, Capitán J.R. Márquez. Santo Domingo el 30 de mayo de 1842.

8.— MEMORIAS SOBRE LOS SUCESOS POLITICOS Y EL MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO DE 1886 EN LA REPUBLICA DOMINICANA Y PARTE QUE TOME EN ELLOS, Casimiro N. de Moya. Primera edición, Revista EME-EME, Vol. I, No. 6, mayo-junio de 1973, Santiago de los Caballeros, República Dominicana.

9.— EL ACTA DE LA SEPARACION DOMINICANA Y EL ACTA DE LA INDEPENDENCIA DE LOS ESTADOS UNIDOS DE AMERICA, Emilio Rodríguez Demorizi. Primera edición, Imprenta "La Opinión", Ciudad Trujillo, R.D., 1943.

10.— MEMORIA SOBRE LA VACUNA, Antonio Pineda. Santo Domingo en la Imprenta de la Capitanía General. Año de 1814.

11.— POESIA POPULAR Y POESIA NEGRA EN LAS ANTILLAS. Conferencia pronunciada por Tomás Hernández Franco. Segunda impresión, Editora Lozano, Santo Domingo, R.D. 1978.

12.— LA FANTASMA DE HIGUEY. Javier Angulo Guridi. Segunda impresión, Santo Domingo, R.D. 1980.



# LA FANTASMA DE HIGUEY

Novela Original de Javier Angulo y Guridi  
1857

Sociedad Dominicana de Bibliófilos, Inc.  
SANTO DOMINGO - REPUBLICA DOMINICANA  
1981



## SOCIEDAD DOMINICANA DE BIBLIOFILOS, INC.

**Frank Moya Pons**  
**PRESIDENTE**

**Gustavo Tavares Espailat**  
**VICEPRESIDENTE**

**Bolívar Báez**  
**TESORERO**

**Bernardo Vega**  
**VICETESORERO**

**Práxedes Castillo**  
**SECRETARIO**

**Juan Antonio Perrota**  
**VICESECRETARIO**

**Frank Marino Hernández**  
**Manuel García Arévalo**  
**Eugenio Pérez Montás**  
**Johnny Pacheco**  
**Juan Tomás Tavares K.**  
**VOCALES**

**Mons. Hugo Eduardo Polanco Brito**  
**Lic. Emilio Rodríguez D.**  
**Lic. Pedro Troncoso S.**  
**Lic. Vettlio Alfáu Durán**  
**ASESORES**

### AGRADECIMIENTO

La SOCIEDAD DOMINICANA DE BIBLIOFILOS, INC., agradece al Banco Nacional de la Vivienda y a Editora Corripio, C. por A., sus aportes que han hecho posibles esta segunda edición de LA FANTASMA DE HIGUEY de Javier Angulo Guridi sea distribuida entre sus socios gratuitamente.  
Santo Domingo,  
Enero, 1981

Impreso por  
EDITORIA CORRIPIO, C. POR A.



# Prológo

**DON FRANCISCO XAVIER ANGULO GURIDI**  
(1816–1884)

*Esta, La fantasma de Higüey, es hasta ahora, probablemente, la primera novela dominicana publicada por un escritor nativo. Su autor, afamado hombre de letras que ocupa puesto prominente en la literatura nacional, vivió en la mitad del siglo XIX en la blasonada villa de Salvaleón de Higüey, en donde estableció su hogar con doña María del Pilar Antonia Bulté, fue agente corresponsal de los periódicos que para entonces se publicaban en la Capital y fundó una escuela primaria. Su casa, ya destruída, estaba en la actual calle Santana, en donde estuvo la Logia Unión de Oriente No. 10050, y en donde funcionó por varios años una escuela elemental de las señoritas Patria Montás y Estela Durán Martí.*

*Era hijo de don Andrés Angulo Cabrera y de su esposa doña Francisca Guridi y Leos-Echalar Heredia, de antigua cepa colonial.*

*Nació en la ciudad de Santo Domingo el día tres de diciembre de 1816; y a los seis años, en 1822, emigró a la isla de Cuba con sus padres a consecuencia de la invasión operada por Boyer, Presidente de Haití, sobre esta parte dominicana de la Isla. Antes de radicarse en Cuba estuvieron de paso en la de Puerto Rico, en donde nació su hermano Alejandro, jurista y literato de fama que vivió siempre errante y falleció en Nicaragua en 1906.*

*En Cuba se educó en el Colegio Real de San Francisco, como alumno gratis a quien no le era dado aspirar a conocimientos superiores, retirándose a los catorce años al seno de su familia, donde con obras prestadas continuó sus estudios, en particular el*



de las bellas letras a que tuvo desde temprano la más decidida inclinación. A poco tiempo comenzó a publicar algunas composiciones en los periódicos de La Habana, bajo el anagrama de **Lugano** por miedo al diente de la crítica, no obstante que en la gacetilla de los mismos se le convidaba a descubrirse a la vez de tributarle algún elogio.

En 1836 fundó con otros jóvenes el periódico **La Prensa**, colaborando al mismo tiempo en **La Gaceta** y **El Fanal** de Puerto Príncipe (Camagüey), **El Eco** de Villa Clara, **El Fénix** de Sancti Espíritu, **El Correo** de Trinidad, **La Aurora** de Matanzas; y en el exterior en **El Correo de Ultramar** y en **El Liceo de Valencia**, de cuyo instituto también así llamado fue socio facultativo.

Después que **La Prensa** pasó a manos de los señores Lira y Riego, pasó a redactar con el señor don Buenaventura Vivó en la misma Habana, **El Avisador**; luego con don José Agustín Millan **El Diario de Avisos**, y más tarde con don Pedro Martín Rivero el semanario satírico **El Regañón**, en pugna con **La Charanga** del señor Villegas, a la vez de colaborar en **El Prisma**, **Las Flores de Mayo**, **El Aguinaldo**, **La Mariposa** y **La Enciclopedia**, unos semanales y otros mensuales. Fue Secretario de la Real Junta de Estadística Judicial de la isla de Cuba y Profesor de humanidades en diversos colegios.

En 1843 publicó su primer libro, sin embargo de todos estos antecedentes, consigna don José Castellanos, coleccionista de la **Lira de Quisqueya**, primera antología dominicana dada a luz en 1874, nada se sabía de estos trabajos de Angulo Guridi hasta que vino a conocer su patria, la que saludó desde alta mar con una composición que luego se publicó en esta capital y en la que se encuentra la siguiente estrofa:

*¡Quien te dijera, Grecia, que algún día  
Modesta virgen de la indiana zona  
Su delicada frente adornaría  
Con el mismo laurel de tu corona!*

A consecuencia de la descubierta conjuración del año 1855, que tuvo ramificaciones en Higüey, en El Seibo y en esta Capital y que llevó al patíbulo a Duvergé, a Tomás de la Concha y a otros, lo juzgaron complicado en ella y tuvo que emigrar por segunda vez a



*La Habana, donde continuó su carrera literaria colaborando en el **Diario de la Marina**, hasta el año 1860 en que volvió a la patria, estableciéndose esta vez en Santiago de los Caballeros. En esta última ciudad fue Vocal de la Junta Sanitaria y fundó el periódico **El Progreso**, propulsor de la construcción de un ferrocarril de Santiago a Puerto Plata, en cuyas gestiones llegó a fundarse por su iniciativa una Junta de Fomento, publicando una memoria a ese respecto en un folleto.*

*Cuando en 1863 estalló la Guerra de la Restauración y se instaló en Santiago el Gobierno Provisorio, Angulo Guridi fue llamado a prestar sus servicios y alcanzó el grado de Coronel efectivo. Al fundarse un **Boletín Oficial** se hizo cargo de la redacción. Fue un periódico candente que dio carácter a la empresa y que hasta la misma oficialidad española buscaba en esta capital con avidez, no bien le introducían de oculto los patriotas. En dicho Gobierno desempeñó varios destinos de importancia hasta que fue derrocado el Presidente Pimentel. Entonces se trasladó a esta ciudad, fundando el periódico **El Tiempo**, en 1865. Durante los seis años de Báez fue Senador y colaboró en **El Laborante**, **El Dominicano** y **El Universal**, figurando como socio facultativo de la sociedad artística y literaria “La Republicana”. También dirigió el periódico **El Sol**.*

*Durante algunos años tuvo a su cargo la dirección del **Boletín Oficial**, en el cual reprodujo en forma de folletín recortable **La fantasma de Higüey**; y de ahí que en la **Antología de la literatura dominicana**. Santiago de los Caballeros, 1944 compilada por el licenciado M.A. Peña Batlle, se menciona esta obra entre las que no fueron recogidas en volúmenes, lo que no es cierto. Publicó **La campaña del higo**. Imprenta de García Hermanos. 1866 (32 páginas); **La ciguapa**, de 15 páginas, y **Silvio**, de 72 páginas. También publicó **La imprudencia de un marido**, (Noviembre 1868–enero 1869), **El Panorama** (**El Universal**, S.D. 1872–1873), **Una situación poco envidiable** (**El Sol**, enero–marzo de 1869), y **Paulino** (**La Actualidad**, agosto–octubre de 1879).*

*Para el teatro escribió **Cacharros y manigüeros**, trasuntos de la época de la Restauración, que se estrenó el 18 de octubre de 1867 en el Teatro La Republicana, **Los apuros de un destierro**, pieza cómica en prosa, compuesta en 1867, que tiene la curiosidad de ofrecer escenas en **papiamento**, el criollo de Curazao; **El conde***



*de Leos*, drama en verso compuesto en 1867 y estrenado el 3 de mayo de 1868 en el teatro *La Republicana*; y *Don Junípero*, pieza cómica estrenada en 1868.

*Iguaniona* es un drama perteneciente a la literatura indigenista escrito en el año 1867 y publicado en 1881 por la *Imprenta de J.J. Machado* en un folleto de 89 páginas, avalorado con un prólogo del alto poeta José Joaquín Pérez.

El sabio Pedro Henríquez Ureña, en su ojeada sobre la *Vida intelectual de Santo Domingo*, dice que los “dos hermanos, los Angulo Guridi, ocupan una curiosa posición aparte. Pertenecían a una de las familias emigradas a Cuba, y fueron de los contadísimos dominicanos que regresaron al proclamarse la República en 1844. Javier permaneció en el país, y escribió dramas, novelas, poesías, artículos de periódicos, y una *Geografía de la Isla*: su drama *Iguaniona*, de asunto indígena, está escrito en animado lenguaje; y algunas de sus poesías merecen ser recordadas: afiliado a la secta masónica, cantó “Al Grande Arquitecto del Universo”, divinidad intelectual (“La Razón filosófica eres tú”); y el regreso a la patria le inspiró versos sentidos”. En la página 142 de su obra *Obra crítica*, México, 1960, incluye a *Iguaniona* entre las “obras notables” del indigenismo en América.

Su *Geografía físico-histórica, antigua y moderna de la isla de Santo Domingo...* es un apretado resumen salpicado de datos interesantes, que tiene la singularidad de ser la primera publicada en el país. La primera edición vio la luz en 1866, (42 páginas); el siguiente año de 1867 apareció la del Padre Meriño (Fernando A. de Meriño). El 18 de julio de 1866 fue declarada texto oficial en la República por superior resolución. Contiene una tabla sinóptica de las distancias relativas de sus principales poblaciones, un cuadro de las más altas montañas, otro de los ríos más caudalosos, y un apéndice histórico perteneciente a los tiempos antiguos y modernos. Esa *Tabla* de las distancias sirvió para pagar a los miembros del Poder Legislativo que residían en el interior, hasta que fue sustituida en el año 1905 por otra confeccionada por el cartógrafo e historiador General Casimiro N. de Moya, estableciendo leguas métricas de a cuatro kilómetros. La segunda edición, corregida, apareció en 1871, y la tercera en 1881, también mejorada. La del Padre Meriño alcanzó igualmente tres ediciones: en 1867, en 1889 y en 1898; en la última colaboró el señor de Moya. En la segunda



edición Angulo Guridi acoge varias rectificaciones señaladas por el Padre Meriño en la primera de su **Geografía**, entre ellas la mayor altura del **Monte Tina** sobre el **Pico del Yaque**.

Algo que mueve a curiosidad es el hecho de como solía firmar. En algunas obras aparece "**Javier A. Guridi**", en su **Geografía**, por ejemplo, destinada a texto escolar; en otras "**Javier A. y Guridi**", raras veces firmaba con su nombre completo. De ahí que Samuel Montefiore Waxman, en su **A bibliography of the belles-lettres of Santo Domingo**, al anotar seis obras suyas escribiera "**Angulo Guridi, Francisco A.**", lo que hizo que Pedro Henríquez Ureña y Gilberto Sánchez Lustrino en el largo y erudito comentario que le dedican a Waxman en la **Revista de Filología Española**, año 1934, número XXI, en la página 305, escribieran: "Nombres: Javier Angulo Guridi no usaba ninguna A. como abreviatura entre el **Javier** y el **Angulo**".

Fue Francisco Javier Angulo Guridi quien comenzó a divulgar el nombre de **Quisqueya** dado a nuestra Isla, según Pedro Mártir de Anglería, por sus primitivos moradores, y publicó una narración en prosa, **La ciguapa**, que condensaba en breves páginas algo de lo que la tradición había conservado de los indígenas antillanos sobre el fabuloso y sobrenatural engendro al que daban ese nombre. Fue, señala el doctor Max Henríquez Ureña, el primer dominicano que encontró en el recuerdo de los indios de **La Española** motivos de inspiración, según lo evidencian sus composiciones **Maguana** (1840) y **La cuita** (1842), incluidos en su libro **Ensayos poéticos**, que publicó en Cuba nueve años antes de su regreso a la patria. Pero su inspiración indigenista culminó en el drama titulado **Iguaniona**, escrito en 1867 y publicado en 1881, y que es, según el justiciero aprecio de Max Henríquez Ureña, "una afortunada interpretación del momento histórico de la conquista, del choque de dos razas, la española y la aborígen, y del conflicto que se plantea entre el propósito de la conquista militar y el de la conquista espiritual, entre la política de dura represión en la cual se afianza la codicia del encomendero y el anhelo evangelizador de los predicadores que por medio de la persuasión y la enseñanza aspiran a incorporar al indio a la civilización cristiana en vez de someterlo al servilismo o condenarlo al exterminio. Aunque algo lenta en el proceso de sus escenas, lo que resta animación a ciertos pasajes, la obra de Angulo Guridi, escrita en versos correctos y



sonoros, tiene vigor dramático y, en suma, puede considerarse un empeño bien logrado... **Iguaniona** fue decisiva para dar impulso a la literatura indigenista, y su prologuista, el poeta José Joaquín Pérez, alcanzó a ser el más alto representante de la poesía indigenista dominicana”. Posterior a **Iguaniona** es el romance **Escenas aborígenes**, que Angulo Guridi dio a la estampa en 1872. (*Panorama histórico de la literatura dominicana*. Río de Janeiro, 1945).

En 1843 publicó en Puerto Príncipe, Cuba, su primer libro de versos en la Imprenta de Gobierno y Real Hacienda, bajo el título de **Ensayos poéticos**. Contiene unas cuarenta composiciones en las cuales añora la patria ausente. Al **Ozama al Río Yuma** (que confunde con el **Yuna**), a la **Torre del Homenaje**, a **Maguana...**, poesías de alguna extensión. Se ha dicho que es el primer libro de versos publicado por un autor dominicano (*Clío* núm. 89, pág. 45, al reproducir sus **Recuerdos de Palo Hincado**) pero se evidenció que la **Miscelánea poética**, publicado en La Habana veinte años antes, en 1823, por el polígrafo dominicano Esteban Pichardo Tapia, que floreció en Cuba, es el que lleva la primicia. Véase *Clío* núm. 92, pág. 31).

· Cuando Angulo Guridi residió en Higüey, por espacio de tres años, tuvo por contertulios a Tomás de la Concha, antiguo trinitario que murió fusilado con Duvergé, José Ma. Troncoso, y Antonio Pichardo. De la Concha vivía en Higüey hacía varios años y dejó un hijo. En esa ocasión fusilaron al catalán Pedro José Dalmau, que era jefe de la aldea de Gato y le aplicaron otras penas a Suberbí, Chalas y otros.

Desde 1874 se radicó en San Pedro de Macorís Angulo Guridi, y diez años después, el 7 de diciembre de 1884, se extinguió su vida.

De cómo llegó a mis manos **La fantasma de Higüey** es algo curioso digno de contarse. El título tenía sugestividades y me empeñé en buscarla, cuando la memoriosa anciana Doña Dolores Píler me aseguraba que en mi casa estaba, pero mis empeños eran inútiles. En un ejemplar del **Boletín Oficial** del 25 de abril de 1868 aparece un folletín recortable de **La fantasma de Higüey** y una reseña del drama **El conde de Leos o la campana del Higo**, drama caballeresco en cuatro actos, que versa sobre un argumento que sucede en La Vega en los días del famoso terremoto del siglo XVI,

argumento que ya el autor había explotado en una novela, y supuse que lo que había en mi casa era la novela recortada y toscamente empastada como vi algunas que mi paciente abuela confeccionaba, pero doña Lola me ratificó que era un pequeño volumen lo que ella había visto. En alguna parte leí después entre las obras no recogidas por Angulo figuraba la mentada novela. En la **Bibliografía** cubana de don Carlos M. Trelles está registrada como que apareció en volumen, en La Habana, en la Imprenta de A.M. Dávila. Aguiar núm. 49. Año 1857. Eso me animó a seguir buscándola. En La Habana la busqué en la Biblioteca Nacional, pero no estaba. La doctora Ana Rosa Núñez me contestó: “Hasta ahora me ha sido imposible localizarla en nuestras bibliotecas. La Sociedad Económica no la posee, ni la Biblioteca Nacional, ni la de la Universidad de La Habana, ni la Biblioteca Municipal. No obstante seguiré investigando hasta agotar todos los lugares a mi alcance, donde pueda encontrarse la obra de Angulo Guridi”.

Pero la doctora Berta Becerra, directora de la biblioteca de la **Sociedad Económica de Amigos del País**, en fecha 25 de mayo de 1929 me anunció: “Cumpliendo mi ofrecimiento de fecha 19 del corriente mes, referente a su solicitud, me es grato informarle que el Dr. Eligio de la Puente nos ha facilitado la obra de su propiedad **LA FANTASMA DE HIGUEY**, por Francisco Xavier Angulo Guridi, es el único ejemplar que existe”. Después he visto que en el periódico **EL SOL**, semanario dirigido por don Javier, se reprodujo, incompleta, en unos veintitrés números desde agosto de 1869 a febrero de 1870.

Vetilio Alfau Durán





*Proyecto de Digitalización*  
Academia Dominicana de la Historia

# LA FANTASMA DE HIGUEY

Siempre hay en la turbulenta vida de los hombres un día que se eterniza, un día espléndido y magnífico, que jamás acalla sus variadísimos rumores, que jamás deja de oreearse con su misma brisa perfumada. Teatro de algún suceso plausible ó doloroso, se levanta de continuo entre el pasado y el presente como una eternidad y como un símbolo: ¿quién podrá decir que nunca ha vuelto sus miradas sobre las huellas confusas que guían a la juventud, para verle allá, á lo lejos, y sonreír con tristeza ó suspirar con amargura? —Nadie seguramente: porque ese día figura en mitad de todas las existencias, porque su magnificencia esplendorosa, y el coro de sus murmullos, y el lamento moribundo de sus auras, brillan, y resuenan y se perciben a despecho de los encantos de la actualidad. Si en el horizonte sensible del mundo que surcamos no quedaran dulces ó amargas prendas de nuestra alma: si fuera dable que a la caída del sol cayeran también nuestras impresiones en las tinieblas del olvido, y reanimados con la noche comenzáramos al otro día la jornada de la muerte sin descubrir siquiera un flotante celaje del ayer, pronto á evaporarse, ó un punto pronto a oscurecerse... Oh! Cuán grande, cuán inmensa y perfecta sería nuestra felicidad! Podría decirse entonces que como nuestros primeros padres, antes del pecado, vivíamos en el paraíso terrenal, ensayando delicias que más luego ensancharíamos en la vida de los escojidos. Pero lejos de ser así, la memoria se apodera del pasado, lo recorre todo y al fin hace alto en el más fuerte de sus latidos, es decir en su día más memorable. El alma entonces se abstrae de mil maneras diferentes: ó el amor ocupa para ella todo el período de ese día según el género de sus ocultas impresiones, ó la gloria se mece en sus perfiles como una flor



suspendida al lado opuesto de un abismo imposible de vadear, ó la visión del desengaño se levanta con la aurora y la persigue, hasta el ocaso, arrebatándole la voluntad de tender una mirada al porvenir.

A esa impremeditada y vaga escursión de la memoria, emprendida generalmente en el religioso silencio de la noche le da el mundo el nombre de recuerdo en todos sus idiomas, si bien con diversas articulaciones. Nadie, pues, existe, ni existir pudiera sin recuerdos; para unos son expiaciones verdaderas, ruedas de tormento que no cesan de girar a impulso de la conciencia: para otros sombras melancólicas de una felicidad desvanecida que evoca el dolor en sus horas de suspiros y de lágrimas por medio del estéril silogismo, y para muy pocos partículas de luz, aromas y regocijos, que apesar de la distancia en que se mecen forman como el núcleo de un presente bonancible.

Ni amor, empero, ni gloria ni ventura me es dado recoger de esa escursión a que la humanidad tributa ofrendas sin propósito. La historia de mi alma habla de aquel divino sentimiento, en su único capítulo, sin turbulentos episodios; pues si no fue la suerte escasa, en ellos quedaron proscriptos, ó relegados al olvido como inútiles en los ilegibles borradores de esa historia misma. La gloria... ah! la gloria ni aún siquiera ha perfilado con su peregrina lumbré los bordes de mi existencia tenebrosa; y antes que engrosar las filas de los que imaginándose comprendidos en su disco provocan el ridículo, la he considerado siempre como inexistente para mí sin que la sierpe de la ambición haya podido hacer equívoca mi gracia y estraviarme como á Eva estravió su rebeldía. Tal vez pudiera recoger mas de una palma sobre las cinceladas losas que cubren á mis abuelos... pero nada conseguiria, porque el genio simbolizado por ellas no se hereda, porque contra las creencias de la necedad se marchitan y se secan, y vuelan en menudos polvos al espacio á poco de ser impiamente arrebatadas á sus lápidas. En cuanto á ventura, cuento la mayor de todas: —me conozco.

Los recuerdos, pues, á que me abandono en este instante son unos recuerdos relativos: viven en mi memoria, pero no proceden de mi mismo: se enlazan con mi ayer que personifico en un dia, pero sin renegar de su origen. Veamos, por fin, de donde vienen estos recuerdos.

El amor, muchas veces funesto, de la patria, me arrebató a la capital de Cuba, por los años de 1853 para tornarme al suelo



desventurado en que nací á penas y en el que penas mayores que las ya pasadas me aguardaban. Largo y enojoso de narrar sería el fundamento de esta declaracion que hasta cierto punto parece una blasfemia: solo diré que acontecimientos de una naturaleza escepcional é inauditos en la historia administrativa de idénticos Gobiernos, hicieron que contra todas mis esperanzas trocara allí a poco tiempo la vida del ciudadano por la vida del montañés; afrontando egercicios que si honrosos y halagueños no por eso dulcificaban su incompatibilidad con las fuerzas vacilantes de mi cuerpo y de mi espíritu. Por consecuencia de estos mismos egercicios, tan pronto vivia en el solitario y pacífico interior de las montañas, como en el pueblecillo de Higüey, cuyos habitantes nunca olvido, como en las desiertas y tendidas playas. Es decir, que llevaba una vida verdaderamente nómade, una perfecta vida de gitano: mas claro, que de patriota profundo ó de corazon, pero repudiado por la tiranía del cruel exclusivismo, vine á convertirme al cabo en *forastero* popular, no habiendo quien dejára de conocerme en toda la banda Oriental, desde el Pueblo de *Guerra* hasta la península de Samaná.

En una de esas playas, entre los lugares llamados Bayajibe y Cumayasa, tenía levantado su rancho un viejo pescador a quien daban el nombre de tío Bartolo: rancho rústico con paredes de yaguas cosidas entre sí, y techo de guano, en que yo me entregaba al sueño muchas veces solo, pues en la época de la *corrida del carey* el propietario se pasaba hasta una semana en la adyacente isla Catalina. Mi conocimiento con este anciano fue como una especie de ventura: no diré que era un pozo de sabiduría, ó un genio singular perdido en aquellas soledades; pero puedo asegurar que me di el parabien de haberle encontrado en el camino de la vida porque en sus observaciones y en su modo de juzgar tuve motivos de bendecir mas de una vez una conciencia sin dobleces y un corazón virgen de toda pasion del mal linage. Ni le acompañaba una brillante educacion, ni habia amaneramiento en sus modales: sinembargo era vigoroso en las imágenes y florido en el estilo: conocia profundamente el mundo, sin duda en gracia de terribles pruebas por los tiempos de su juventud, y desdeñaba las pompas mundanas antes por un sentimiento filosófico que por bastardo despecho. Ademas era un hombre verdaderamente honrado como la generalidad de los que no son de nuestro siglo, ó mas bien de los



que no han tenido con él mucho contacto. En Santo Domingo no es difícil encontrar á cada paso con esta y otras muchas buenas prendas, lo cual se esplica en brevisimas palabras. Durante cerca de media centuria ha sido por la fuerza de las circunstancias, un pueblo escéntrico; mas si esta actitud involuntaria le ha perjudicado en punto á civilizacion, puesto que desde entonces le divorció con todas las ideas avanzadas que hoy esplenden por el mundo, fuele, sinembargo benéfica en cuanto á sus virtudes, que libres á la accion corrosiva de esos mismos adelantos se conservan puras, como los dias desvanecidos de su infancia, y casi elevadas á la suprema dignidad de una segunda religion.

El tio Bartolo contaba setenta y cuatro años de edad; pero tenia una estatura gigantesca, erguida sin soberbia: su frente era ancha, su mirada firme como la de los justos, su boca el órgano de la verdad: nada salia de ella que no fuese ó un vaticinio hijo de su experiencia y casi infalible como las revelaciones del Profeta, ó la historia fiel de los hechos, el Génesis natural y sencillo de la humanidad de hoy. Agil y fuerte en medio de sus años, al verle en el bote de vela latina cruzar las olas agitadas con la rapidez que cruzan el espacio los relampagos, diriase que era un mancebo aturrido volando en pos de una aventura misteriosa ó mas bien un corsario fugitivo á cuyas aguas iba desencadenada una legion de guarda-costas.

Cierta noche en que los insectos de la playa entraban por columnas en el rancho, y taladrando la hamaca en que soñé dormir me atormentaban inhumanamente, me lancé desesperado fuera de su techo hospitalario, y fui á sentarme sobre la menuda arena que servia de limite á la tierra. El alto mar del Sur, esmaltado por los amorosos rayos de la luna venia roncando desde léjos en hirvientes olas, tal vez desde el Saco de Maracáibo, hasta reventar con estruendo en los cantiles ó desvanecerse, ya sin fuerzas, sobre las mudas playas. El silencio de los sepulcros me rodeaba: apenas se percibian los languidos susurros de la brisa, apenas el rumor producido por ella sobre la verde corona de los mangles. Allí, en aquel lugar solitario, en donde en vano hubiera ensayado que alguna voz humana respondiera a mi voz: en presencia de aquel espectáculo sublime, éste es, del mar que inmenso se tendia ciñendo los lejanos horizontes, de la tierra que adormecida envolvía en un silencio inalterable sus palpitations fuertes y



sonoras, y del cielo que concavo parecia una vastísima redoma en que el mismo mar se columpiaba... allí, pues, anonadado mi espíritu culpable volaba sin intermision desde el universo hasta Dios, —desde el amor de las cosas terrenales, hasta el sigiloso culto de la austéra religion. Momentos hubo en que la fantasia, mas atrevida siempre que el alma y mas rebelde, tendia las alas á Cuba para sonreir viendo en su seno tal vez entonces dulcemente adormecidos á los objetos que forman el verdadero encanto de mi vida; pero afectada de una manera superior á todo juicio volvia en breve de su excursion a esprimir sobre mis ojos una lágrima, y á postrarse ante el cuadro soberbio de la Naturaleza. ¡Oh! Cuán bellas son las noches en el Nuevo-Mundo, alumbradas por la luna! ¡Con cuánta facilidad se comprende en ellas la grandeza de Dios y la miseria de los hombres! ¡Qué elocuencia respira todo, qué autoridad tiene la montaña, qué humildes se ostentan los desiertos, qué conformes resbalan los rios entre las abras! No hay duda: en América mas que en parte alguna la noche es el elemento de la conciencia. Que rujan las pasiones por el dia, que exaltadas con la poderosa influencia del clima se desborden al fin, y corran, y ensarten la sortija ante la sociedad que condena su locura... ¿Y bien? —La noche tiende su manto peregrino, la luna reverbera desde la mitad del firmamento, el Océano rezumba, y el hombre se estremece. El alarido de aquellas pasiones se ahoga en sí mismo: y la conciencia atormentada se abre como una flor. Todo es grande allí; todo sublime, terrífico y soberbio. Solo el hombre aparece tímido y mezquino; mas razon le sobra para ello: Dios, como en todo, reina en esas vastas soledades; y ante Dios no hay frente que no se postre, mirada que no se humille el labio que no module una mistica alabanza...

Media hora habría transcurrido desde que salí de la cabaña para sentarme en la playa á la insegura sombra de un uvero, cuando alcancé á ver el botecillo del tio Bartolo allá á lo léjos, cuya lona triangular presentaba la figura de un ala de cisne. Las olas se separaban centelleando ante la aguda proa, como para escusar estorbos á la embarcacion que se precipitaba en el abismo; pero á veces la rodeaban de improviso, y tal me figuraba que la habian devorado. Por fin, algunos minutos mas entró triunfante en el caletoncito que le servía de fondeadero, el cual se cortaba precisamente á tres varas del lugar en que me hallaba yo, y el tio



Bartolo me saludó de esa manera:

—Buena noche, Don Javier.

—Buena noche tío Bartolo.

Echóse luego al agua, arrastró afuera el bote hasta dejarlo varado sobre la arena, y sacando de popa una canequita de ginebra vino á sentarse al lado mio.

## II

—Parece que los jevenes están sobre las armas, —añadió el anciano mientras exprimía la camisa empapada por los repetidos golpes que le descargara el mar en su escursion.

—En efecto —le repuse—, esta noche ha habido un pronunciamiento de ellos que me ha obligado a evacuar la ciudadela.

—Ola! Pues lo que es á mi, no han de hacerme mucho daño: aquí tienen la accion perdida con la brisa.

—¿Piensa V. pasar la noche al descubierto?

—Pienso tender la frazada en este colchoncillo de arenas y dormir como un patriarca hasta que apunte el dia. ¿Quiere V. que tambien traiga la suya?

—Como guste, tío Bartolo.

Dirijióse al rancho volviendo á poco con las dos frazadas en la mano izquierda y una odorifica antorcha de *guaconejo* en la derecha: dióme una de aquellas, clavo está en la arena junto al tronco del uvero é improvisando su cama se sentó. Yo hice lo mismo.

—Ea! —dijo sacando una pipa de barro del sombrero: —ahora estamos en grande. Buena cama, tabaco, un hacho que no lo apagara el huracan, un fresco delicioso, y una ginebra escelente. Nada nos falta para pasar una noche encantadora.

—Es verdad.

—A lo menos ya la quisieran igual muchos renteros. Para V. que tiene lejos su familia no sera ciertamente tan hermosa como para mí que vivo solo desde hace treinta años: Oh! de buena gana cambiáran esos caballeros sus pabellones de seda por la frazada, si pudieran reclinar en ella la frente con la satisfaccion de no haber hecho mal a nadie.

—De modo que, segun V., no hay ventura que no tenga una agonía?



—Distingamos: la ventura material; porque la espiritual, teniendo por base las buenas acciones, no puede rodear el alma si no es de regocijos.

—Pero las altas posiciones... la fortuna...

—Las altas posiciones se ocupan muchas veces inmerecidamente: y ya ve V. que derrocando al que debiera figurar en ellas hay motivo para que la conciencia de tiempo en tiempo lance un grito en medio al esplendor y las armonías con que á medias las sofocan. ¿Cuántos por medio del favor se han sobrepuesto a mérito, á la verdadera expedición, sacrificando á la vanidad que les hidropica el sentimiento de la justicia y los intereses de su misma patria?

—Si: eso es muy frecuente. Pero los bienes de fortuna olvida á muchos de la manía de figurar, y entonces V. convendrá conmigo en que el hombre se columpia en el elemento de las abstracciones y puede vivir á cubierto de responsabilidades para con su conciencia.

—No todas veces, D. Javier: fortunas hay bien habidas que Dios desde su asiento bendice y centuplica; pero hay otras, y son las mas, que tienen por raíces la usurpación: fortunas que si se representan en metálico, cada vez que las monedas se chocan entre sí levantan en su sonido un grito acusador, y si se representan en haciendas cada rastrojo es un fantasma y cada flor es una lágrima... El hombre que posee esa fortuna ilegítima que ve sin cesar á su víctima y su llanto personificados en lo mismo que halaga su bárbara ambición, no puede doblar tranquilo la frente en la almohada. Arrastrará suntuosos coches, dará espléndidos banquetes entre perfumes, telas esquisitas y vasos de Sévres: no importa. Ese hombre aspira el olor de la felicidad, pero no gusta su sabor. A los ojos del mundo, todo es miel en torno suyo: a los ojos de su conciencia en el retiro de la alcoba, entre el lecho mullido y recamado de flotantes blondas, hay algo de terrible para él: hay un desvelo que irrita y un pensamiento que tortura. — ¡Vea V. si mi frazada puede ser preferible á muchísimas fortunas!

—En efecto, tío Bartolo. La situación que V. acaba de pintar es espantosa: solo iguala en magnitud a los nobles sentimientos que V. acaricia en el fondo de su alma.

—Gracias, Don Javier.

—En cuanto á la felicidad, no es el estrépito su órbita: mas á



gusto suele cobijarse bajo el solitario rancho del agreste pescador que en los soberbios artesonados. La verdadera felicidad es el resultado de las almas puras, así prende y florece su semilla donde quiera que aquellas tienen buen cultivo.

—Así será, —repuso el justo anciano— ó por lo menos así se cree, y V. sabe que la fé es la base en todo.

—Cierto: V. se cree feliz y es lo bastante. “El hombre verdaderamente libre —ha dicho Fenelon— es aquel que en la esclavitud presume serlo”. Del mismo modo V., privado de los encantos exteriores de la vida, sonrío en la soledad de su retiro y nada envidia y por nada se atormenta.

—¡Por nada, Don Javier! —esclamó con entusiasmo llevando al cielo los ojos y las manos: luego continuó.— Treinta años ha que vivo en ese rancho, recorriendo mi pasado, sin que en todos ellos haya tenido que avergonzarme de una mala accion que declinara en daño de otro, ó bien de un extravio que únicamente me hiciera responsable de mí mismo.

¿Pero estas soledades no le aburren, tio Bartolo? ¿No ha llegado alguna vez á fastidiarse de ver todos los dias ese horizonte, de visitar los mismos lugares, de emplear el tiempo en las mismas ocupaciones?

—No señor. No me fastidia el horizonte que al lanzar cada mañana al sol como un anillo de fuego se engalana de celages azules y doradas nubecillas; porque sus caprichosos grupos son la delicia de mis ojos, que los observan y los siguen hasta que líquidos se evaporan por el ancho firmamento. Tampoco me fastidian estos lugares donde nadie me importuna, donde tengo mi choza para dormir sin sobresaltos, ni menos el ejercicio á que tengo librada mi existencia. Cierto que la vida del pescador tiene algo de salvaje. Desterrado por su voluntad, por las vicisitudes, ó por las barbaridades de los hombres, que á veces son peores que aquellas, porque no solo afligen sino que tambien insultan... desterrado, digo, en estas costas solitarias, ni oye misa los domingos, ni come carne fresca, si no es la que se procura ahí debajo de la mar con la tarraya, la naza ó el anzuelo. Aquí la vida se deslie en una especie de encanto ó sonambulismo venturoso á favor del cual solo es posible percibir y adorar á Dios en la naturaleza, en el poema de la creación: lo demas ni se siente ni se desea. Bien puede el viejo mundo desquiciarse en el órden político



ó moral, bien puede sumergirse un continente trastornando los derroteros con peligrosos canalizos: el barco portador de una ú otra nueva pasa por ahí, á menos tal vez de un cable de distancia, sin que el pescador pretenda averiguar la órden por que se pasea misteriosamente en estos mares. Conquistas, descubrimientos, adelantos en las artes y las ciencias; —todo se opera en silencio para el habitante de las playas, no pareciendo sino que su existencia en ellas es el símbolo de una expiación secreta y terrible de la que solo la muerte pudiera redimirle. Pero en cambio de este divorcio con la sociedad, de que parece ser un miembro mal querido, el pescador tiene compensaciones de alta estima que únicamente su alma comprende y aprovecha. Además, Don Javier: nosotros no tenemos quien nos espie a todas horas envuelto en el raído dominó de la amistad y con la sonrisa de la perfidia sobre el labio, que á la vez modula palabras deliciosas; no conocemos el lujo, origen de la torpeza y de la ruina total de mas de una pujante dinastía: no nos prostituimos con tal de arrastrar una carroza ó hacer un papeloncillo de tercer órden, que dura mientras el fruto de la prostitucion á que se debe no es acedo para el mismo que la explota. Cuando departimos con otro hombre de mar, sea paisano ó sea nacido en Groenlandia, no le sondeamos mañosamente para ir luego á desollarlo en el rancho del comun vecino; y si sabemos que Dios le guió en sus exploraciones á punto de permitirle descubrir un buen *pesquero*, ni se lo disputamos roncando de egoismo, ni siquiera echamos en él nuestras potalas.

Aquí todos somos iguales, rayamos á una altura: nadie presume de saber mas que los otros, nadie hace alarde de riquezas; —nadie, en fin, tiene clavado á la puerta de su rancho un lienzo antiguo con castillos y lises y leones. La igualdad es nuestra divisa: nuestra lejislacion el comunismo. ¿Se necesita de un cabo para reparar la jarcia, ó de media vara de lona para remendar la vela? Ahí está el vecino que jamas la niega, y que si se ausenta deja el rancho abierto para que tomen de él sus camaradas cuanto se les venga á mientes. Que no hablamos idiomas exóticos, ni cantamos junto á un piano, ni vestimos de esquisitas sedas... ¿Y bien? Nuestro language es el de la verdad, nuestros cantos himnos puros al Altísimo; y tal como V. me vé, rústico y grosero, con estas ropas de lona que una filástica embreada sujeta á mi cintura así somos todos felices, mas felices que la mayoría de los hombres; pues



podemos ofrecer de lleno nuestras frentes á la luz del sol y de la luna con el único orgullo grato á la Divinidad: el de tener una conciencia pura como la conciencia misma de sus ángeles.

Dicho esto con el énfasis de la seguridad mas absoluta, el tio Bartolo se dirigió al bote, y estrayendo una canastita que tenia debajo de la popa volvió á ocupar el sitio que había abandonado.

—Ya me olvidaba con la conversaci3n de que tambien podemos cenar, así dijo mientras se acomodaba de nuevo.

—Veamos qué trae V. tio Bartolo, le observé.

—Estos cocos que me regaló Papito en Bayajibe, estas galletas que llevé á viaje por si picaba la brisa, y estos ostiones, que cojí allí junto al Caucedo recordando que á V. le gustan mucho.

—Gracias, amigo mio.

—En cuanto á mañana, tendremos que comer salado: ahí hay en el rancho pámpanos y macarelas: buscaremos plátanos por los conucos que están á la vera del *Soco* y nos arreglaremos como Dios lo quiera. Esta noche al rayar la luna levanté las nazas y no hallé en ellas ni aun siquiera una sardina. En pasando la corrida del carey voy á fijar mi pesquero en vuelta al Cabo.

—Tan lejos, tio Bartolo?

—Tan lejos, sí señor. Ya en estos placeritos de por aquí no se coje ni un cardúmen por semana.

—Pero, ¿no tiene V. ahí al frente la Zaona?

—La Zaona! repitió melancólico el anciano mientras me presentaba hasta una docena de ostiones abiertos con la punta del cuchillo.

—Sin duda. Su proximidad es tal que hasta con la luna se divisa.

—Toma! pues si está á un *currican* de nosotros...!

—Aquello oscuro que se destaca al Sueste...

—Ya la veo...

—Como una roca...

—Válgame la Virgen! ¿Pues necesito yo que V. me dé el rumbo de la Zaona?

—Y bien?

—El caso es que estando ahí, á media legua de la punta de Palmilla y á poco mas del Guragua, y no habiendo que atravesar mas que un canalizo para llegar á ella, ni hecho cuartos amarro mi bosa en el caleton de la Zaona.

—Eso es diferente. Pero no creo que en la travesía reinen malos vientos.

—Aunque pudiera ir por mis propios pies, repito que no iría.

—Y se puede saber, tío Bartolo, la causa de esa repugnancia?

—No es un misterio para que lo oculté á V. sino una historia que se columpia en el pasado; pero horrible, toda salpicada de sangre...

—Tío Bartolo! ...

—No tiene que ver con mi familia ni con la de ningún amigo: puede V. tranquilizarse, y recordar que ahora poco hice alarde de la pureza de mi conciencia...

—Es verdad.

—Esa historia me la contó mi abuelo cuando yo estaba en mis mocedades, y yo voy á contársela á V. tan luego como hayamos dado fin á los ostiones, tomado un buen *coup*<sup>1</sup> y prendido la cachimba.

Esto diciendo estrajo de su concha hasta el último marisco que con un buen bocado de galleta hizo en breve descender á las tinieblas de su estómago: luego sepultó su mano en una gran vejiga curtida y estrajo de ella un pedazo de anduyo<sup>2</sup> y continuó:

—Ahora voy a llenar para V.— y picando un poco de tabaco sobre una de esas piedras chatas y pulimentadas que producen en abundancia nuestras costas, le introdujo en la cachimba, que me presentó con su genial dulzura.

—Gracias, tío Bartolo, —observé devolviéndoselo— prefiero siempre mis habanos;— y efectivamente estraje del bolsillo un *veguero* que encendí en el hacho.

—Ah pues: y yo mientras haya *calimetes* de bejuco de berraco y barro para hacer una cachimba y un anduyo que picar, jamás pondré un túbano<sup>3</sup> en mi boca.

- 1) El inmediato contacto en que por largos años han estado con los franceses los habitantes de Santo Domingo hace que usen las frases de aquel idioma como propias, sobre todo en la conversación familiar, sin reserva de condición ni gerarquias.
- 2) Tabaco sumamente fuerte que se prensa y conserva entre yaguas: la figura del anduyo viene a ser como la del salchichón; pero con un diámetro de hasta diez pulgadas y con vara y media de largo, habiéndolos de una calidad tan buena como la que distingue en general al tabaco de la Vuelta Abajo, en esta isla de Cuba.
- 3) Un Tabaco.



Dicho esto bebió un trago de ginebra y dió fuego á su cachimbo, quedando largo tiempo silencioso, mientras arrojaba al aire sendas bocanadas de humo. La noche continuaba espléndida: casi colocada en el cenit la luna vertía su divina lumbre sobre el turbulento mar de las Antillas, el cual la quebraba en sus columpios eternos produciendo infinitos rarísimos cambiantes; y la Isla, en fuerza de esta hermosa noche parecia balanzarse fantásticamente hacia la América del Sur con sus Cabos Caucedo y S. Rafael, como si quisiera darle un abrazo fraternal. De vez en cuando se escuchaba el grito horrísono que levantaban las olas, reventando á lo lejos contra las ásperas murallas de la costa, y cubriendo la superficie con un manto albísimo de espumas; grito á que respondian con su ronco graznido los pájaros acuáticos al trazar diversos zic-zacs sobre la ondulosa mole y el áura con sus murmullos al agitar en remolino las verdísimas coronas de los mangles y los *córbanos*. A la espalda se levantaban cien montañas, calladas, inmóviles, confusas, de cuyo seno se desprendían los silvidos de millares de insectos formando un rumor en extremo melancólico... ¡Noche encantadora! Alguna nube blanca y solitaria solia empañar la luna de improviso: el firmamento como la existencia humana, tiene sus instantes de amargura: una sombra es para él, lo que para nosotros un recuerdo doloroso: brota, nos rodea el corazon, nos arranca una lágrima preciosa y se aleja satisfecho de habernos apartado, tal vez en los mas dulces transportes, en las mas suaves alegrías, al mundo de placer y olvido en que discurrimos encantados... ¡Así la nube! Durante su interposicion una sombra inmensa corria como un dragon fúnebre de Este á Oeste por todo el largo de la costa; pero á medida que se alejaba volvia la noche á derramar su claridad reverberante, y la naturaleza sonreia. Era, pues, una transicion momentánea, operada sin duda para darnos una idea aproximada de los encantos magníficos de la gloria junto á las hórridas tinieblas de la condenación.

El tio Bartolo, que como dejo dicho se habia abandonado á los recuerdos levantó de nuevo su frente serena y magestuosa cual Abraham la suya en el monte elegido para el sacrificio de su hijo, y sacudiendo la pipa cuyo tabaco estaba ya trocado en cenizas.

—Ahora —dijo— présteme toda su atención, sin interrumpirme; porque voy á esplicarle los motivos que me asisten para no grabar mi huella en el ancho arenal de la Zaona.



### III

Nuestra isla de Sto. Domingo estaba por los años de 1656, rodeada de esos piratas espantosos que V. habrá oído mentar ó conocido en la historia con los significativos nombres de Filibustiers y Boucaniers; siendo tal el número de ellos que los mares del Norte y Sur se veían constantemente coronados de sus finísimos alígeros bajeles. Todas estas posesiones que forman alrededor como una especie de cadena, esto es, la Beata, la Tortuga, la Catalina, la Saona, el Pañuelo cuadrado, la Inagua &&. servían de guaridas á esas hordas de chacales, sin que nadie se atreviera á hostilizarlos, en el temor justificado de una derrota inevitable. Ocultos, pues, en los defendidos caletones de aquellas islas, no dejando ver un rancho sobre las crestas de las rocas, ni á lo menos el humo de sus hogueras subiendo en espiral hasta las nubes, llegaba á presumirse nuestros navieros que estos piratas operaban sus terribles escursiones á caza de presas en otras apartadas latitudes; pero la verdad era que desde allí se mantenían en un constante espionaje, reduciendo á estado de sitio nuestras costas desde el cabo Espada al Este, al del Mulo al Oeste. Así, desde el momento en que salía de estos puertos una carabela cargada de riquezas, porque era esa la época en que se beneficiaban las minas de oro, de Sta. Rosa y Buenaventura; brotaban de sus escondrijos las artilladas chalupas, estrechábanla en un estrecho círculo, acribillábanla á balazos, y por último ponían en ejecucion el bárbaro abordaje en que el saqueo, la matanza y el barreno eran la verdadera consagración de aquella horrible lucha.

En medio de esos hombres sin humanidad y sin conciencia que tenían convertido el mar en un cadalso, había uno llamado Morgan y jefe de los otros, el cual jamás aceptaba la parte que le correspondía del botín, repartiéndola proporcionalmente entre sus mismos familiares. No se concibe á primera vista semejante abnegación de parte de un hombre que aurora por aurora comprometía su existencia en el deseo de adquirir tesoros; pero se explica por el camino de una pasión sublime cuando se contiene en sus límites, bárbara cuando raya en los del vicio. Morgan, aunque inglés, era estremadamente enamorado en un principio; mas séase por obra de algún desengaño terrible, séase porque á fuerza de apurar la copa hasta las heces tuviese ya podrida el alma y



encallecido el corazón, es lo cierto que en la época de esta historia el amor se le presentaba sin pureza, habiendo degenerado para él á tanto extremo que solo le procuraba como un derrotero ó conductor de sus lúbricos desbordes. Al apresar un buque los filibustiers pasaban á cuchillo á sus tripulantes y pasajeros como medida de seguridad, lanzándose en seguida sobre las maletas ó las arcas, que escarbaban con sus manos tintas todavía en la sangre de las víctimas, para estraer de ellas y compartirse las alhajas ó monedas que pudieran contener. Morgan, por el contrario, corria á apoderarse esclusivamente de las desmayadas jóvenes, porque era lo único que se reservaba del botin. Y no era esto todo: a veces sucedia que los meses se deslizaban los unos tras los otros sin ofrecer un solo galeon en la anchura de los mares. —Entonces, audaz como ninguno saltaba á nuestras costas y penetraba en las vecinas poblaciones con el fin de satisfacer las exigencias de su brutal sensualidad á viva fuerza, sin miramiento á estado ó condicion; y ya tornaba solo, ya arrebatando alguna al lugar doméstico para conducirla á cualquiera de estas islas desiertas, donde á poco fastidiado, la abandonaba en brazos de sus groseros militantes. Unas al fin morian mas tarde de dolor, otras menos felices eran lanzadas á las costas cubierta de infamia y de amargura; porque no obstante ser indias casi todas, no por eso conocian menos el alto precio de la virtud y la vergüenza de una vida moralmente maltratada.

Por lo dicho se comprende que Morgan era el azote de esta preciosa mitad de nuestra especie: desde el momento en que se divisaba una vela en los bordes de la isla ó bien en los apartados horizontes se volvia á sus dignos acólitos y exclamaba con el despotismo de su autoridad:

—Compañeros! No hay que olvidar el pacto: el botin para vosotros, las mugeres para mí, los hombres para la bala y el barco para el Océano.

Y en efecto; así era como se distribuia la presa entre aquellos foragidos, sordos siempre a los ruegos de los unos y a las lágrimas de las otras, las cuales pronto adivinaban todo el horror de la suerte que con la vida les estaba reservada.

Antes de engolfarnos en los pormenores de esta historia bueno será saber que Morgan tenia una hija de hasta veinte y seis años ahí en la Saona, fruto del primer extravío de su juventud,



cuando ni aun soñaba en ser pirata. Esta hija, pues, recogida por él en el lecho mismo de la madre adúltera, y educada en la escuela de la corrupcion, era hermosísima; pero al mismo tiempo indiferente á todas las propiedades suaves y ecantadoras de su sexo. Así es que en su corazón no había sensibilidad, ni había esperanza: ignoraba lo que era el porvenir, y desde la pubertad se lanzó en la misma senda que le habia trazado el padre, á quien por otra parte jamas habia merecido una caricia. Sin embargo hacia que la obedeciesen ya que ella habia sabido hacerse respetar, y Lidia —que tal era su nombre—, dominaba con la palabra aquellos hombres de hierro, ante quienes de otro modo se habia tantas veces humillado... Mísera flor sin aroma en la mañana de vida! ¡Cuán diverso hubiera sido tu hado, cuán bonancible tu suerte si en vez de suspenderte en medio á tanto lodo y tanto cardo hubieses por el contrario ofrecido tu púdica corona en el jardin de la virtud... Pero dejemos á Lidia por ahora: pronto volverá á la escena desempeñando un papel importantísimo.

Sucedió que cierta noche tempestuosa navegaba por aquí al frente, á todo trapo, un gallardo bergantin en rumbo de la isla de Puerto Rico, otro tiempo *Borinquen*. La prudencia exigia que léjos de desplegar completamente el velámen se hubiesen por el contrario cojido las *drizas* en su mayor parte, á fin de precaver una desarboladura, visto el recio S.O. que soplabá; mas el capitán, que lo era un espertísimo holandés, queria salir cuanto antes del litoral, primero que rayase el día; y al efecto echaba fuerza de vela, favorecido de las sombras, que eran muy espesas, no obstante las observaciones de los miedosos pasajeros. El barco, sometido de esta suerte á la violenta accion del viento, corria sobre las agitadas olas con la rapidez de una golondrina, lanzando silbidos de sus abatanadas velas, que semejaban á los de una sierpe en los momentos de lanzarse sobre su víctima.

Además del oro y las caobas, y los zurrones de añil y té que constituian el cargamento, llevaba á bordo el bergantin cinco pasajeros. El primero lo era un anciano de alta estatura y noble continente en cuya casaca se adivinaba a un veterano distinguido de Felipe V. Aunque la edad que representaba era suficiente á justificar las arrugas ó surcos profundísimos que ostentaba su rostro en diversas direcciones, se comprendia sin embargo que estos eran debidos en gran parte á las amarguras con que las



vicisitudes acostumbran á rodear las existencias; pues en el fuego de su mirada habia algo del denuedo de esa edad briosa que media entre la mañana y el ocaso, fuego que brillaba en sus pupilas, pero que se comunicaba á su palabra y reverberaba en su espaciosa y limpia frente como un aparejo dado al exterior artísticamente por el alma, para resistir la palidez con que se anuncia el desaliento.

A su lado se veia á un fraile dominico, tambien de avanzada edad, que con el rosario en la mano no cesaba de pedir secretamente al Altísimo los librara a todos de la ferocidad de Morgan, mas temible para su espíritu que los pavorosos abismos por cuya superficie iba resbalando el bajel rápidamente. Su rostro estaba casi oculto en la capucha; pero á favor de la lamparilla sorda de que se servian los tripulantes, se alcanzaban sus ojos radiantes de severidad y de confianza.

Casi oculta entre uno y otro de los anteriores personajes se veia una bellísima doncella de hasta veinte y dos años, blanca como la vela de mi bote, de grandes ojos azules, tez pulida y labios encarnados, á par de nuestro silvestre *caimoni*<sup>1</sup>. Mi abuelo, que es á quien oí la historia que voy contando á V., aseguraba no haber visto jamás ni en el mundo real ni en el mundo de la fábula una moza tan perfectamente hermosa y tan gallarda; y se recreaba en pintarme sus modeladas proporciones, sus manitas de infante, su boca encantadora en que el amor se recataba, su garganta alabastrina, su acolchado seno y su cintura que media el diámetro de un plato. Era una de esas rarísimas criaturas que con su existencia parecen solo destinadas á justificar el gran poder de Dios, presentándose de tiempo en tiempo en el seno de este mundo corrompido como el lucero de la verdad y de la paz en medio á las tinieblas del diluvio.

El último de los pasajeros, era un robusto jóven que frisaba en los veinte y seis años, y cuya tez, bastante morena, anunciaba á un individuo de la raza que todavía poblaba estas islas, pronunciándose su dicha procedencia de una manera notable en lo gallardo y modelado de las formas. Su fisonomía era suave y apacible, bañada por ese tinte melancólico y esa dulzura indefini-

1) Fruto de un rojo muy subido, peculiar de aquella isla. Se produce en copiosísimos racimos siendo su tamaño el de una gruesa munición. Los conquistadores la llamaron *coralillos vegetal* antes de oír su nombre propio á los indígenas; y la estimaban mucho, así por la dulzura de su crema, como por su esquisita fragancia. El árbol del *caimoni* es de poca elevación, pero verdaderamente silvestre.

ble que caracteriza al salvaje de las regiones intertropicales, á través de la cual irradia el sentimentalismo verdadero; pero su mirada la contrastaba poderosamente, porque era viva como la luz del rayo y era altiva, y como tal, símbolo de una alma indomable, que orgullosa de sí misma jamas está dispuesta á transijir con las grandes alternativas de la vida.

Estos cuatro personajes se llamaban: —Don Ricardo Fonterra-  
ma, antiguo ingeniero y Director de minas de esta isla; pero destinado entonces á las obras de fortificación que la de Puerto Rico demandaba. Isabela, de cuya hermosura solo dejo hecha una ligerísima reseña, era su hija y el encanto de sus tasados dias, sobre todo desde que la fiebre amarilla le habia arrebatado en la capital á su fiel esposa. El mancebo un jóven indio, hecho prisionero en las terribles últimas luchas de la conquista, y a quien mas por afecto que por el lujo bárbaro de entonces llevaba consigo Don Ricardo; aunque á decir verdad ni de una manera ni de otra le llevara si él hubiera querido sacudir la servidumbre, si bien soportable en que vivia. Ya se verá mas adelante porque se avino tanto á ella, sin embargo de haber nacido y criándose no menos indomable é independiente que los venados en el interior sombrío de nuestros bosques. El otro personaje era, como he dicho, un fraile dominico que pasaba por la fuerza al convento de su Orden en Puerto Rico; medio empleado por el Comendador, para poner un término radical á las diferencias borrascosas que continuamente mantenía fuera de toda razon con su prelado.

El barco, pues, navegaba con rapidez entre las tinieblas y las olas, atravesando como de huida el canal que forman aqui al E. la Punta de Palmillas y allá la Gorda al N. de la Zaona. El cielo renegrido parecia tocar con sus nubes á la parte superior de la arboladura: el viento rugia y el mar se estrellaba frenético contra los costados del buque produciendo en todo él una sensible vibración. No se escuchaba como en otras ocasiones la canción del marinero, lanzada al aire desde un *tangon* de proa ó desde la *cofa* en los momentos de operar la maniobra, porque eso habria sido delatarse á las chalupas, cuya metralla no tardaria en responder salvando la distancia; y aun las pláticas precisas á comunicar órdenes ó á entretener la inquietud que á todos agitaba desde tres dias antes, se ensayaban siempre á media voz. ¡Tal era el espanto



que rodeaba aquellos corazones, al discurrir sobre los mares á que Morgan habia dado ya una triste nombradía!

#### IV

Don Ricardo se incorporó un poco, tendió en derredor una mirada de ansiedad y suspiró diciendo:

— ¡Qué noche tan negra!

—Muy negra, le respondió el religioso: pero mas negra es la Eternidad y á ella avanzamos sin descanso.

El anciano contempló el vólumen de su amada hija, pues las tinieblas no le permitian ver sus lindísimas facciones, y otro suspiro voló goteando amargura en el espacio.

—Parece que sufris...: le observó el espresado sacerdote.

—Un poco, padre mio.

—Y vuestro sufrimiento viene del espanto que os infunde Morgan...

—Lo habeis adivinado...

—No me puedo esplicar ese amor ciego a la vida cuando la cubren ya los hielos. Sed mas sensato, Don Ricardo.

—Sin que imaginéis en mí la intencion de faltaros al respeto, os responderé con vuestras mismas palabras que tampoco puedo explicarme ese amor en vos, á quien nada liga con la tierra.

—La vida es en mí una necesidad bajo el punto de vista en que el sacerdocio me coloca.

—Otro sacerdocio me impone el deber de amar la mia, que si vos soi padre espiritual yo lo soy natural, y la voz de la sangre grita tan alto en el fondo de mi alma, como en vuestra conciencia puede gritar la del deber. Ni vos ni yo podemos esperar cosa alguna de este mundo; casi debemos ansiar la muerte como principio del descanso eterno á que aspiramos todos en esa edad de hielo que decís... pero no somos nosotros ¡los los únicos que aquí nos encontramos...

—Y bien...?

—Temo á Morgan, y á la noche tempestuosa, y me estremezco hasta con la ola que se desenvuelve lejos de la nave; porque en todo veo un peligro de muerte para mi Isabela y ese generoso joven que me sigue. Ambos comienzan a vivir: ya veis que...

—Tranquilizaos D. Ricardo, repuso el fraile con acento



enfático: mas allá de estas sombras y estos mares, de ese viento que ruge y esas nubes que se agrupan, hay una vida sin dolores para las almas que no han perdido su pureza. La de vuestra inocente Isabela entrará sin estorbos por las puertas de esa vida, que es eterna: la de vuestro siervo esperará.

La joven estrechó convulsivamente la mano de su anciano padre, al mismo tiempo que se oyó un gemido sordo algo separado de la popa, que era el lugar en que se hallaban los tres actores de esta escena. De súbito un relámpago bañó en luz toda la cubierta; y el fraile vió al jóven indio de pié, con los brazos cruzados sobre el pecho y la amargura en la frente, mientras miraba á la parte en que se escondía la doncella, con los ojos arrasados en lágrimas. Hubiérase dicho por otros que no le conocieran que Tuzlo, (este era su nombre) estaba encargado de representar elocuentemente la estatua del dolor. Su gemido, que al vibrar voló en alas del recio viento que soplaba resonó en el alma sensible de Isabela y avisó á la vez la malicia del osado religioso, él cual dirijiendose á Don Ricardo continuó de esta manera:

—Lo que os debiera afligir en alto grado es que esas almas se extraviasen en el sendero de la vida á efecto de una dolorosa abnegación ó de una audacia imperdonable... Entonces sí tendríais fundamento á desolaros; porque no habria seguridad de que esas almas entrasen triunfantes por las puertas de la gloria, cuya conquista debe ocuparlas sin descanso...

—Señor: repuso el anciano con orgullo, nadie se atreve á responder del porvenir; pero de momento mi hija es tan digna de pasearse en el centro de esa gloria como los mismos ángeles: puedo asegurar que si muriera ahora, su espíritu se suspendería magestuosamente hasta Dios á través de las tinieblas que cubren todo el firmamento.

—Sin duda, D. Ricardo; pero ese porvenir, ese mundo de dudas y desastres morales en que la humanidad se agita á todas horas... esas pasiones que silban á su rededor y la precipitan tal vez sin premeditación en un abismo de torpezas; no están muy lejos de su virtud y meditan empañarla...

—No os comprendo, señor... añadió confuso D. Ricardo.

—El amor puede verter mañana en su corazon una gota de veneno...



Tuizlo que habia adivinado á donde se dirijian las tremendas frases del sacerdote se adelantó hácia él y le dijo:

—Perdonad, Padre mio, que os pregunte si el amor cierra á los mortales las puertas de esa gloria eterna de que habláis.

El fraile lanzó un rugido sordo, sus ojos chispearon siniestramente debajo de la capucha, y repuso con una voz que la ira entrecortaba:

—Las cierra para las almas que lo profanan por el camino de la seduccion ó de la violencia...

—¿Y cual es la que lo procura empleando tales medios?

—La del siervo, por ejemplo, cuando sin tener cuenta en su condicion se atreve á requebrar de amores á la de una jóven distinguida.

—No hay siervo, padre mio, que se atreva á tanto: las malas pasiones como el odio, la venganza y la ambicion en sus diversas aplicaciones son las que hacen á los hombres olvidarse de sí mismo conduciéndolos mas allá del extravio; pero nunca el amor verdadero, que respetuoso y delicado ó corona sus votos sin borrascosos arrebatos, ó muere con el alma que le sustenta en brazos del mudo sentimiento. Un siervo puede sentir en medio á las amarguras de su estado: tal vez puede sentir con mucha más hidalguía que aquellos bajo cuya férula vegeta. Sin embargo, no por esto se precipita en el Océano del olvido pues antes que al sentimiento escucha atentamente á su deber, mientras otros faltan á los suyos. Yo soy, padre mio, mas justo que vos.

—En efecto: queréis haceros singular en vuestro círculo...

—En mi círculo! repitió el mancebo con indignacion y amargura.

—Queréis justificar el amor que desde el polvo de la servidumbre se levanta atrevidamente hasta el trono de la soberanía... Eso es natural en vos; pero ridículo.

—Señor! exclamó Tuizlo rechinando los dientes como un oso: habláis con un hombre que libre tanto ó mas que vos, es á la vez doblemente generoso; puesto que antes compadece y defiende la desgracia que la insulta abusando de sus ventajas. Si las apariencias son las que os autorizan para desfogar contra los siervos en general, podéis moderaros siquiera por miramientos á vuestra dignidad. Siervo soy; pero siervo voluntario.

—Voluntario...!

—Preguntad á Don Ricardo, y dad á vuestras iras un rumbo mas noble, ó sofocadlas; que un sacerdote debe de ser un modelo de moderacion y mansedumbre.

El fraile reventó entre sus manos el cordoncillo del rosario no pudiendo dar otra satisfacción á su soberbia derrotada, y las menudas cuentas rodaron dispersas por toda la cubierta; mientras D. Ricardo sin comprender todavía el fondo de aquellas turbulentas esplicaciones, sin duda preocupado por los peligros que le rodeaban, tomó la palabra para decirle.

—En efecto Padre mio. Tuizlo cayó prisionero hace ocho años, en las llanuras de Bábaro, en una refriega que tuvimos con las huestes de *Cayacó*, el reyezuelo de Samaná. Aterrados con nuestras armas de fuego, nuestros caballos y armaduras, huyeron precipitadamente, no obstante su crecido número lanzando con las armas lastimosos alaridos: solo Tuizlo quedó en el campo, de pié y con la risa del dolor sobre los labios, risa que esplicaba toda la compasion que le inspiraban sus débiles vasallos. Entonces yo mismo le intimé que se rindiera y me entregó sin resistencia el arco y el carcax. Como en esos días se enviaban a los trabajos de minas todos los indios prisioneros, y me habia interesado no menos que su valor su gallarda juventud, lo púse bajo de mi salvaguardia para sustraerlo á una muerte inevitable. *Cayacó* supo que vivia, que estaba a mi lado y remitió palanquines cargados de oro, finas piedras y preciosas plumas en cambio del prisionero cuya suerte lloraba sin consuelo lo mismo que el inmenso casicato; pero Tuizlo contestó que no queria avergonzar con su presencia á los cobardes que le volvieron la espalda en el peligro, y aunque todos los años han repetido las mismas ofertas y los mismos ruegos hasta por conducto de hermosísimas doncellas, el dia aniversario de su prision, el jóven se ha mantenido inexorable.

—Pero de todos modos, repuso el domínico, mal reprimiendo su despecho, venimos á parar en que voluntario ó no, Tuizlo es vuestro siervo, puesto que le hicisteis prisionero.

Su prision fue obra de su voluntad: nada le estorbaba haber huido á la par de los demas el dia del combate.

—No importa... os sirve.

—De compañero y amigo. Educado al mismo tiempo y al igual de mi Isabela, Tuizlo ha sabido corresponder á mi cariño.



—Se comprende! murmuró aquel fulminando una mirada terrible sobre la figura del mancebo, que lleno de dolor se había retirado con sus últimas palabras y echado de bruces en la borda del bajel.

—Su valor —siguió diciendo Don Ricardo sin oírle—, libró mi vida del coraje de los indios que, mientras me ocupaba en levantar el plano de la ciudad de la Vega Real cayeron sobre mí resueltos á sellar con sangre sus rencores; pues por toda la isla me detestaban aquellos en su amor de idólatras á Tuizlo, y en la falsa creencia de que yo le secuestraba su albedrío. Pero él se presentó cuando ya apuntaban hasta cincuenta flechas á mi pecho, les habló en su lengua, y mis enemigos se dispersaron por los bosques. A Tuizlo, pues, debo la vida; y si como quiso acompañarme en este viage, hubiera preferido volver á Samaná, crea V. que me hubiera dado un gran pesar.

Mientras Don Ricardo esplicaba de esta manera al irritado fraile la condicion con que Tuizlo le seguia, Isabela, cuya actitud era efecto del mareo, habia doblado la frente como las flores de la tarde al tender la noche sus primeras sombras, quedando al punto sumergida en un sueño profundísimo. Menos dichoso el mancebo lloraba desde su apartamento, íntimamente convencido de que no solo habia adivinado el tremendo fraile su amor hácia Isabela, sino que llevaba su osadía hasta amarla olvidado del mundo y de sí mismo.

—La ama! —decia con amargura al propio tiempo que volvía los ojos sobre el grupo en que ella se ocultaba:— ¡la ama, los celos lo devoran, y... lo pierden...! ¡Sí! Lo pierden; porque á la primera indiscrecion que ponga en juego le ahogo sin piedad entre mis brazos... ¡Oh! ¡con cuánta astucia ha querido rasgar el velo á Don Ricardo! ¡Con cuanta insolencia me ha dicho que los siervos no deben levantar sus ojos del polvo de la servidumbre para detenerlos sobre el trono de la soberanía que obedecen...! ¿Siervo yo...? Y de quién...? ¿En qué lugar de mi cuerpo chirreó jamás el hierro escandecido, ni á cual autoridad rendí homenaje por la fuerza? Pero Don Ricardo sabe que soy tan libre como él y como el viento... sabe que hasta hoy vivo a su lado por mi voluntad, que ningun voto me obliga á seguirle sino la gratitud á su cariño... y sin embargo, Don Ricardo lejos de justificarme á los temerarios juicios de ese fraile, ha permitido que se me insulte... Una sospecha



horrible me asalta en este instante... Oh! Si el llevarme á Borinquen fuese para venderme como á un esclavo en el mercado... Imposible! Imposible... ¡El padre de Isabela me ha hablado muchas veces de la hidalguía castellana y no querrá mancillarla ahora torpemente atropellando al que, si nació salvaje, sabe sin embargo apreciarla tanto como él. Además, me debe la vida; y esta deuda no se paga con ingratitudes y traiciones.

Tuizlo calló: su alma, envuelta en la tupida red de los recelos, no podia seguir analizando su situación sin caer postrada ante el fantasma de la desgarradora incertidumbre...!

La nave seguía silenciosa resbalando sobre el mar, y la tripulacion rendida por las fatigas de la maniobra dormía diseminada en toda la cubierta. Solo el piloto rigiendo en popa la caña del timon y Tuizlo siempre dado a sus hondas inquietudes eran los únicos espectadores del cuadro que ofrecia la naturaleza aquella noche, cubierta de tinieblas y rugidos; pues como Isabela, Don Ricardo y el fraile, se habian entregado simultáneamente á un sueño profundísimo.

Los relámpagos se sucedian los unos á los otros iluminando el mundo desde la altura, y descubriendo en medio de la inmensidad al bergantin que, como una vision, seguía á lo largo del canal y muy próximo á la costa. El piloto silbaba por lo bajo una cancion patriótica: Tuizlo, con la cabeza sepulta desde la frente arriba entre su mano derecha, recorria silencioso todo el campo del pasado, buscando algun motivo para justificar las desgarradoras sospechas que contra Don Ricardo le habia forzado á concebir el language del domínico. Nada sin embargo concurría á su propósito: Don Ricardo le habia educado esmeradamente á par de Isabela y como á ella le consagraba un cariño entrañable; y si las falsas creencias de Tuizlo en materia de religion habian sido parte á que con éste sostuviese mas de una tesis encendida, jamas llevó su fé al punto de siquiera exasperarle, esperando que el tiempo y los buenos consejos le trajesen á una saludable conversion.

Pero si estas verdades caian como un bálsamo sobre el fogoso corazon del jóven indio; si á la luz de ellas se desvanecian las negras sombras que rodeaban el cuadro de su suerte venidera recogiendo del pasado mas de una prenda de seguridad en el buen afecto de Don Ricardo; ¡ay! su alma suspiraba de dolor apretada por el tormento de una pasion frenética si bien incógnita. Si, incógnita;



porque amando á Isabela con ese amor gigante que se engendra y desarrolla arbitrariamente en los primeros años de la vida: con ese amor único indomable, —amor de borrascas que desde el pedestal del espiritualismo parece desafiar las decepciones humanas—, no había tenido él bastante denuedo á descubrirselo. Y contenido de este modo por los diques del respeto no menos que por la idea de que su condicion primitiva de salvaje le valiese algun reproche en los dulcísimos labios de Isabela, el arrebatado Tuizlo sentia rugir un volcan dentro su pecho, volcan cuyas irrupciones, sucediéndose sin treguas le tenian igualmente incendiada la cabeza...

Un rumor acompasado y no muy lejos de la nave estalló de momento en sus oídos... Tuizlo levantó la hermosa frente con una inquietud indefinible y llamó al piloto á media voz para no alarmar á los demas; pero el piloto no respondió porque á semejanza de aquellos se habia dormido un minuto antes amarrando la caña del timon. El ruido continuaba, y cada vez que se levantaba de las olas anunciaba avanzar cuatro brazas, segun la intensidad de que parecia revestirse.

## V

Tuizlo replegó los párpados para centralizar y hacer mas viva la lumbre de sus ojos: miró al mar... y se estremeció: habia sorprendido sobre las montañas de agua que hervian al redor un bulto informe, pero horrible, una especie de carro que volaba por la voraginosa superficie, con la rapidez de la golondrina, resuelto á chocar contra el costado del bergantin. Su primer pensamiento fué el de avisar á sus compañeros de viaje y al capitan, y al piloto; pero mal seguro de sus tristes presunciones y temiendo que pudiesen valerle algunos epígramas si resultaban quimeras de su fantasia estimulada con lo horrendo de la noche, determinó callar por el momento.

Peró un relámpago brilló tiñiendo el mar de su lumbre amarillenta... ¡Dios mio! exclamó Tuizlo, con el acento de un profundísimo dolor, sepultando el rostro frio y sudoroso entre las manos. Aquella invocacion lanzada al aire con el acento de la mas íntima amargura, resonó en los oídos del piloto.

—¿Quien llama á Dios? preguntó con enfado y frotándose los ojos.



—Silencio! le repuso Tuizlo con autoridad: antes que dormir debiais haber estado sobre aviso para no veros y vernos todos, cual nos vemos ahora, en los brazos de la muerte. Yo soy el que ha llamado á Dios para que nos defienda de los hombres: oid!

El ruido continuaba aproximándose.

—Calle! exclamó aquel con sigilo: eso que suena es el golpe de unos remos cimbrando sobre las olas...

—Sí: de unos remos que arrastran sobre nosotros una barca...

—Una barca, decis? Entonces, camaradas, hicisteis bien en llamar á Dios; porque...

—Lo habeís adivinado...?

—Esa barca...

—Es la de Morgan!

—Precisamente.

El rumor habia cesado: Tuizlo despertó a D. Ricardo y al sacerdote agitando sus cuerpos suavemente sin revelarles el peligro que en aquel momento les rodeaba: luego se volvió al piloto.

—Teneis armas? le preguntó con una resolucion desesperada.

—Ni las tengo, respondió aquel, ni puedo ir á procurarlas, porque si abandono la caña el barco andará al garette: pero id á despertar al Capitan y él os proveerá.

Don Ricardo comprendió por estas palabras que habia llegado la hora suprema de la prueba y presentó sus pistolas á Tuizlo diciéndole:

—Toma, hijo mio; pero no te fies unicamente á tu valor en el trance en que te encuentras...

—Eso digo yo, señor; repuso el piloto, es preciso avisar á los demas y...

—Es escusado, señores, —observó una voz de tureno sobre la cubierta junto á la escalerilla de babor, mientras resonaban las pisadas de hasta una docena de hombres repartidos por entrambas bandas: apenas intenteis la mas ligera resistencia sereis todos pasados á cuchillo.

Pero aun no habian acabado de resonar estas últimas palabras cuando el hombre que las pronunciara advirtió que á su rededor montaban con resolucion una pistola.

—Quién vá alla? repuso un tanto sorprendido.

—Un hombre decidido á jugar su vida contra la tuya —le respondió Tuizlo.



—Quién quiera que seas desde ahora me atrevo á jurar que pierdes la partida.

—Tal vez.

—No creas que lo digo por aterrarte, pero siempre han caido á mis pies los mas fuertes banqueros.

—Es que tú entonces apuntabas...

—Lo mismo que ahora, camarada; y montó á su vez una pistola.

—En efecto, repuso Tuizlo sin turbarse: solo que entonces no tenias al frente un punto tan fuerte como tú, sino banqueros indefensos; y pudiera suceder que en esta partida cayésemos los dos para nunca levantarnos.

—Bien te esplicas: veo que eres pájaro de mi misma pluma.

—Mejor dijeras de tú misma fibra.

—Pero como buenos jugadores comencemos por hacer conocimiento: yo soy Morgan!

Al escuchar aquel terrible nombre el fraile y D. Ricardo se estremecieron, mientras Isabela se desmayaba en los brazos de este último: el piloto se acercó á ellos con la caña del timon en la diestra resuelto á defenderlos como Tuizlo.

—Sí señores, repitió el bandido, yo soy Morgan, el monarca del Océano como Vs. me apellidan.

—Y tambien te llamamos el espanto de la humanidad, repuso el denodado jóven; pero todo puedes dejar de serlo en este instante si no mandas á tus satélites que se retiren.

—Hijo mío! exclamó D. Ricardo traspasado de amargura.

—Nada temais, repuso el valeroso Tuizlo, agitando sus pistolas: Dios es grande y no apartará su mirada de nosotros.

—Pues entonces aqui estamos hasta trece dioses, puesto que trece tenemos sobre Vds. la mirada.

—Nada de bromas soeces, Morgan! O haces como te digo, ó como lo dije te mato.

El bandido despues de un momento de reflexion se volvió á los suyos y les intimó el precepto de alejarse.

—Y bien! —dijo al mancebo: —despachemos, que no estoy acostumbrado á perder el tiempo. Ya tus camaradas se alejaron...

—¿Conoces á *Cayacó*? le repuso aquel con dignidad.

—¿Al reyezuelo de Samaná?

—Precisamente.

—Le conozco por sus riquezas, de que hace poco tomé una buena parte.

—¿Quieres la otra?

—Vaya que si la quiero! Aunque no amo el oro siempre lo procuro para satisfacer la ambicion de mis valientes. Pero, quién eres tú para brindarme con los tesoros de Cayacó?

—Morgan! Haz que á mi y a los que gimen á mi espalda nos respeten esos que has llamado tus valientes, que sin escepcion nos vean como fuera de su autoridad, y Samaná entera será tuya.

—Lo prometo. Sean ustedes quienes fueren, nadie incluso yo ha de tocarles ni inquietarlos. He llegado á comprender que eres un bravo, y todo estoy dispuesto á concedértelo, menos que no pagues á mis camaradas tu libertad con tus baules, porque eso es esclusiva y forzosamente suyo. Ea: quiero que arreglemos esto como amigos: escucha.

Oyóse sobre el mar un ruido áspero como de un cuerpo pesado que caia de improviso sobre su revuelta superficie.

—Y bien?

—Eso que ha rodado es mi pistola.

Tuizlo entregó las suyas a D. Ricardo y Morgan continuó:

—Me ofreciste la parte de riqueza que posee Cayacó...

—Sí. Te ofrezco en mi rescate y el de mis compañeros de viage toda la peninsula de Samaná.

—De qué manera?

—Presentándonos tú y yo á Cayacó.

—Vamos, que tú deliras.

D. Ricardo se incorporó diciendo al jóven:

—No salgas, por Dios, de un peligro para hacer frente á otros mayores. Sea cual fuese nuestra suerte resignémonos: no es la locura el camino de la salvación, Tuizlo querido!

—Tuizlo! —esclamó el pirata con asombro —¿tú te llamas Tuizlo?

—Ese es mi nombre.

—Y tu padre es Cayacó?

—El Señor de Samaná.

—Entonces... hace algunos años que caiste prisionero.

—Tú lo dices.

¡Ah! No te equivocaste al asegurarme la posesion de ese vasto territorio, porque todo lo daría tu padre por tornarte á ver

entre sus brazos. Sin embargo, Tuizlo: no acepto tu ofrecimiento. Que Cayacó dé por tu rescate y el de tus compañeros algunas láminas de oro que repartir entre los míos, y lo demás corre de mi cuenta.

—Morgan! repuso el joven estrechándole la mano al foragido: tendrás oro, mantas y corales si cumples tu promesa de inviolabilidad: aunque pirata, te creo bastante honrado para respetar tus juramentos.

—La profesión del hombre, Tuizlo, no altera sus principios.

—Las malas profesiones corrompen la conciencia.

—La corrompen cuando constituyen una vocación.

—Nadie, Morgan, es perverso por instinto: para serlo se comienza por abjurar de la virtud, y el hombre sin virtud es una bestia perpetuamente sierva de los más feroces arrebatos. Tú serías leal y bueno en todo antes de convertirte en cruel y sanguinario; pero de momento yo no veo en tí otra cosa que el pirata; y si antes de serlo me hubiera abandonado ciegamente á tu promesa, hoy recelo de ella al contemplar que vistes un burriel ignominioso.

El fraile dominicano se arrastró hasta los pies del mancebo diciéndole á hurtadillas:

—Menos severidad, hijo mío: no irrites al chacal entre su bosque.

—Señor! —le repuso aquel con la misma reserva— mas que la predicación persuade el buen ejemplo...

—Perdona Tuizlo... —y rechinando los dientes de despecho se alejó agobiado bajo el peso del reproche, si bien jurando su venganza.

A su vez llegaron don Ricardo que abrazó con efusión á Tuizlo y la hermosísima Isabela que le estrechó una de sus manos con ardor y gratitud. Entretanto, Morgan discurría por la proa ocupado en recoger su gente y encargarles la maniobra de la nave. Algo de horrible había pasado en la bodega á juzgar por las blasfemias que de improviso rodaron por sus labios; mas no fue posible comprenderlas puesto que al volver y apoderarse de la caña del timón eran otros su acento y su sonrisa.

## VI

La noche iba serenando á medida que avanzaba: algunas estrellas se presentaron repartidas por el firmamento y el viento



disminuyó su intensidad. Tuzlo observó que éste último soplaba del Poniente y dijo a Morgan.

—¿Qué rumbo llevámos?

—El de la Zaona,—respondió aquel,— allí daremos fondo y cuando quieras escribirás a tu padre lo que tenemos acordado. Mientras tanto, ni faltan buenas chozas ni sabrosas frutas, ni riquísimo pescado. Estareis todos en completo albedrío, hasta que hecho nuestro arreglo volvais á seguir tranquilamente vuestro viaje.

—Así lo espero —repuso el jóven indio.

Un ruido sordo, y otros hasta trece seguidos con muy cortos intervalos se oyeron sobre las crestas de las ondas: el bandido rugió sordamente y sus dientes rechinaron á compas de la azotada arboladura.

—¿Qué es eso? —preguntó con sorpresa Don Ricardo.

—Una desgracia —respondió Morgan— que no me ha sido dable evitar—. Y emocionando un instante como quien acaba de cometer una imprudencia añadió: —pero una desgracia comun en este elemento que me agita desde algunos años, aunque sin poderme acostumbrar á ella.

—¿Y se puede saber qué género de desgracia es esa que decís?

—Por fuerza habreis de saberla: se dice generalmente que entre cielo y tierra nada hay oculto.

—En efecto, —esclamó el fraile con intención:— Dios en su equidad infinita no permite que los hechos y los pensamientos de los hombres guarden por mucho tiempo el incógnito, aun para los hombres mismos. De otra manera el crimen se entronizara sobre la tierra, y las pasiones mas ilegítimas apurarian el licor hasta las heces. Siempre hay una mano, señor Morgan, que rasga el velo de imprevisto y deja espuestos el crimen y la pasion á su vergüenza.

—Vergüenza tanto mayor —repuso Tuzlo entre rabioso y burlon— cuanto mas pura debiera ser la conciencia sobre la cual cae como estaño derretido...

—Sí, hijo mio, —pensó Don Ricardo despues de oir con entusiasmo á su pupilo:— la culpa siempre es una: el juicio no hace otra cosa que exaltarla con su asombro en relacion directa del origen.

—Pero una conciencia recta está libre de sudar al vapor de la vergüenza, —añadió el sacerdote.



—Esa rectitud, padre, es un fantasma que acaricia la vanidad del hombre sea cual fuere su carácter.

—Señor, Tuzlo! grito aquel irritado: —todo absolutismo es temerario, y el de vuestras palabras me obliga á establecer una escepcion, aunque inmodesta. Mi conciencia no gime bajo el peso de la vergüenza.

—Y bien? —repuso Tuzlo con fingida calma: —tampoco podeis responder de que mañana abra en ella un capullo la pureza. Aunque sacerdote, sois un hombre como yo, y siendo hombre, ¿podréis asegurar que nunca morderán vuestro corazon las pasiones á que el mio está sujeto?

—Yo no pertenezco al mundo, que es su único elemento...

—Pero en el mundo andais, señor; y con mi propia forma y con mi espíritu, veis lo que mis ojos ven, juzgais lo que mi juicio juzga, y sentis y deseais lo que mi corazon siente y desea. De vos á mí no existe otra disparidad que la del traje; pero á través de él... ¡ah! ¡cuántas veces habreis sentido latir vuestro corazon en presencia de una hermosa!

—Tal vez... —dijo el fraile con despecho; —pero ese latido pasajero no enjendra una pasion nefanda, ni ofende á la sociedad, porque su vibracion no tiene timbre y se pierde desconocida en el vacío... Un latido, ademas, no es un desborde...

Y sonrió con malicia.

—Sin duda... contestó Tuzlo comprendiendo el epígrama: —pero un latido suele á veces ser mas vituperable que un desborde... Supongamos, por ejemplo, que yo, *triste siervo, sin tener cuenta de mi condicion me atreviese á requebrar de amores á la angélica Isabela...*

El domínico frunció las cejas de enojo, adivinando sin duda la manera con que Tuzlo iba á glosar esas palabras: éste continuó:

Y supongamos tambien que vos, sin tener en cuenta vuestro carácter os atrevieseis solamente á pensar en ella... ¿Cuál de nosotros dos seria mas culpable...? Yo con mi triste condicion de *siervo*, me olvidaria de Isabela al requebrarla; pero vos, con aquel *latido* y un pensamiento de su amor —os olvidaríais de vuestros votos... En una palabra: yo ofenderia á la tierra y vos al cielo: yo á la humanidad y vos á Dios... Esto lo digo, Padre, en pura hipótesis, con respeto á la austeridad de vuestros deberes y solo para probar

que ni hay conciencia exenta de la culpa, ni nadie debe hacer alarde de infalible en el seno de esta vida tentadora...

—En efecto, —añadió balbuceando el sacerdote: —ni nadie está á cubierto de la vil calumnia...

—Ni nadie puede impedir, —repuso Tuzlo, que al sorprender un secreto revelemos otro idéntico que escondia nuestra alma, y que bajando del sitial del juez pasemos á ocupar el banco del acusado...

—Todo lo pueden la malicia y el arrojio...

—O lo que es lo mismo, los celos que bombardean un corazon de estopa y la intemperancia que azuza un carácter irascible...

—Señores, —pensó Don Ricardo comprendiendo algo de aquella peligrosa discusión:— paréceme que tomásteis por epígrafe algunas palabras de Morgan para estraviaros en unos análisis fisiológicos ajenos del momento y de lugar.

—Sí Señor, —dijo el pirata:— ahora me acuerdo haber contestado que pronto se sabria la causa de aquel ruido que oisteis en la mar; pero Tuzlo se enredó de palabras con el Padrecito, y juro á Dios que el mozo se esplica de lo lindo...

—No jureis, señor Morgan, —repuso el fraile,— se os puede creer en vuestra palabra sin invocar el santo nombre de Dios.

—Quiá! Dios es bueno y perdona: ojalá perdonáramos como él acá en la tierra... Pero... dime Tuzlo: ¿quién es esa hermosa Isabela que hace poco nombrasteis?

—Es la hija de este caballero, —repuso aquel señalando á Don Ricardo.

—Y por supuesto viene aquí?

—Sin duda.

—Será jóven...

—Mucho!

—Y como hermosa, sensible...

—En alto grado, señor Morgan:— dijo Don Ricardo arrebatando la palabra á Tuzlo que iba á responder, y colocándose al lado de su hija:— pero ¿querréis esplicarme qué significan esas preguntas...?

—Ningun peligro amenaza á vuestra hija, caballero.

Morgan dijo estas palabras con inesperada dulzura calmando la inquietud que como una inmensa oleada rodeaba el corazon del buen anciano.

—Pero en suma —repuso éste— por lo menos algun misterio envuelven...

—Sí señor... para ella por ahora y para todos... el misterio del ruido aquel...

—Ah, sí! El de aquellos golpes repetidos...

—Precisamente.

—Y cuándo pensais revelarlo?

—En el momento de saltar á tierra.

El piloto, que se habia quedado dormido inmediato al gallinero, dió una vuelta murmurando algunas frases. Morgan dijo á Don Ricardo:

—Hé aqui un hombre que ha de nacer al despertar!

El anciano miró al pirata, á favor de la luna que ya hacia rato iluminaba al mundo; pero nada pudo leer en su semblante, que endurecido por el género de vida que le azotaba desde luengos años se habia rebelado á toda espresion tierna ó compasiva.

Tuizlo entretanto se habia acercado á Isabela aprovechando un momento en que el domínico se habia recostado á una de las bandas de la nave, y aquel en que Don Ricardo departia con el terrible Morgan. La joven se estremeció al verse casi sola con el hijo del cacique sin poderse explicar el origen de aquella estraña sensacion; pero al mismo tiempo sentia un placer indefinible recordando que á su brio debian ella y su padre la existencia. Por su parte el mancebo mezclaba el júbilo con una amargura profundísima, cierto de que el domínico amaba á Isabela con el amor mas peligroso y audaz, con el amor que puro en su principio descende á comunicar con todas las pasiones viles desde que se apercibe de su ilegitimidad y su impotencia.

Isabela comprendia que algo atroz torturaba el alma del mancebo, y no se atrevia á interrogarle porque el verdadero amor es respetuoso, y ella le amaba tiernamente, no tanto por lo jóven que era y lo gallardo, cuanto por la solidez de sus virtudes, y tal vez por gratitud. En efecto, Tuizlo habia impedido que Don Ricardo sucumbiera bajo el golpe de la envenenada flecha del salvaje; y sabido es que el reconocimiento desarrolla con frecuencia una pasion íntima y á veces mas duradera que las brotadas por las corrientes magnéticas de unos lindos ojos, ó el murmullo delicioso de frases análogas, emitidas con oportunidad y con estudio.



Pero no era posible permanecer por mucho tiempo en este elemento de dudas y deliciosas ilusiones á que sin querer habian hecho frente entrambos jóvenes: hay ciertos géneros de espectativas que atormentan y no matan; pero mas insoportables que la muerte misma por cuanto es eterno su dolor.

Segun hemos dicho Tuizlo se habia aproximado á Isabela, es decir, que se encontraba á punto de rasgar un velo que ocultaba á los ojos de su alma la luz ó las tinieblas, el paraíso ó el infierno.

Por su parte la doncella le vió sentarse á su lado, y sonrió de gozo; pero una lágrima transparente vino á humedecer sus negros y brillantes ojos, rodando desde las puntas de sus luenguísimas pestañas hasta la mano del mancebo, á tiempo que, con la confianza casi fraternal que se trataban, le había tomado una de las suyas.

—Lloras, amiga mia? le preguntó Tuizlo con ternura:— temes acaso que una nueva calamidad amenace tu existencia?

—Temo, Tuizlo, que Morgan nos lleve á sus guaridas para sacrificarnos despues de recoger los tesoros que le has prometido.

—Serénate, Isabela; Morgan no es capaz de tanta infamia, aunque pirata; y si por su mal la pretendiera, antes de ponerla en ejecucion habria lanzado entre mis brazos el último suspiro. No es Morgan el hombre de quien debemos recelar...

—Pero en todo caso tu vida estaria rodeada de peligros.

—Nada importan ellos tratándose de alejarlos de la tuya.

—¡Siempre generoso Tuizlo!

—¡Siempre desgraciado!

—Desgraciado...? ¡Ah, si! Por los peligros que en este instante nos rodean...

—No, Isabela hermosa: mi desgracia procede de otra causa muy distinta... Tiempo hace que en nada de lo exterior se detienen mis miradas, sino que se vuelven únicamente al corazón, porque este sufre un dolor agudo difícil de combatir... El mundo se levanta cada aurora con el mismo manto de preocupaciones que le simboliza desde su origen, y el hombre despierta con su lumbré y sus rumores á devorar amarguras, á perder lágrimas y evaporar suspiros... ¡Ah! Mi desgracia, hermosísima Isabela, se remonta á un elemento muy distinto del que ahora nos rodea, si bien es cierto que en él he venido á comprenderlo...

—Tus palabras, Tuizlo, encierran un misterio que no puedo



penetrar; pero un misterio que me ofende. Has dicho que en nada de lo exterior se *detienen tus miradas*, y... esa confesion vale para mi alma por todo un desengaño. ¡Ah! Cuando te he visto renunciar tantas veces á los brazos cariñosos de tu padre: cuando has ensordecido al amor de la patria á tu libertad por vivir bajo nuestro techo soportando con heroismo el injurioso epíteto de esclavo... en fin, cuando aqui, está misma noche has sido el único que lleno de valor ofreciste tu pecho á la bala del pirata por defendernos de una muerte segura despues del deshonor y de la infamia... entónces creia que tus ojos se detuvieran en algo mas que tu interior... Pero dice bien mi padre... el hombre no obedece mas que á la autoridad del egoismo...

— ¡Oh Isabela! —esclamó el jóven con voz entrecortada por la pena: — tu injusticia solo iguala á mi dolor!

—Mi injusticia...?

—Sí, por Dios...!

—Ojalá dijeras verdad!

—Oyeme, Isabela, y perdóname si al descubrirte el verdadero estado de mi alma te pruebe hasta que punto has sido cruel con quien antes que reproches merece tu absoluta compasion. Mi origen, Isabela, es puro como el sol; un indio bien puede ser noble á par de un castellano, pues el haber nacido en latitudes diferentes y tener por esta razon la piel mas ó menos blanca no se opone en manera alguna á un nacimiento distinguido, que solo difiere relativamente de cualquiera otro pero que en la esencia es uno.

—Quién puede dudar de esa verdad? —preguntó con asombro la doncella que ignoraba á donde se encaminaba el discurso del mancebo.

—El mundo, Isabela! El mundo que perseverante en su orgullo ha trazado una línea divisoria que no pueden hallar mas que sus adeptos, sin que basten á sobornarle los sentimientos elevados ó las purísimas virtudes.

—Pero el mundo...

—El mundo somos nosotros...!

—Entonces, yo soy uno de los muchos seres que coronan tu alma de amarguras... ¿No es esto Tuizlo...?

Y la joven esprimió una lágrima mas entre sus párpados.

—No, Isabela: no debemos individualizar porque entónces me seria imposible proseguir en el camino de la revelacion. El mundo

me rechaza de su seno y es á él á quien acuso. Mi alma es sensible, Isabela: sensible como la hoja del árbol al soplo mas ligero de la brisa...

La doncella retiró su mano que el joven indio habia estrechado suavemente al pronunciar aquellas significativas palabras y sintió que la emocion se levantaba de su pecho á la garganta como una columna de fuego.

—Pero mi alma —continuó Tuizlo— el alma de un salvaje... el alma de un impuro habitante de los bosques de América que aunque solamente consagrada á la idolatria de lo bello morirá solitaria y aun escarnecida entre la mas densa oscuridad... Este es mi secreto, Isabela, este mi dolor... ¿Qué me importa ser hijo de un cacique poderoso, y tener una conciencia vírgen de extravíos, si en medio de todo las preocupaciones se levantan á manera de gigantes contra esa alma misma y le vedan rendir un tributo al sentimiento?

—Calla, Tuizlo! — Esclamó con dificultad la conmovida Isabela; pero el apasionado mancebo continuaba sin escucharla:

—Nada importa á la verdad... Ese sacerdote mismo no cesa de justificarme en sus creencias con sus repetidos sarcasmos desde el momento en que ambos pisamos la cubierta de esta nave... ¡Oh! Con cuánta crueldad me ha destrozado el corazon! ¿Y porqué? Porque mas sagaz que austero en la observancia de sus votos ha penetrado mi interior, y ruge de celos al ver que si no soy feliz tampoco he renunciado solemnemente como él á la esperanza...

—Y bien, Tuizlo: puesto que esperas no eres del todo infeliz...

—Hay género de esperanzas, Isabela, que en vez de abordar á su propósito se estacionan y hacen vegetar la vida entre el deseo y la agonía... Yo no concibo cuáles sean las ventajas de semejante situación... Además, si tengo el derecho de esperar, no me atrevo á tanto... Sé que vivo en medio á un paraiso; pero; ¡ay! no soy yo el que puede aspirar el aroma de sus flores...

Isabela llevó el pañuelo á sus ojos y comenzó á llorar con sigilo para no avisar á su padre de la emocion que la embargaba: necesitaba de aquel desahogo natural y socorrido, sin el que seguramente su corazon hubiera reventado á manera de una bomba de campaña, y acudió a él con esa docilidad bellísima de la mujer sensible que padece en el elemento mismo de sus soñadas alegrías.



Pero si las susceptibilidades encantadoras del pudor le hicieron primeramente retirar su mano de las manos enardecidas del mancebo, por un inpremeditado impulso de ternura las buscó luego y estrechó con suavidad cuidando de ocultar sus lágrimas. Inútil es decir que Tuizlo la recibió con alegría tomando esta especie de abandono por un rayo de la esperanza que poco antes consideraba como distante de alumbrar los días de su borrascosa existencia.

Un rugido sordo se oyó á poca distancia y algunas frases articuladas á media voz, que no partian por cierto de los labios de Don Ricardo ó de Morgan, porque ambos hablaban á la vez de una manera bastante inteligible para que se le pudiera confundir. El piloto roncaba como un leon, tirado sobre la húmeda cubierta, y el fraile continuaba en su misma actitud, es decir, echado de bruces sobre la banda de estribor.

Algo mas tranquila la hermosísima Isabela retiró el pañuelo de sus ojos un tanto enrojecidos, pero brillantes y poderosamente cargados de esa languidez indefinible que pudiéramos llamar *la electricidad del amor*. Dolido Tuizlo de la afliccion en que la había sumergido con la rápida descripcion de su porvenir, fue el primero á romper el silencio, diciéndole:

—Esas lágrimas preciosas que he tenido la fiereza de arrancarte, serán, Isabela, el motivo de la expiacion primera de mi vida. Ellas estarán presentes en mi conciencia á todas horas, y me gozaré en la amargura á que por fuerza deben conducirme.

—No son de dolor mis lágrimas, oh Tuizlo! —repuso la jóven con suavísimo acento— ni aun cuando lo fuesen merecerian el sufragio de la expiacion que intentaras imponerte. Mi llanto tiene otro origen... pero siempre es el llanto de *uno de los seres que pueblan el mundo, indiferentes al soborno de los sentimientos elevados ó las purísimas virtudes...*

—Oh, Isabela! Tú no eres lo que dices, sinó un ángel de compasion y de bondad que llora como los humanos y siente inspirado por el mismo Dios...! A ser otra cosa...

Tuizlo se detuvo; pero ella le estrechó la mano con pasion, y presa de una inquietud indefinible al par que deliciosa, exclamó:

—Acaba! acaba!

—Pues bien, Isabela mia... á ser un ente sometido á la influencia de las preocupaciones, el alma de este salvage no te



amaria con la incomparable ternura que te ama! Sí: yo te amo desde el punto en que la suerte me puso bajo el techo hospitalario de tu padre, te amo desde antes de conocerte; porque tú eres la virtud y la virtud es mi deidad... Isabela! Ten compasion de mí...

El jóven iba á postrarse ante su amada, que yacía en una abstraccion deliciosísima, cuando cerca de entrambos se oyeron los crujidos de unas ropas, al parecer pesadas y groseras. El indio levantó la frente con fiereza, y reconociendo los hábitos del domínico dijo resueltamente á Isabela, mientras con ademán solemne levantaba en alto una mano:

—En el nombre del cielo, Isabela: ¿perdonas el arrojito de mi alma, ó aceptas el amor que te consagro?

—Tuizlo! ¡mi adorable Tuizlo! respondió la jóven con la misma religiosa entonacion— tuya soy hasta la muerte...!

Una infernal carcajada salió de entre los contraídos labios del cenobita restallando por toda la cubierta como el lejano eco de los truenos. Don Ricardo volvió la cabeza con sorpresa, y se encaminó hácia su hija algo molesto de aquel estrépito, mas por la procedencia que por el efecto, y aun acusando en su interior la poca mansedumbre con que desde un principio se portara el turbulento sacerdote.

Tuizlo habia desaparecido del lado de Isabela: el domínico ocupó inmediatamente el lugar de Don Ricardo junto á Morgan. ¿Qué ideas habian brotado del cerebro de estos dos hombres al separarse de Isabela? Hé aqui lo que vamos á averiguar dentro de un instante.

El enamorado Tuizlo habia logrado calmar en el fondo de su pecho la tempestad de dudas, que sobre el amor de Isabela hacia tiempo le abrumaba: las últimas palabras que recogió de sus divinos labios valian por toda una existencia de venturas, y la esperanza iluminó la frente del mancebo.

El domínico, por el contrario, reventaba de celos: habia oido la revelacion de Isabela que desvanecia hasta la sombra de sus criminales ilusiones, y no pudiendo otra cosa apeló al génio de la venganza. Isabela no podia ser la víctima, aunque interiormente la acusaba: ella debia sobrevivir para que saboreara un dia todos los tormentos que ese amor le reservaba a través de los transportes presentes.

Morgan continuaba gobernando, mientras el piloto, que habia



despertado se mantenía á cierta distancia ocupado en disponer una cachimba.

El sacerdote se aproximó á Morgan con todo el aire de humildad que correspondía á su carácter, preguntándole si al amanecer estaría ya en las playas de Zaona.

—Tal vez, —repuso el pirata:— ni el tiempo es malo ni estamos muy distantes; pero las tempestades estallan sin pasar aviso de atención, y cuando mas se confía poner la planta sobre el seguro arrecife, suele suceder que el marino desciende á las entrañas insondables de la mar.

—El cielo no lo permita! —esclamó aquel con suplicante acento.

—No temais, Padrecito: aquí viene un ángel con nosotros, y los ángeles ruegan á Dios por los mortales.

—Un ángel...

—La señorita Isabela es mas que mujer, segun su padre.

—Sin embargo, Morgan... este ángel no está en la entera gracia del Señor, ese ángel se comunica con un idólatra á quien hace poco juró amar eternamente, y por lo mismo antes que participar de tu confianza temo mas bien que nos acontezca una catástrofe.

Morgan midió al fraile de una mirada y el piloto, que sin propósito habia oido las anteriores frases, se estremeció ligeramente.

—Y se puede saber, —preguntó Morgan con indiferencia, —qué idólatra es ese que decís?

—El hombre que amartilló esta noche una pistola resuelto á poner término á tu vida...

—Ah...! ¿Tuizlo? — y los ojos del pirata se inyectaron de sangre.

—Tú lo has dicho, Morgan: el siervo de Don Ricardo, que finjiéndose hijo de un magnate de su raza para halagar tus esperanzas, seduce taimadamente á la mas celestial de las criaturas. Pero ya que sin pensarlo hemos tocado á este asunto importantísimo, preciso es que nos pongamos de acuerdo para entorpecer la realizacion de los planes que en este momento concibe Tuizlo en su desmedida ingratitud.

—En efecto, Padrecito: es deber de todo hombre evitar que otro cometa una mala acción...

Y el pirata, acercándose mas á su interlocutor, añadió con indignacion poco reprimida:

—Y tambien es un deber castigar la ingratitud...

—Pues eso! —repuso aquel entusiasmado.

—Veámos como concebis ese castigo...

—Oyeme, Morgan. Tuizlo te ha prometido oro y piedras por el rescate suyo y de nosotros...

—Cierto...

—Tendrás que ir con él á Samaná, y como todo es una farsa volverás con él á tu chalupa...

—Adelante.

—¡Tuizlo no debe hollar de nuevo la Zaona...!

—Es decir... que le ato un lingote á la garganta y le doy por sepultura el Océano...

—Hijo mio! exclamó el fraile afectando una dolorosa abnegación:— la medida es violenta y cruel; pero al mismo tiempo necesaria. Si la existencia de un hombre sin fé ni freno social que modere sus pasiones de salvaje ha de ser causa de la perdicion eterna de una vírgen modelo de virtud y de hermosura, Dios aceptará el sacrificio de esa existencia inútil, no como un holocausto, sino como un acto que se consuma para el mejor servicio de su causa.

—Pero... ¿y qué haremos luego para consolar á esa jóven que le ama...? Cuál de nosotros se encargará de enjugar su llanto sin que el remordimiento se levante como un fantasma entre su inocencia y nuestro crimen...? Pensadlo con mas calma, Padrecito: matar á Tuizlo es obra de un instante; pero herimos al mismo tiempo el alma de Isabela, la condenamos á una agonía perdurable, y... esto es cometer un doble crimen... Si hubiese aquí otro pasajero jóven con cuyo amor deslumbrarla...!

Diciendo esto el pirata habia entrado con sus ojos de fuego hasta el corazon del sacerdote.

—En efecto, —murmuró éste sonriendo con malicia.

—Vos, padrecito... si no fuera ese ropaje...

—El ropage es lo de menos...

—O vuestros sagrados votos...

—Mis votos... —y acercándose á Morgan añadió: —yo no he pronunciado voto alguno...! !

Un relámpago de alegría iluminó la frente del génio de los mares, el cual continuó de esta manera:

—Vamos! O quereis chancearos, ó deslumbrado con el bocadillo haceis traicion á vuestro santo ministerio.

—No, hijo mio, repuso el domínico con la hilaridad de un mozalvete: —ni me chanceo, ni jamás abrigué lo que se llama una pasion por Isabela: me gusta, no lo niego; pero como diferimos en edad he sabido reprimirme antes que ridiculizarme.

—Conque... hablando en plata: dijisteis...

—Que no he pronunciado voto alguno? Esta es la verdad.

—¿Sin embargo... hablais de Dios y de virtud, y me llamais *vuestro hijo*...

—Es que de todas estas frases hice un particular estudio antes de embonarme este sayal, y las manejo oportunamente como si fueran de mi reino. Yo como tú, Morgan, creo en un Dios Señor del cielo y de la tierra; pero como tú me rio de la virtud. Por esta conformidad de conciencia te he revelado sin reparo mi secreto...

—Os equivocais á lo que entiendo: —repuso el pirata satisfecho de verle voluntariamente colocado en la cuesta de las confidencias.— Hasta ahora no me habeis dicho otra cosa si no es que no habeis pronunciado voto alguno: os resta explicarme como es entonces que vestís la túnica del sacerdote.

—Te lo explicaré mas adelante... allá, en la Zaona...

—Y por qué no aquí?

—Porque... alguien puede oirme...

El piloto se tendió en tierra sudando de ira y comenzó á roncar como si en realidad se agitara en un sueño trabajoso.

—Quiá! —pensó Morgan con aire distraido: el único que pudiera oiros es ese; y ya lo veis, ronca como la ola al reventar en los cantiles.

—No importa: ahora de lo que debemos ocuparnos es de la suerte de Tuizlo.

—Pues yo creo lo contrario, —repuso el pirata afectando una calma de que no participaba hacia tiempo: —Tuizlo corre de mi cuenta; pero en la duda de si sois ó no lo que apareceis, creo que debo abstenerme de atentar contra su vida. Siempre me ha gustado jugar limpio: ó acabais de decirme qué embrollo encierra vuestra vida ó no me hablais una palabra mas de este negocio.

—Vaya, amigo Morgan, —dijo el fraile con dulzura: no os enojeis por tan poca cosa con quien bien te quiere...

—Al grano, al grano.

El fraile tomó asiento sobre el tablado que hacia en la popa funciones de gallinero, y bajando la voz, como un penitente á los pies del confesor, dió principio de este modo á su relato:

—Hará sobre dos años que salió de Cádiz una barca con destino á esta isla, cargada de pasajeros que en su mayor parte eran empleados civiles y militares. Entre ellos venia tambien un sacerdote de la órden domínica, hombre virtuoso y de avanzada edad que me tomó mucho cariño...

—Bien; pero vos...

—Yo venia de asistente de un coronel...

—Ola! con que sois rebajado...

—Dejaos de epígramas, querido Morgan, que el tiempo no anda de sobra.

—Podeis continuar, seor veterano...

—Pues el fraile llevado de su buen afecto, y vistas las atenciones que yo le tributaba en la navegacion concluyó por hacerme su confidencia y entregarme el cofrecito en que traia sus papeles, su dinero y un hábito nuevo, con que se disponia á saltar en tierra. Sucedió, pues, que como tú nos sorprendistes en esta noche, nos sorprendieron tambien en otra unos costeros próximos á la isla de Inagua, y desde que pusieron el pié en cubierta dieron la voz de degüello. Yo entonces me apoderé del cofrecito, y descolgándome por una banda al bote en que habian llegado hasta nosotros, comencé á bogar á la cia para no producir mucho ruido. Al dia siguiente paseé mis ojos por el horizonte y ni rastro vi de entrambas embarcaciones, miéntras la tierra se me aproximaba por la banda del Norte. Redoblé mis fatigas, y á la caida del sol pisé en lo firme, desde donde me dirijí á la capital ya con mis hábitos, y á la que llegué después de cinco dias de camino. Mi primera diligencia fué presentarme al Obispo y entregarle mis papeles.

—Bien venido seas —me dijo despues de leerlos y colocarlos sobre un velador;— pero te prevengo Carlos, que no vengas á turbar la paz de mi rebaño. Tus ideas maquiavélicas te han valido este destierro y esta suspension en el ejercicio de tu carácter: no quieras con nuevas imprudencias acumular penas mayores sobre tu espíritu...

Comprendí que el verdadero fraile venia por castigo á la Española.



—Señor, —dije á mi prelado,— el cielo me ilumine y tenga en su gracia para no causaros mortificacion alguna.

—El te oiga, hijo mio, y te traiga á verdadera enmienda. Por ahora estarás un año sin celebrar el sacrificio de la misa, sin oír culpas de otros pecadores ni administrar los santos sacramentos. Vivirás en el convento de tu Orden con austeridad, y harás constante penitencia en expiacion de tus errores. Tal vez, si te haces digno de mi lástima, te rehabilite antes del año.

—Dicho esto me volvió la espalda y tuve á bien retirarme á mi convento.

Allí me dieron una celda y un lego, que me acompañaba principalmente por las noches. Gracias á su edificante vocacion por el sacerdocio pude ponerme al corriente en menos de dos meses de todos los deberes, los rezos y las ceremonias á que me habia obligado en un momento de irreflexion.

Habia en la Comunidad un fraile en extremo virtuoso, á quien estimaba mucho el Obispo, mas que por órden de éste me celaba, segun pude comprender de algunas frases de mi lego. Sucedió pues, que estando un dia en refectorio mis ojos ya prevenidos se encontraron distintamente con los suyos, por manera que cuando levantaba yo la frente tenia la seguridad de que él hacia lo mismo, y esto me irritó. Así fué que apenas concluimos, le seguí por las altas galerías, hasta que próximo á la puerta del coro me resolví á interpelarle despues de ver si alguno nos oia.

—Disgustado me teneis, hermano Pablo,— le dije afectando pesadumbre,— y disgustado en alto punto con la especie de espionaje que ejercéis tiempo ha sobre mis actos. No se en qué género de culpa pueda incurrir para sufrir ese tormento el hombre que vive entre estos benditos muros entregado á la penitencia.

—Hermano Cárlos, —me contestó sin alterar su calma,— ese espionaje que os doleis no es fruto de vuestros actos de hoy, sino el resultado de vuestros extravíos de ayer; y Dios sabe cuanto me es violento el tener que vigilaros, aunque me consuela la esperanza de que así podré veros muy pronto en pleno goce de vuestros santos ejercicios.

El buen Pablo habia tendido á la espalda su capucha: su rostro estaba iluminado por un rayo de fé y de mansedumbre que me impuso. No obstante tuve valor para seguir en el camino de las esplicaciones, las primeras que habia provocado durante siete



meses, y las primeras palabras que, fuera del lego, habian resonado en los oidos de un miembro de la Comunidad.

—Segun eso —repuse— vos, hermano Pablo, me teneis por delincuente, olvidándoos que la calumnia no ha renunciado aun en el mundo el derecho de dañar.

—Os tengo, hermano Carlos, por un desgraciado y nada mas.

—Bien: creeis que pequé...

—Asi viene escrito de Sevilla...

—Eso puede proceder de odios engendrados en la juventud y desarrollados luego con el auxilio de una ventajosa posicion.

—Tengo entendido, hermano, que vuestra culpa ha sido posterior á vuestra juventud.

—Quizá... —murmuré turbado recordando que en los papeles del pobre fray Carlos entregados por mi al Obispo se le declaraba mal intérprete del dogma, y que por lo mismo mi argumento me habia puesto en evidencia.

El hermano Pablo quiso aprovechar mi confusion para retirarse, acompañando con una humilde cortesía estas palabras:

—Dios os guarde.

Pero oponiéndome á su marcha le dije resueltamente:

—Una palabra!

—Os escucharé; pero sed breve.

—Habeis dicho que vuestro espionage procede de mi ayer...

—Y bien?

—No creo, hermano, que sea necesaria tanta severidad para una culpa...

—Esa es queja que debeis enderezar á nuestro Pastor.

—Privado del egercicio de mis funciones, que es bastante, la debilidad de ayer queda espiada: vuestra vigilancia es un abuso insoportable para la vida austera que hoy soporto.

—Yo no entro en esas distinciones.

—Pero yo sí; para conocer que vos, hermano Pablo, traslimitais vuestras facultades en este momento.

—Hermano! —esclamó el pobre viejo rebotando en amargura.

—La ambicion del priorato sin duda os impele á oprimirme, creyendo recomendaros de esta suerte á los ojos del Prelado para inclinar su ánimo á vuestro favor

—Fray Cárlos! —gritó el religioso fuera de sí,— ved que me



calumnias injustamente y eso os puede traer mortificaciones mas severas de las que hoy exaltan vuestro espíritu.

—No lo dudo, yo sé muy bien de todo lo que es capaz un favorito astuto cuando se trata de satisfacer al dragon de sus pasiones.

—Mejor hubierais hecho en estudiar las vuestras para sofocarlas antes que entregaros á su infernal regencia.

—Mis pasiones, fray Pablo, no han sido avisadas todavía... acaso vos seais el primero que las irrite por el camino del insulto...

—Acordaos de Sevilla...!

—Acordaos de que siendo vuestro hermano en el Señor sois tambien un hombre que todavía no se ha prostituido hasta desempeñar el papel de un espion...

—Os comprendo: sois un valiente.!

Y la sonrisa del desprecio rodó sobre sus labios: luego continuó:

—Pero debeis saber que aquí fracasan los instintos feroces por convicción ó por la fuerza...

—Mientras triunfan las intrigas por rivalidad ó por codicia...

El fraile se estremeció, y no obstante hallarse encorvado por el peso de los años, levantó soberbiamente su cabeza revestida de canas, blancas como nieve: parecia un apóstol lleno de unción que se enhiestaba ante el peligro satisfecho de su conciencia misma. En cuanto á mí, un temblor no interrumpido circulaba por todo mi cuerpo revelando la rabia de que me hallaba poseido. El soldado iba volviendo del letargo que hacia siete meses le embargaba. Fray Pablo enjugó el sudor de su rostro con un pañuelo que estrajo de la manga del hábito, me fulminó una mirada terrible y me dijo:

—Fray Cárlos! Nadie mas que yo ha podido oír vuestros insultos á través de estas sagradas galerías, donde nunca hasta este momento resonaron. Si apesar de vuestro carácter turbulento guardais un átomo de juicio, no será difícil que muy pronto comprendais que habeis faltado á la casa del Señor faltando á uno de sus más humildes siervos, y esto solo por desfogar enojos que nada tienen de comun con él. Retiraos, pues, á vuestra celda, y nunca volvais á procurarme: yo os perdono en nombre de Dios vuestras injurias, pero esquivo vuestra palabra para el porvenir.

—Sea! —le contesté con frenesí: dejadme libre de la vuestra

que desmiente tan bien vuestro hipócrita exterior, y haced que nunca se encuentren vuestros ojos con los míos.

—Pudiera ser si no militaran en contra vuestra más que los excesos de Sevilla, y eso por obra de mi voluntad; pero esto que acaba de pasar aquí lejos de inclinarme á la indulgencia solo servirá para redoblar mi vigilancia.

—Acaso o sea funesto del exceso de vuestro celo...

Y esto diciendo mi mano derecha se cerró con tanta fuerza que sentí penetrar las uñas en la carne.

—Antes que tal suceda, —repuso con reposo el pobre anciano,— Dios se habrá servido traerlos al arrepentimiento y la vergüenza en la soledad de cuatro paredones.

—Cómo! ... ¿Me amenazais con la prisión? ...

Y abriéndose mi mano de improviso descargo sobre el rostro venerable de fray Pablo una bofetada tan recia que el eco la repitió por las espaciosas bóvedas del claustro. Otro fraile que pasaba á lo lejos vió mi arrojó y acudió en auxilio de su hermano, quien con el rostro encendido por el golpe me contempló un momento y dijo á su compañero retirándose: —compadeceidle como yo le compadezco, hermano mio: ¡fray Carlos está loco!

Poco tiempo tuve de reflexionar en la enormidad de mi atentado que como religioso me sometía á las más terribles pruebas, pues á poco de entrar en mi celda se presentó á la puerta el guardian acompañado de cuatro legos é intimándome la orden de seguirle. Obedecíle después de recoger mi breviario, seguro de que había llegado el momento de expiar la culpa que el verdadero fray Carlos cometiera en Sevilla, pero agravada en la Española por la bofetada del veterano que en mal hora tomó su nombre y su carácter. Bajamos una escalerilla secreta cuya claraboya daba al jardín, y después de atravesar diversos corredores oscurísimos, donde por efecto de la humedad corría un airecillo sumamente frío, llegamos á una habitación solitaria. El guardian introdujo la llave en la cerradura haciéndola chirrear ásperamente, luego empujó las hojas de la puerta, me hizo señal de que entrara y volvió á cerrarla. ¡La noche no es comparable en lobreguez al interior de aquella horrible habitación! El guardian y los legos se alejaron después de instalarme en mi calabozo, no oyéndose á poco tiempo otro rumor en todas aquellas galerías que el silbido ó el aleteo de los murciélagos.



La puerta tenia un postiguillo, casi á flor de tierra, de modo que por este era que me introducian diariamente la comida. No habia, pues, esperanza alguna de fugar al horror de aquel encierro, en que para mayor angustia ni podia leer á efecto de la oscuridad que perennemente me rodeaba. Dos meses habian corrido á contar desde la tarde de mi encierro, cuando sentí pasos en la galería mientras flotaba sobre el techo la lumbré de un biandon: luego oí que sonaba la cerradura: era evidente que venian en busca del criminal para juzgarle. ¡Oh amigo Morgan! Qué terrible momento en una conciencia acusadora! ¡Confieso sin rubor que me estremecí, yo, soldado que entre mis camaradas tenia fama de impertérrito ante la lanza y el cañon...! Abrióse por fin la puerta y el guardian me dijo miéntras uno de sus acompañantes me alumbraba el rostro con la antorcha:

Fray Cárlos! Nuestro Prelado se digna redimiros de la prision á que perpetuamente estabais condenado á causa del escandaloso hecho que por lástima de vos mismo escuso el recordaros; pero os lanza de su diócesis, como un ser funesto al órden y la concordia que ha reinado siempre en ella. En cuanto á fray Pablo os acuerda su perdon.

Señor...! —me atreví á balbucear.

Silencio...! exclamó aquel con imperio, no os corresponde hablar sino obedecer. Vuestro equipage todo se encuentra en estas horas á bordo de una carabela que con las primeras horas de la noche debe partir para Puerto—Rico, y solo falta que os embarqueis. Seguidme, pues, sin dilacion y sin aventurar una palabra que seria de todo punto inútil. Una cosa os recomiendo, fray Cárlos, y os la recomienda á su vez nuestro Prelado: cuando al llegar de Sevilla y presentaros á él os previno que fueseis humilde como digno siervo del Señor, respondisteis que *no le causariais linage alguno de mortificacion*: habeis sido inconsecuente á esa promesa que os debia valer en cambio el perdón de vuestras pasadas culpas, habeis levantado la diestra para descargarla sobre el rostro venerable de un hermano cuya vida adornan tantas virtudes como canas su cabeza... ¡Fray Cárlos! ¡Fray Carlos! Ved lo que haceis en adelante, porque si no os enmendais vuestra condenacion es inevitable...!

Dicho esto se cubrió la cabeza con la capucha y comenzó á



anterior: sus familiares me intimaron la orden de seguirle cerrando la comitiva á mis espaldas.

Cuanto me habia pasado y estaba pasando en aquel momento me hubiera parecido una estravagante conseja, si un año atrás cualquiera camarada del cuartel ó una gitana de las que leen el porvenir me lo hubiese anunciado. En los tiempos de mi vida militar las carreras de baqueta y los muchos meses que sufrí de arresto limpiando fusiles y *dando blanco á las correas* no me afectaban, porque no pasaban estas el pellejo condenándome á ellas otro militar; pero vistiendo aunque sin derecho el hábito del religioso las palabras y los hechos derivados de mis estravíos no me fueron mas sensibles por ser justos que por venir de un hombre que realmente era ministro del altar, y mi confesión ó mejor dicho mi vergüenza habia por la primera vez coloreado mis mejillas. Sin embargo, miéntas caminábamos en direccion al muelle logré serenarme con la idea de que mi delito disminuirla su carácter agravante tan luego como se supiera que yo no era tal sacerdote, pues en caso de juicio entonces los tribunales civiles invocarian su jurisdiccion, y si en ellos se pronuncian sentencias no se fulminan á lo ménos anatemas, que era lo que yo temia desde la hora en que me redujeron á prision.

Llegamos al muelle, y merced á una falua de la capitanía del puerto en breves minutos nos hallábamos el guardian y yo á bordo, donde me entregó al capitán con un pliego cerrado.

—Fray Cárlos! —me dijo en tono solemne miéntas descendia á la falua, —que el cielo os ilumine en vuestros pasos.

—El se digne oír vuestros votos, virtuoso hermano mio...!

—Que os veamos por acá muy pronto, —repuso con sagacidad, al ver que los otros pasajeros prestaban atencion á nuestro diálogo.

—Asi sea, —le contesté despues de haberle comprendido.

—Pero que os veamos bueno... y sano...

—Amen...!

La falua desapareció entre las sombras de la noche que ya habian comenzado á descender; media hora mas nos hicimos á la mar, por cuya superficie resbalábamos cada uno de nosotros con su remordimiento ó su esperanza hasta que tú, Morgan, nos apresastes de improviso. Ya conoces la historia de mi vida en su parte semi-religiosa: ya sabes que yo no estoy divorciado con el mundo por obra del juramento: ya sabes en fin, que en la Zaona



puedo trocar el hábito por la camiseta, y poseer el cariño de Isabela desde el momento en que Tuizlo deje de existir. Pero á nadie digas, por Dios, quien soy verdaderamente: á bordo han tenido lugar algunas escenas que me hubieran comprometido a no ser por este traje.

Calló el falso religioso, y esperó que los labios de Morgan se entreabrieran, como se prometia, celebrando su expedicion para optar al cariño de Isabela; mas el pirata estaba horrorizado acaso por la primera vez de su vida con lo que acababa de escuchar, y en el egoismo natural del hombre se olvidaba de las exigencias del hipócrita para pensar en las de su conciencia propia. Su pensamiento como el relámpago voló por los espacios del pasado; y al ver lágrimas y sangre, y al oír sollozo y estertores se estremeció. Aquella historia, en la esencia menos horrible que la suya, fué para Morgan como un aviso del Señor.

El farsante comprendió que algo estupendo pasaba en el alma del pirata y se apresuró á distraerlo.

—Y bien, querido Morgan, —le dijo frotándose las manos— ¿no te alegras de saber quien soy?

—Quién sois! —¿Acaso me habéis dicho vuestro nombre?  
Y Morgan sonrió.

—Ah! Tienes razon: para los otros seré siempre el padre Carlos, para tí Cayetano.

—Y qué quieres que te diga, amigo Cayetano.

—Bravo! —Esclamó aquel con regocijo,— esa confianza es la mas espresiva garantía de mis propósitos. Nosotros, Morgan, concluiremos por entendernos y ser lo que se llama unos buenos camaradas.

El pirata ahogó una blasfemia en mitad de la garganta, mientras su mano derecha bajaba con disimulo á posarse de nuevo sobre la caña del timon, despues de abandonar el mango del cuchillo que ocultaba en su cintura.

—Seremos lo que gustes, —respondió á Cayetano sin mirarle; mas retirese por ahora, que su padre de Isabela nos observa.

—Bien, amigo mio; pero volveremos á conferenciar sobre los medios conducentes á impedir que su hermosa hija sea presa del salvaje.

—Sin duda... ambos lo impediremos... ahora puedes retirarte.

—Pues... esta es mi mano!

—Y esta la misa, repuso Morgan con disgusto al enlazar su diestra con la de Cayetano.

—Adios, mi querido piratillo, dijo con truhanería al ausentarse.

—Adios... fray Cárlos, le contestó Morgan distraído.

Fray Cárlos ó Cayetano se volvió no bien habia andado doce pasos, y dejando rodar sobre sus labios la mas feroz de las sonrisas murmuró estas palabras en que se revelaba toda su ira:

Alerta, seor pirata! Me habeis obligado á revelaros lo que solo Dios y yo deberíamos saber...! Alerta os digo...! porque ese secreto ha de volver á mí, aun á precio de vuestra sangre, tan luego como hayais servido de instrumento á mi venganza...!

Dicho esto echó la capucha sobre su cabeza y fue á recostarse junto al palo mayor, sirviéndole de almohada un rollo de lona que se empleaba como toldo durante las horas del medio día.

Hay un efecto delicado que brota en el corazon de los mortales con la presteza del relámpago y se radica en él hasta tomar las gigantescas proporciones de la amistad ó del amor. En efecto: si la mujer es quien despierta ese sentimiento que como tantos otros reposa hasta su día, inalterable bajo el velo del olvido, necesariamente se dilata y esponja á manera de las plantas con la humedad saludable de la noche, y cual ellas ofrecen agradecidas á la aurora sus frutos y sus flores, —el alma brinda á la mujer, que es la aurora de todas sus esperanzas, un mundo de pasion y de ternura que siempre termina con la muerte precedido de hechizos ó, acaso de pesares. Una mirada sin estudio basta á inflamarle, y una ocasion favorable le desarrolla ó una contrariedad le debilita; pero nada de este mundo le arrebatara á su cuna ni le distrae de su adhesion semi-divina que generalmente declina en el amor.

Si es el hombre el principio de este afecto, el alma que le concibe se recrea en la glorificacion de aquel, y pregona con orgullo las calidades y los triunfos que le adornan los cual si recayesen en un ser de su linaje, miéntras por el camino de los hechos mas señalados se dirige á merecer las deferencias de una amistad íntima y eterna.

Ese afecto, pues, que nos aprocsima reciprocamente sin estudio, que nos obliga sin diferencia de secos y sin exigir costosas pruebas, es lo que el mundo llama *simpatía*; nombre si se quiere vago, nombre espúreo, por cuanto anda como fuera del círculo en



donde giran todas las grandes pasiones; pero significativo sin embargo, pero verdadero, leal y generoso.

No se puede decir que Morgan, espanto del litoral de la Española, hubiese entregado su ánimo al miedo cuando abordó el bergantín y se dio con Tuizlo dispuesto á sepultar una bala en sus pulmones; pues además de que también su mano requería una pistola, más de una vez había hecho frente á la muerte desarmado á efecto de su valor extraordinario y del arrojo propio entre hombres de su profesión. El hecho de entrar en convenios de paz con el resuelto jóven tuvo su origen en ese afecto purísimo, en esa simpatía profunda que ora nace de la admiración de lo bello, ora del denuedo, y lo que es más común del infortunio; Morgan había simpatizado con Tuizlo: fácil será deducir con cuánta indignación oíría las proposiciones del relajado Cayetano, las cuales á la vez de conspirar contra la vida de un hombre noble y generoso, le repugnaron altamente, porque el pirata no era un asesino; y si era verdad que muchas veces su mano se había humedecido en la sangre del desapercibido navegante, no era menos cierto que eso siempre tuvo lugar á efecto de la lucha en que aventuraba el mismo tesoro que su víctima.

El piloto había participado de todo el diálogo sostenido por el supuesto fraile y el pirata, quienes en la preocupación de sus diversos propósitos le creyeron sujeto al imperio de un sueño profundísimo, y no tuvieron reparo en comunicarse libremente. Mas Sotero (este era su nombre) se había impuesto de todo, según queda dicho, desde su dormitorio de popa, habiendo tenido la precaución de exhalar de vez en cuando algún gemido, ó de murmurar palabras inconexas, ó de revolverse con el embarazado movimiento de una voluntad inactiva, para no despertar sospechas en aquellos dos hombres, ambos al parecer enemigos de otro á quien él debía la vida, y poder contrariarles la consumación de sus acuerdos.

Sotero siguió á lo largo con sus ojos el bulto del domínico, y así como se le desvanecía á efecto de las sombras que las velas proyectaban sobre la cubierta, comenzó á esperezarse concluyendo por levantarse y dirigirse al lado del pirata. Este le miró con recelo al principio, si no creyendo que le hubiese oído á lo menos como un hombre enojado contra él que apresándole le arrebatara á un tiempo libertad y porvenir: más el piloto había dejado de pensar



en sí mismo por aquellos momentos para ocuparse únicamente de salvar á Tuizlo, y en su rostro se pintaba la franqueza.

—Buena noche, camarada, —dijo el pirata con una sencillez calculada.

—Ola! —le respondió aquel— ¿ahí estabas tú?

—Precisamente.

—Y ¿qué tal? has dormido bien, eh?

—No señor; he dormido muy mal...

—Ya...! La cama no debe de ser muy blanda que digamos.

—La cama es la que cumple al marinero...

—Entonces...

—Es, señor Morgan, que he tenido malos sueños...

El pirata volvió á mirarle algo sorprendido.

—Malos sueños...? repitió en tono interrogante: —¿y qué tenían de malos los sueños? A nadie he herido, ni aun amenazado desde que subí á esta nave, para que un espectro ó un puñal suspendido sobre la cabeza de la víctima hayan hecho su sueño trabajoso.

—En efecto, —repuso Sotero:— á ninguno de nosotros habeis herido todavía...

—Y bien...?

—Pero como podeis herir mañana...

—Tranquíízate, buen hombre: mi acero no se teñirá en la sangre de los cautivos.

—Que no...?

—Que no...!

Miróle á su vez Sotero con un asombro indefinible, no sabiendo pensar si el pirata hacia traición á la conciencia, ó si realmente habia resuelto rechazar con nobleza las tentaciones puestas hacía poco en juego para reflejar en ella un crimen: luego dijo:

—A fé de Sotero, señor Morgan, que vuestras palabras rectifican las mias.

—Esplícate.

—Dije antes que habia tenido *malos sueños*: pues bien, lo que tuve ó mas bien padecí no fue otra cosa que una horrenda pesadilla... En ella vi que un jóven valeroso salvó la vida á un anciano, y que el anciano, dominado de la pasion ardiente que acariciaba por la amante de su salvador, imaginó asesinarle...



—Bah! La fantasía tiene sus extravagancias, señor Sotero.

—Tal vez, señor Morgan... pero casi pudiera asegurarnos que esa extravagancia nada tuvo de comun con mi fantasía.

—Pues entonces, cómo llamaremos á tu pesadilla?

—Si quereis, —repuso á media voz el piloto,— llamadla la *extravagancia de la realidad...*

—Cómo! —esclamó con alarma el pirata, mientras acercando su rostro al de Sotero parecia querer adivinar una verdad antes que oirla.

—Decid que un pacto horrible, —continuó pensando Sotero,— un propósito repugnante á los ojos de Dios y de los hombres, hecho aqui hace un momento y afortunadamente escuchado por mí, es uno de esos delirios que padece el cerebro, y si os parece poco, añadid que el mio ademas está escitado por el vapor del aguardiente: decidlo, que yo siempre creeré lo que debo creer, y haré lo que cumple a un hombre humano, aunque de mar.

Esta última respuesta de Sotero hizo comprender hasta la evidencia á Morgan que ya no era posible ni tiempo de emplear el disimulo. El piloto lo habia oido todo y al parecer estaba resuelto á contrariar la intriga; mas el pirata quería conquistarle no para hacerle variar de una idea que él tambien acariciaba sino para ponerse ambos de acuerdo á fin de que no se errara el golpe por razon de una imprudencia.

—Sotero, —le dijo con cariñosa confianza,— veo bien que amas á Tuizlo como yo, sin conocerlo.

—Vos, Morgan? ¿Decís que vos le amais?

—Le amo ya poco menos que á mi hija.

—Y sin embargo, —repuso el piloto,— no hace mucho...

—En efecto: ahora mismo he estado tratando de su muerte; pero asi era necesario para comprender la estension del peligro que le cerca y combatirlo con acierto. El padre Carlos ha jurado en el fondo de su corazon la muerte de nuestro jóven amigo, encubriendo unos celos mal fundados, con el ridículo deber de castigarle por ingrato hácia Don Ricardo, y de impedir que un idólatra inicie en las delicias del amor al alma pura de Isabel. ¡Llama ingrato á Tuizlo, porque mancebo hermoso y libre ama á la hija de su patrono, que tal vez ha preparado calculadamente el desarrollo de esa misma inclinación... ¿Qué ingratitud mayor que la del poseido religioso?

—Cabal, amigo Morgan! exclamó Sotero afirmativamente.

—A no ser por el desnudo de Tuizlo que nos detuvo á mí y á mis compañeros en la hora de la fiesta, ninguno de vosotros los de popa hubiera escapado de la cuchilla. Así lo comprendieron Don Ricardo y su hija cuando apenas arrojé mi pistola se llegaron a estrechar el pecho y la mano del mancebo: así lo comprendió también el padre Cárlos cuando se arrastraba á sus pies como un reptil murmurando estas palabras: —“Perdona, Tuizlo”.

—Ah! cómo le oísteis?

—Seguramente; y por tales preguntas adiviné que algo de temerario había pasado antes respecto del fraile para con el jóven. Así, pues a pesar de los arteros recursos que ha empleado con el fin de seducirme á cometer el asesinato de su libertador, a pesar de presentarlo á mis ojos como un villano que trata de robar la honra de Don Ricardo y la salvación á Isabela, no ha logrado otra cosa que excitar mi cólera, y juro que á no ser un sacerdote le hubiera sepultado en el pecho mi puñal.

Calló un momento para estudiar el efecto que sus palabras producían en el ánimo de Sotero; mas éste, levantando los ojos á la luna cuyos últimos vislumbres se exhalaban entre los rayos vivísimos del alba, tomó la palabra para decir con refinada malicia:

—Sigo, pues, señor Morgan, la historia de mi pesadilla. El anciano que meditaba asesinar al mancebo pasaba por un bendito religioso; pero apremiado por el que pretendía hacer cómplice del crimen confesó no ser esencialmente otra cosa que un soldado.

—Bien, Sotero, —dijo el pirata con resolución veo que estás en su secreto; mas también sabrás que le prometí no descubrirlo.

—Yo no soy vos...

—Sin embargo, creería que te lo revelé.

—Señor Morgan! no merece consideración alguna el hombre que á nadie considera: yo soy franco: si se viene á mano digo redondamente que el fraile es un desertor.

—Silencio por Dios...

—Y que su nombre es Cayetano...

—¡Buen modo, por cierto, de castigar su ingratitud para con el hombre á quien debéis todos la vida!

—Es que si fuere preciso, señor Morgan, le ahogaré entre estas manos que son como dos anillos de hierro.

Y las contrajo con furor haciendo résonar hasta la última de sus coyunturas.

—Es decir que amas de veras á Tuizlo...?

—Si señor: le amo, y no le acecho despues de merecerle el bien inapreciable de la vida y de esperar en su promesa el rescate de mi libertad. Mi amor, por esta parte, es la obra de la gratitud. Pero le amo tambien como á un jóven cuyo pecho ocupan sentimientos generosos: le amo porque al parecer desdichado sufre con heroismo su infortunio; y esta razon unida á la anterior me imponen el deber de defenderle aun á costa de mi propia vida, porque yo os lo dije, señor Morgan, aunque hombre de mar soy humano.

—Bien, Sotero.

—El Señor Cayetano puede ver cómo se las maneja, si no es que quiere morir sin calentura.

—Siempre seria mejor no cometer una imprudencia, quizás funesta á la salvacion de Tuizlo. Este puñal será mas certero que las manos.

Y quitándose de la cintura una finísima hoja la entregó al piloto.

—Pero te advierto, continuó, que no has de vibrarlo sobre el pecho de ese impostor hasta que avance siquiera un solo paso en el camino de los hechos.

—Gracias, señor Morgan, dijo Sotero guardando el arma, y en cuanto á vuestra orden sereis obedecido, reservándome el derecho de espíarle.

—Sea, principalmente desde el punto en que toquemos á la Zaona; porque pudiera ganarse algunos hombres de los que hoy me sirven y formarse un gran partido. Descuidad capitán.

—Y que nada sepa Tuizlo hasta entonces.

—Así lo haré.

Dicho esto Morgan hizo una seña á Sotero para que se desviara, lo que verificó aquel talareando una cancion en extremo significativa.

El dia perfilaba enteramente los contornos del mundo, dejando entrever hácia popa y como desvanecidas las costas apartadas de la Española y á proa las playas ya inmediatas y los cantiles de la Zaona.

Don Ricardo é Isabela se levantaron de sus mal mullidos



lechos y vinieron á saludar el dia cerca de Morgan, mientras Sotero, echando pestes contra el cocinero porque aun no habia prendido lumbre, se disponia á hacerlo por si mismo en el deseo de tomar una taza de café.

Cuando Tuizlo se separó de su amada despues de sus primeras esplicaciones amorosas fue á sentarse sobre el tangon de la redonda, á proa ébrio de pasion y de alegria. Para su alma se habia abierto aquella noche las puertas del paraíso; y los delirios de una imaginacion volcánica fundida entre los Tropicos, que despierta llena de lozanía y de vigor á las emociones de un amor sublime, poblaban, por decirlo así, los instantes de su ecsistencia, aquellos instantes que rapidos volaban al vacío entre el sonoro canto de las olas. Hermoso como el Apolo de Belvedere Tuizlo parecia mas que un ser humano un génio del Olimpio: la soledad misma que le rodeaba contribuia á darle una apariencia semi-divina, haciendo recordar esas figuras colosales que se veian en los Senadores de la antigua Grecia y que se veneraban como inspiraciones sagradas de sus genios. Para comprender de una vez lo que era Tuizlo baste saber que este nombre significaba en su idioma *Flor única*. (Tuit—thilo) y que solo se daba en las familias á las mas lindas de las hembras.

Sentado conforme queda dicho, en aquel extremo de la nave, se gozaba en recordar las palabras de Isabela, sobre todo las que de una manera irrevocable, con un acento enfático y divino le aseguraban su amor *hasta la muerte*; acabando por sumergirse en una especie de éstasis, salpicado de melancolía y de esperanzas, de lágrimas, de dulces suavísimos languidos suspiros.

Hay situaciones inesplicables: su importancia verdadera no admite una fuerza de espresion ó colorido suficiente á describirla, y pasados los momentos que las contemplan, solo queda á la inteligencia la habilidad de concebirlas.

El amor, que no ha rodado todavia del alma ó del espíritu para rebotar sobre el cuerpo ó la materia, es frecuentemente el principio de esas misteriosas situaciones. No habiendo prostitucion, el amor se presentaba en el iriș de la vida como un rito, como una virtud; y todo lo que procede de una creencia sublime ó un sentimiento elevado tiene un caracter no menos imponente que grandioso.

Tuizlo amaba á Isabela aun mas de lo que amaba la vida:



hallaba en ella cuanto hay de poético y encantador como mujer, cuanto hay de interesante bajo el punto de vista en que lo bello coloca generalmente á los sentidos; pero al mismo tiempo la veneraba desde el fondo de su corazon como un espíritu aureoleado de bondad y de pureza, como un ángel capaz de replegar sus alas y de morir al primer contacto de las miserias de la vida humana. Hé aqui, pues, la razon de aquel profundo éstasis, en que si esperaba por una parte saludar dias de felicidad, —principio de sus lágrimas,— por otra dudada de ella misma estableciendo desventajosas diferencias; y entonces la melancolía que le devoraba, y la desconfianza y el suspiro...!

Un incidente de todo punto estraño á las ilusiones é inquietudes que acabamos de trazar, vino á distraerle de la situación embarazosa á que le habian conducido, si bien es cierto que de una manera nada lisonjera.

Al separarse el supuesto sacerdote del pirata se echó, como queda dicho, sobre un bulto de lona tal vez con el objeto de dormir; pero los celos por una parte, seguro ya del amor de Isabela á Tuizlo, y por otra el calor de las venganzas que contra estos mismos y contra Morgan calcinaba por decirlo asi hasta la mas húmeda fibra de su alma; fueron motivos poderosos á que el sueño huyese de sus párpados dejándole entregado á la accion de sus bastardos sentimientos. Sus ojos, como los ojos de la hiena á quien irritan en la jaula, espianaban desde el escondrijo de lonas los movimientos que hacian Morgan y el piloto durante la conversacion, el reposo de Don Ricardo, de quien comenzaba á desconfiar, la inocente confianza de Isabela y la actitud meditabundo del jóven indio cuya figura se destacaba magestuosamente al extremo delantero de la nave como los ángeles salvadores de las vírgenes escapadas al vicio en Sobein.

Pero Cayetano llegó á cansarse de la inaccion en que le mantenía aquella especie de espionaje á que voluntariamente se habia sometido. Necesitaba esplotar las intenciones de todos y cada uno de los seres que podian contrariar su impuro amor, y concebir despues el plan mejor de derrotarlos: de Morgan estaba ya seguro puesto que se habia comprometido á secundarle con la muerte de Tuizlo. Faltábale ganarse al piloto, en quien descubria por éste algunas afecciones; pero despues de haberle visto conferenciar con el pirata de una manera misteriosa comenzó á



dudar de la palabra del uno, y á perder las esperanzas de conquistar al otro. Su indignación entonces se salió de madre, y levantándose con todo el desconcierto que ella sola sabe producir se encaminó á la proa resuelto á poner en juego una horrenda intriga.

El jóven indio se estremeció desde su solitario apartamento al ver que el sacerdote avanzaba á él y se preparó á una catastrophe. Ningun objeto podia guiarle si no era el de provocar esplicaciones respecto á su amor por Isabela, y se dispuso á repulsarlas con energía, aunque para ello fuese preciso la irreverencia y el escándalo. Pero su rival no le dió tiempo a ordenar el empleo de esos medios violentos: al acercarse la risa de la benevolencia resbalaba sobre sus labios, y el jóven llegó á avergonzarse de la lijereza y susceptibilidad con que le habia juzgado. ¡Cuán espuestas están siempre las almas generosas á ser víctimas de la maldad y de la astucia!

El sacerdote, pues, miró un momento á Tuizlo.

—Paréceme, —le dijo con acento cariñoso,— que os hallais muy bien en esta soledad: la melancolía es el elemento en que se columpiaban los espíritus apasionados, y nada es más melancólico que el mar medio envuelto todavía entre las sombras de la noche. Sus mismos rugidos postran en vez de despertar...

—En efecto, —contestó el jóven con algun embarazo.

—Pero me atreveria á asegurar que esos espíritus sacudirian apesar de su pasion los lazos que pretenden embargarlos, desde el momento en que supieran como á espaldas de esa melancolía se agrupa una tempestad. La vida es mas hermosa que toda la poesía de las imaginaciones juveniles exaltadas por el silencio y el retiro... y antes que dejarse postrar conviene que despierten...

—No comprendo, padre, el espíritu de vuestro discurso, aunque en el hablais de tempestades.

Tuizlo al aventurar estas palabras estaba visiblemente agitado: el hombre que le hablaba era su rival, y no podia esplicarse el lenguaje que empleaba con la cólera en que debia rebosar su pecho.

—Eso depende, hijo mio, de mi aficion al empleo de la parábola, aunque en verdad lo que llevo dicho no participa tanto de sus propiedades como para que dejes de comprenderme, si no lo tienes por enojo.



—Es verdad; pero os agradecería que fueseis menos figurado, si es que pensais proseguir comunicando conmigo.

—Enhorabuena, hijo mio; y para iniciar un estilo claro y campanudo, empezaré por decirte que sin razon te has declarado mi enemigo.

—Os habeis adelantado á tocar una cuestion en que os llevo todas las ventajas, y de las que por dignidad no debisteis pretender nunca despojarme. Nada os he hecho, señor, nada os he quitado: antes bien si vuestro corazon palpita ahora, tengo el gusto de recordaros que á mí lo debe, sin que esto sea parte á envanecerme.

—Tu valor, Tuizlo, solo iguala á tu nobleza...

Y diciendo asi el domínico sentia que el sudor aljofaraba su frente helada como la frente de los muertos. Aquel recuerdo de un favor inapreciable en un pecho agradecido, era un proyectil disparado contra la venganza horrible que recataba el suyo. Imposible hubiera sido á Cayetano añadir una sola palabra á su respuesta: la vergüenza y la indignación le sofocaban.

Tuizlo continuó sin escucharle:

—Y por último, señor, vais á recuperar vuestra libertad por la promesa que hice á Morgan de entregarle los tesoros de mi padre. Vos, sin embargo, me habeis querido rebajar en la estimación de Don Ricardo y de su hija, llamándome *esclavo*, por mas cierto que estais de que vivo á la sombra de ellos porque asi cumple á nuestras respectivas voluntades... No digo lo mas que habeis querido, porque en medio de todo os considero lo bastante para escusaros del rubor. Meditadlo, padre: habeis sido conmigo muy injusto.

—Tal vez; pero... el presente puede compensar ese pasado.

—Padre! La ingratitud y la perfidia no admiten compensaciones: son dardos que abren heridas muy profundas, y yo no creo que haya bálsamo capaz de bajar hasta su fondo.

Un rugido de frenesí se levantó en el pecho del sacerdote y murió cautelosamente en la garganta: si hubiera llegado á abrirse paso por aquellos labios, que una fuerza nerviosa habia reunido, sin duda restalla con estrépito en los lejanos horizontes. Un momento de silencio hubo menester para que se repusiera, porque para el logro de su objeto era necesario encadenar sus pasiones y responder sin escucharlas.

—Pero advierte, Tuizlo, que apenas me calificas de injusto cuando de injusto te acreditas.



—No sé como, señor.

—Precisamente llamándome ingrato cuando vengo á pagarte mi deuda de vida con la salvación de la tuya, cuando en vez de ser pérfido vengo á traicionar un acuerdo horrible en que tú debes ser la víctima, cuando en fin, vengo haciendo frente á tu despecho, *para despertarte* de la somnolencia que te postra y *compensar con el presente lo pasado*.

—Vos, padre?

—Yo, Tuizlo.

Y un rayo de gozo iluminó su rostro.

—Permitidme, señor, que os suponga bajo la influencia del sonambulismo, y pase inmediatamente á creer que habéis venido sin voluntad á delataros. No sé quien, fuera de vos, me quiera sacrificar á sus venganzas; porque á nadie he causado en la navegacion ni en parte alguna la mas lijera pesadumbre.

—Entonces ignoras que la inocencia sucumbe á veces bajo los golpes de una mano que dirige el despecho, al ver que aquella brilla con una luz agradable á los ojos del Señor.

—Por lo menos, dudo que el Señor lo consienta.

—Sin embargo, hijo mio, nada es tan frecuente por desgracia.

—¿Es decir, que vos, irritado sin razon porque Isabela me ama, quereis sacrificarme; y despues de ordenar vuestros villanos medios venís á prevenirme para gozaros en mi sorpresa ó forzarme á rescatar mi vida con una renuncia favorable á vuestras insolentes esperanzas? Podeis, señor, descargar el golpe cuanto antes, porque...

—No me insultes, Tuizlo, sirviéndote para ello de suposiciones tan horribles. Si es verdad que al principio me pronuncié contra las esperanzas de tu alma respecto á Isabela, dando márgen á que, como acabas de indicarlo sospecharas que vertian sus fuegos en la mia, te juro solemnemente que tu lenguaje y tu denuedo han rectificado mis ideas, de tal modo que si entonces me pronunciaba en tu daño hoy me pronuncio todo en tu favor. La pasion que te arrastra hacia Isabela se presentó á mis ojos como el capricho puro de un salvage, como el instinto de la sensualidad despertado en el silencio y estimulado por el despotismo de la juventud; y resuelto estaba á revelarla hoy á Don Ricardo, porque de ella solo me proponia vergüenza para su honor cuando no desastres. Hasta aquí me impulsaban la amistad y el celo que por la virtud combatida

recomienda tanto el Señor a sus ministros. Pero luego supe cual es tu origen, cuales son tus principios, y que esa virtud tiene un altar en el fondo de tu pecho: vi además que en su defensa ibas á sacrificar tu propia vida cuando intimastes al pirata la órden de retirar sus compañeros ya prontos á caer como leopardos sobre Isabela y sobre los mas que te debemos hoy el ser... Créeme, Tuizlo: mis temores se han desvanecido al soplo de una confianza celestial; y el hombre en quien supones ideas de sacrificio, viene ahora como un ángel á salvarte del abismo que abren á tus plantas la ingratitud y la perfidia. Dí, pues, que me encuentre bajo la influencia del sonambulismo, y que me venga á delatar.

Tuizlo habia recogido hasta la última palabra del astuto Cayetano con la avidez de aquel que las escucha en boca de un amigo que ofende, se arrepiente y satisface; pero no obstante ser ellas tan armoniosas y ajustadas al triunfo prometido, el jóven creia entrever algo de siniestro en el mismo interés con que las articulaba aquel, y en la intencion con que aspiraba á revestirlas. Por otra parte, la transicion era demasiado súbita para ser ingénua: dos horas no habian pasado aun desde que el dominico estalló en una estrepitosa é insultante carcajada al escuchar los juramentos de Isabela, y ahora venia haciendo una nueva profesion de fé con promesa de un servicio distinguido. Pero las almas buenas son por naturaleza crédulas y fáciles de absolver los estravios de las otras almas. Tuizlo vaciló al principio y concluyó por ver en Cayetano á un hombre aunque violento en sus arrebatos tal vez capaz de nobleza, puesto que venia á revelar un gran peligro. Resolvió, pues, deponer en lo adelante para con él la severidad que habia tomado por escudo.

—Y bien, hijo mio? repuso Cayetano viendo á Tuizlo pensativo y silencioso.

—Buscaba, Sr., en mi conciencia la culpa que me hace digno del riesgo que decís.

—Y la has hallado?

—No, por Dios!

—Yo te la señalaré; ¡amas á Isabela!

—Y Vos...

—Y yo he averiguado que por disputarte no ese amor, sino á Isabela misma amante ó enemiga, se medita su muerte en la Zaona.

—Oh! Eso es horrible! exclamó rabioso el jóven: que yo

muriera poco importa; pero forzar la voluntad de Isabela, exigirle que consagre á un estúpido sus votos...

—Al piloto, Tuizlo!

—Al piloto decis...?

—Oyeme. Hará media hora que Sotero hablaba con Morgan, despues de haberse reconocido uno y otro, porque Sotero tambien ha sido gefe de piratas.

—Ah! pensó Tuizlo repasando su memoria, por eso á ninguno de nosotros avisó cuando se acercaba la chalupa...

—Por eso, agregó el astuto fraile, tampoco quiso procurarte las armas que le pedias...! Por eso se quedó inactivo á tus espaldas, mientras hacias frente á la muerte en su defensa...

—No hay duda; cómo supisteis que es pirata?

—Yo me habia recostado debajo de la *bota vara*, buscando el sueño encima de unas lonas cuando oí que le decia: ya ves, Morgan, que he cumplido mi palabra: te he entregado el barco en la misma altura que marqué, y con él no solo dinero en los baules sino un caribe esplendido que te promete tesoros infinitos. Yo no quiero de ellos ni un coral, sino una moza que viene con nosotros y á quien quiero hacer mi esposa. El la ama; pero en lo que va contigo á buscar el rescate prometido, hago que nos case el frailote que allí duerme, y á su regreso ya la hembra andará en mi barco pirateando, “ó lo que es mas seguro; le clavo este puñal en el pecho para que en ningun tiempo me estorbe; porque Tuizlo es valiente, y de un valiente todo se debe temer”. Quedaron acordes Morgan y Sotero en este plan abominable, teniendo en seguida otra conversacion. Entonces me levanté y vine á prevenirte.

—Os doy gracias, Padre, por vuestra solicitud, y os ruego que me escuseis por la dureza de mis tratamientos.

—Déjate de eso ahora hijo mio, y pensemos solo en evitar el golpe con que amenazan tu vida y la honra de Isabela, porque ese bárbaro no se casaria con ella como ha dicho. Ah! La haria su concubina primero, y despues la entregaria á sus brutales camaradas.

Tuizlo rechinó los dientes como rechina el mastil agitado por un viento borrasco, es decir con estridor, mientras su pecho suspendido en forma de bóveda lanzaba y recogia velozmente el aire entre cien ásperos silbidos. Sus ojos brillaban como hoguera:

—Hablad, Padre mio, dijo, y cruzó los brazos sobre el pecho:

aconsejádme ó mejor dirijidme en este amargo trance, porque si obedezco únicamente á mis impulsos de ahora es seguro que arrojó sobre mi conciencia la mancha del delito. Sí! nada tan posible como esconder el puñal con que se me amenaza en el pecho mismo de su dueño y en el pecho de su cómplice! Cuando tenemos la certeza de morir desaparecen los recursos pasivos que se emplearon hasta entonces en la esperanza de salvar la vida, y la desesperación nos hace fuertes. Esos recursos serian inútiles en el presente caso, aun cuando mi dignidad se rebajara al extremo de admitirlos: solo me queda el de matar ó el de morir. Colocaos, pues, entre uno y otro si en cualquiera de los dos quereis evitar mi perdicion como infiero de vuestra espontánea confidencia.

—Si lo haré, hijo mio; pero habrás de obedecerme en todo.

—Hablad.

—Primeramente evita el contacto de esos hombres: en su propósito entra como agente poderoso, su amistad íntima contigo para escudados en ella alejar de sí mas tarde la sospecha del delito. Escusa igualmente que te vean platicar con Isabela, porque de este modo irritas sin medida tus pasiones: yo la instruiré de lo que pasa para calmar sus inquietudes en cuanto á la aparente tibieza de tú amor y persuadirla de que ambos estamos a la defensiva contra los ataques que meditan tus contrarios. Llegados a la Zaona partirás con Morgan á Samaná tan luego como él te lo recuerde.

—Y Sotero, Señor...?

—Sotero, Tuizlo, corre de mi cuenta...

—Imposible! Oh! Sotero entonces veria llegado el momento favorable. Privada Isabela de mi apoyo por ausente, y del apoyo de su padre por anciano, sería violentamente arrastrada á vuestros pies por aquel mónstruo y... vos... ¡Oh Padre! ¡vos los casariais!

—Me has prometido obedecerme y yo te he prometido que Sotero no realizará el pensamiento de su enlace. Solo te corresponde ahora esperar y no argüir. Además, tu resistencia á partir á Samaná sería una retractacion de la palabra empeñada, que no perdonaria Morgan fácilmente; y esa palabra, Tuizlo, es si la retiras, la sentencia de muerte de Isabela y de todos nosotros juntos, porque... recuérdalo, ella simboliza nuestra redencion comun.

—Es cierto...! murmuró el mancebo con dolorosa amargura: el oro que les he prometido suspendió en el aire sus puñales.



—Y bien: si faltas á esa promesa bajarán cortando el aire hasta sepultarse en nuestros pechos!

—Jamás! exclamó Tuizlo con firmeza; yo partiré Señor, en pos de las riquezas que Morgan aguarda de mi mano, y vos quedareis siendo el ángel custodio de Isabela, en todo el tiempo que durase mi partida y mi regreso. Pero escuchadme, Padre mio: si la salvais, como decis podeis salvarla mediante mí docilidad, a la vergüenza de ese impuro desposorio, y me salvais también á los efectos de la locura á que él me arrastraria; mis riquezas son inagotables: os diera, señor, una piragua cargada del purísimo oro del *Bonao* y otra de las esmeraldas que ruedan de la cumbre á la base del Maymon. Mas... si me engañais abusando de la confianza con que á vos me entrego... si aprovechando los dias de mi ausencia desarrollais algun pensamiento hasta hoy hábilmente reprimido ó en un despecho injustificable protegeis el de Sotero... ¡ah! comenzad, señor, á pedir á Dios por vuestra alma, comenzad desde que os aparteis de mí á orar contrito y preparaos á recibir una muerte espantosa; porque no lo dudeis, ella será el premio que alcanzarán en este mundo el amor impuro y la perfidia que me pierden...!

Tuizlo, en el calor ó mejor dicho en el frenesí de su discurso, habia levantado la voz con las últimas palabras como si nadie mas que el sacerdote pudiese haberle oido; pero ambos se estremecieron al notar que de popa se levantaba otra igualmente cantando esta estrofa con un aire melancólico:

Tiene á veces de la noche,  
Entre el silencio y la calma  
Presentimientos el alma  
Que avisos del cielo son.

—Tuizlo! —se apresuró á contestar Cayetano, para que el jóven no escuchase ó mas bien no retuviese lo que habia oido: — ¡Tuizlo, esas sospechas son tanto mas temerarias, cuanto que á tener fundamento no hubiera yo provocado nuestras esplicaciones anteriores!

—Bien, señor! guardadlas en vuestro pecho con el carácter que os agrade como yo guardaré en el mio las revelaciones del Océano.



—Nada tiene de comun con nosotros ese canto; el marinero canta como el pájaro, sin intencion en la melodía que se escapa á su garganta.

—Yo descubro á Dios en todo.

—Pero las almas corrompidas no alcanzan nunca ni el mas leve soplo de gracia, miéntras no se purifican.

—El que ha cantado tiene entonces un alma pura, porque Dios ha hablado en ella.

—Concluamos, hijo mio: —dijo Cayetano temiendo ya el total desconcierto de su obra—, he ahí la Zaona, he ahí el tabernáculo pronto al sacrificio de Isabela! Una palabra, y el lobo ofrecerá en vez del cordero su garganta...!

—Os he dicho ya, señor, que acepto vuestro servicio y os he señalado para cada uno un galardón... Nada mas...!

—Sea, Tuizlo! A Dios encomiendo el éxito de esta empresa que tan mal te dispones á pagarme...!

—El os ilumine!

El fraile se encaminó á su lugar de antes con paso mesurado, como acostumbran los verdaderos y humildes siervos del Señor. — ¡Ya es mío! exclamaba con júbilo infantil:— ya somos dos contra dos en la palestra! ¡Ah, seor coplero! que poco habeis logrado con vuestro ardid por otra parte ingenioso y oportuno! ¡Que tardes llegaron por desgracia esos avisos vuestros, que ajustais al cielo, para el alma deslumbrada de un amante niño.

La misma voz de antes concluyó la estrofa de este modo:

Avisos que nunca llegan  
En mal hora por fortuna,  
Que rompen una por una  
Las tramas de la traicion.

—Eso lo veremos, miserable! —gritó furioso Cayetano.

Su voz corrió por la cubierta sin que nadie hiciera alto de ella, y siguió á perderse ya sin timbre en la tendida inmensidad. Pero al mismo tiempo de exhalar aquella amenazante exclamacion sintió frio, su mirada se nubló, y sus labios temblaron como las hojas en el árbol: es decir que toda su osadía desapareció al oír cuan proféticamente le anunciaban la derrota de este último cuadro de su intriga. Por un movimiento natural sepultó la mano derecha en

la manga del brazo izquierdo, buscando el rosario para rezar sin duda un tercio: no se acordaba que le habia reventado en un raptó de furor al recibir una sátira de Tuizlo; pero retiró la diestra con espanto como si introduciéndola en el fondo de una cueva hubiese tocado á la cabeza del ponzoñoso reptil que en ella se hospedára. Apesar de la rapidez del movimiento volvió á pasear una mirada en derredor para asegurarse de que nadie le habia observado: ¿qué era, pues, lo que contenia aquella manga? Tal vez mas adelante lo sepamos: por ahora basta con saber que en aquellos instantes el sol empezaba á suspenderse sobre la corona fosforescente de las olas entre un grupo lindísimo de nubes.

Los primeros rayos del astro de la vida vinieron á proyectarse oblicuamente sobre la cubierta del *brik*, á un cable poco más o menos de la poética isla Zaona, cuya vegetacion lozana le daba todo el aspecto de un jardin colocado en el centro de los mares. Hacia el Oeste, y siguiendo la tierra despues de una muy larga cortadura, se divisaba una playa cubierta de menuda y blanca arena por la cual discurrían repartidos en caravanas innumerables flamencos. Estos pájaros que mejor deberian llamarse aves, tienen la costumbre de repartirse dejando siempre á uno que hace de vigía mientras los otros se aproximan á la playa, y merced á unas piernas larguísimas entran en el líquido elemento en persecución de los desapercibidos pececillos; pero en el acto de descubrirse un ser que no sea de la familia el vigilante lanza un grito, y todos al escucharle corren agitando las alas barnizadas de escarlata hasta sepultarse en lo mas apretado de los montes. Esto fue precisamente lo que sucedió al acercarse el *brik* á la costa con el velámen desplegado á la brisa, y lo que dió lugar á otro espectáculo distinto.

Los pasajeros estaban consagrados en un grupo á la contemplación de aquella maniobra ejecutada por los flamencos en el ingenioso ardid que les sugeria el natural instinto de la salvación; pero los gritos preventivos que habian lanzado aquellos retumbaron á traves de las montañas y pronto varió la escena; apareciendo una mujer de alta estatura á que seguian como hasta ocho hombres vestidos con las mismas ropas que el pirata y sus satélites.

Don Ricardo miró con horror aquella figura colosal y luego á su hermosa hija: un pensamiento terrible habia cruzado por su mente abriéndole en el alma al mismo tiempo un raudal copioso de amargura.



Morgan sonrió con una mezcla de amor y pesadumbre, con esa sonrisa que á veces vale por toda una narracion, miétras en sus ojos destellaba un rayo tibio de alegría. —Don Ricardo, que le observaba con la inquietud mas viva y mas profunda, tradujo esa sonrisa por el fallo que derribaba un ídolo, y no pudiéndose contener le dijo:

—Haceis mal, señor Morgan, en insultar con vuestra sonrisa la gracia de esa jóven: creia yo que el corazon humano no gozaba al disponer en sigilo un torcedor; pero vos me lo demostrais en este instante y por Dios me causa pena, porque asi me obligais á retirar el juicio que de vos habia formado.

—¿Sabeis Don Ricardo, quien sea esa mujer, para la cual decis que preparo un torcedor?

El pirata hizo esta pregunta con una dignidad que á todos asombró.

—No á fe; mas presumo será una desventurada prisionera... que os ama... y á la que por un fatal deslumbramiento vais a desgarrar muy pronto el alma tanto como desgarrada está la mia...

—Os engañais, Don Ricardo, —repuso Morgan, que acababa de comprender la terrible significacion de las palabras del anciano:— esa mujer que veis ahi, esperando nuestro desembarque, me ama como os ama a vos vuestra Isabela, y nada tiene que temer de mí.

—Entonces...

—Es mi hija! Mi hija Lidia.

—Lidia! —esclamó el sacerdote afectando buen humor—, bonito nombre tiene vuestra hija, amigo Morgan!

—Bonito ó feo —repuso Sotero con enfado— poco ó nada debe importáros, padre mio: vuestro caracter os prohíbe determinar el valor de las mujeres, porque para ella habriais de mirarlas con despacio, y mirarlas asi es inferirlas un agravio.

El fraile se mordió el labio superior mirando en seguida y furtivamente á Tuizlo; más éste estaba entregado a su habitual tristeza y nada pudo escuchar.

—Nadie os pregunta á vos cuales sean las obligaciones y reservas que me impone mi carácter, al que osa lamente habeis faltado. Ved quien sois y quien soy yo: la distancia que media entre nosotros no es fácil que le salve un exabrupto sin provocar terribles consecuencias.

—Quién sois...? Un...

—Calla Sotero! —le gritó el pirata temiendo que hubiese cometido una imprudencia.

—Pues no tiene valor de...?

—Que calles digo! —repitió aquel con imperio al mismo tiempo que le fulminaba una mirada de inteligencia; mas antes que el piloto lo entendiera ya lo habia traducido el astuto Cayetano. —No cabe duda—, se decia interiormente: estos dos bergantes están de acuerdo para protojer á Tuizlo contra mis asechanzas, y aun para perderme, si es preciso... ¡Bah! ¿Y eso qué, importa? Ya tengo preparado el terreno o mejor dicho tirada la semilla: no tardaré largo tiempo en recoger el fruto!

Qué pasaba entretanto en el alma apasionada de Isabela? ¿Qué ideas brotaban en su mente mientras sus ojos llenos de melancolía cuajaban una lágrima de fuego? Qué pensaba aquella virgen del cambio súbito de Tuizlo, de la indiferencia con que hacia largo rato escuchaba sus suspiros? ¡Ah! no se necesitaba un grande esfuerzo de la razon para comprender los hondos sufrimientos que la atormentaban. En vano quiso suponer que Tuizlo estaba en lucha abierta con los celos, porque ella misma se respondia y se turbaba en otro mar de conjeturas no viendo quien pudiera abordo despertarle esa agonía al alma hermosa de su amado. Pensó entonces que Don Ricardo habria tenido con Tuizlo algunas esplicaciones borrascosas á causa de sus querellas con el provocativo sacerdote; pero como éste ultimo lejos de revelar sentimiento buscaba a Tuizlo con los ojos, y como Don Ricardo no se habia apartado de ella un solo instante en el periodo de la noche tambien esta idea fue prontamente derrotada. ¿A qué, pues, atribuir tal desvio? A nada, porque ninguna de las causas que forjaba su irritada fantasía eran poderosas como para lejitimarle. Sin embargo, Tuizlo no procuraba ya á Isabela, y con la frente apoyada entre ambas manos solo veía con delicia las olas que pasaban al costado de la nave, hermosas y cubiertas de una espuma sutilísima.

Llegados todos al punto en que para barcos grandes sirve de fondeadero la parte O. de la Zaona, y recogido el velámen del que ahora nos ocupa se echó el bote al agua y en breves minutos estuvieron en tierra todos los pasajeros, siendo los últimos Morgan y el piloto. Pero este lloraba como un niño, cubriéndose el rostro con el pañuelo que hasta entonces habia mantenido atado á la cabeza. Al verle asi todos le rodearon conmovidos.



—Qué aflije al buen Sotero, señor, Morgan? preguntó D. Ricardo, mientras abrazaba á su hija Isabela, que tambien vertia un mundo de lágrimas.

—Su llanto es justo, D. Ricardo, contestó el pirata balbuceando; y el cielo sabe cuánto hubiera dado yo por evitarlo!

—Esa es, Sr. Morgan, dijo el fraile con intencion maliciosa, la mas cumplida espresion de la buena amistad que le acordáis. Os felicito cordialmente por ello, y me prometo que jamas prostituireis tan generoso sentimiento, ya que por desgracia... no es comun.

Iba á decir, *desconocéis los otros*; pero se encontró con los ojos del pirata que parecian desafiarle, y dio entonces á su idea un rumbo diferente.

—Pero en fin, repuso D. Ricardo, sepámos de una vez por qué se aflije nuestro piloto.

—Os acordáis, contestó Morgan con estremada violencia, de aquel ruido sordo que anoche se oyó en el mar por trece veces?

—En efecto; y me acuerdo tambien, añadió D. Ricardo, que os mostrásteis por ello algo afectado.

—Pues ese ruido lo causaban en las olas los cadáveres de trece hombres que mas abajo de ellas encontraron su sepulcro...

—Qué decís? exclamaron en coro los aterrados pasajeros.

—La tripulacion y el capitan de vuestra nave sucumbieron bajo el puñal de los mios... Ved, pues, la causa del llanto de Sotero!

—Y permitisteis semejante asesinato, exclamó el fraile con énfasis religioso, sin pensar que hay un Dios en las alturas y que jamas absuelve al que levanta contra su hermano inocente la cuchilla?

—Yo no lo permití, ni hubiera podido permitirlo á estar cerca de ellos en aquel fatal momento, y agradeced mi ausencia del lugar del sacrificio, padre mio, porque á ser de otro modo ninguno de vosotros viviria. Que Dios niega su absolucion á los que manchan sus manos con la sangre del inocente, es una verdad que conozco desde niño: yo la he vertido, pero lidiando. La muerte que brota en un combate en que armas y brios se miden á la vez, no puede acosar la conciencia del que tiene la dicha de vencer: queda ese torcedor solo para el que durmiendo como despierto acaricia la idea del asesinato, en el delirio de ahogar una venganza sin origen y una pasion sin esperanzas.

Tuizlo, que no habia perdido ni una sola palabra de esta enérgica respuesta, levantó los ojos para mirar á Morgan con asombro; no pudiéndose explicar esa lealtad de ideas en un hombre que una hora antes concertaba su muerte con Sotero segun la revelacion de Cayetano. El pirata comprendió algo de la sorpresa del mancebo y sonriéndole con dulzura continuó:

—A vos os toca, Padre mio, dirigir ruegos al Eterno por esas almas y por el perdon de los que en un momento infausto las mandaron a vagar por el vacio: á Sotero sentir, y a Morgan castigar.

Y volviéndose al grupo de piratas:

—Habéis faltado, como unos rebeldes, á la subordinación propia del verdadero Boucanier! Habéis levantado la daga y, lo que es aun mas imperdonable, habéis herido sin esperar conforme vuestro juramento á que mi labio os dijese “herid”. Ah! vuestra osadía no alcanza esta vez el galardón sino la pena y la vergüenza! Tendreis botín: os lo prometi, y yo nunca falto a mi palabra; pero lo tendréis no como recompensa de una hazaña, sino como alivio de un tormento. ¡Ea, camaradas!

Los piratas que viniéron de las montañas a recibirle se acercaron:

—Llevad esos rebeldes á la *Caverna Sorda*, junto al manantial del Inglés, y que en su tenebroso seno se alumbren por un mes con los relámpagos que broten de sus grillos.

Los piratas desaparecieron sin articular una palabra.

—Señores! continuó diciendo Morgan á los pasajeros, vosotros aunque estais en la Zaona, que hasta ahora ha sido un presidio, nada teneis que temer de mí ni de los míos. Podéis discurrir libremente del uno al otro extremo con entera libertad como si os hallaseis en vuestros dominios ciertos de que seréis siempre respetados. Vos, D. Ricardo, os alojaréis con Isabela en aquella cabaña que se descubre á traves del montecillo, donde mientras estuviéreis aqui nada os faltará mediante la solicitud de Lidia á quien os recomiendo. Vos, Padre, viviréis en la alcoba que está á la entrada de la *Caverna Sorda*, con eso podréis dar vuestros saludables consejos á aquellos desdichados: Sotero al barracon con mis amigos, y Tuizlo me acompañará en mi estancia hasta la hora de partir en busca del rescate.

Sin embargo de que en estas últimas palabras acompañó una



mirada significativa que revelaba cuanto hay de afectuoso y de leal, Tuizlo se estremeció al comprender la distancia á que Morgan lo colocaba de Isabela y recordó todos los pormenores del horrible plan concertado con Sotero. Cayetano por su parte rebotaba en alegría: aquel órden no solo cortaba las relaciones amorosas de los dos jóvenes, sino que era en su juicio el primer paso dado por Morgan para la consumacion del sacrificio del alma de Tuizlo á que el del cuerpo seguiria inmediatamente, y ya se preparaba á otorgar al pirata una pública absolucion de su pasado en recompensa de tan señalado servicio. Al ver su contento sonrió Sotero: ¡cuánto quiso decir esta sonrisa! pero Tuizlo, que no leía en su corazón, la tomó por un gozo prematuro de la muerte con que le amenazaba, y adelantándose hasta enfrentar con el pirata exclamó:

—Antes de obedecer vuestras órdenes, como débiles cautivos que ahora somos, permitidme, Morgan, que os pregunte si quien las dicta es el hombre ó el bandido? Porque á la verdad, no comprendo qué idea os proponéis al separarnos, cuando debiérais suponer que seriamos mas dichosos si pudiéramos llorar juntos nuestra suerte. La Zaona, señor, está poblada de foragidos que no retroceden ante ninguna consideracion: para ellos el pudor de una virgen y las canas de un anciano son muy débiles barreras, tratándose de satisfacer un antojo brutal... para ellos, que no vacilan ante el mismo crimen, son ridiculeces el llanto y la plegaria. Don Ricardo, Morgan, y su hermosa hija, no tienen sobre la tierra otro escudo que mi brazo... Separarnos, pues, vale tanto como entregarlos indefensos al ultraje.

—Nada temas, joven generoso, —le respondió el pirata estrechándole la mano con cariño:— para que Don Ricardo y su hija sufrieran no una injuria, sino simplemente una irreverencia de mis vasallos, seria necesario que primero dejasen de existir Morgan y Lidia; y esto no puede acontecer mientras no se sumerja la Zaona... Mis órdenes son las que convienen para prevenir cualquier abuso: obedecedlas todos.

Diciendo así partió acompañado de Tuizlo; desde la salida se suscitaron varias relaciones en el camino que le hicieron conmoverse. La doncella y su padre siguieron en otra direccion contraria á la de Tuizlo; pero antecidos de Lidia que, bella y altiva con su túnica talar de lino cuya blancura igualaba al jazmin, y su larga cabellera suelta al aire, parecia una hada penitente en aquellas



silenciosas soledades. Cayetano tomó el sendero porque habían desaparecido los piratas en pos de la *Caverna Sorda*, mirando simultáneamente á los que en sentido opuesto siguieron al joven indio y la doncella; y ya iba á estallar en las exaltaciones de su bárbara alegría, cuando advirtió que se le aproximaba el piloto. La sangre quiso sofocarle agolpándose de súbito á su cabeza, convertida en una columna de llamas, porque Cayetano odiaba profundamente á Sotero, sobre todo desde que le censuró sus alabanzas á la hija del pirata; pero se contuvo en los límites de la ficción mas refinada, afectando una mansedumbre edificante, cierto de que cualquiera otro partido no serviría mas que á precipitar los sucesos casi infalibles en el terreno de la duda. Muy al contrario Sotero le miró con soberbia y palideció de rabia. La historia de fray Cárlos se presentó toda entera ante su alma como un cuadro asqueroso y creyó un momento que aquella era la hora del castigo. Así solo entre los espesos *jaguales* que se levantaban en medio á la Zaona, bien podían Sotero y Cayetano desahogar sus odios sin que nadie alcanzara á estorbarlos; pero el piloto, como antes el fraile, se contuvo no cediendo al instinto de la hipocresía, sino porque no estaba seguro de que el farsante tuviese armas, y atacarle habría sido cometer un cobarde asesinato.

—Amigo mio! —dijo aquel humildemente, entrando el primero por una estrecha serventía— apesar de las órdenes de Morgan, creo que de vez en cuando vendréis á verme. La soledad á que vamos á vernos reducidos será mucho mas horrible si en ella no tenemos siquiera el solaz de una dulce comunión.

Sonrió el piloto y afectando un aire distraído le dijo:

—Me parece, Padrecito, que lejos de procurar distracciones debemos bendecir el aislamiento que al parecer tanto os disgusta. Ninguno de nosotros es santo... allá en lo que queda á espaldas de la vida debe asomar una liviandad ó un crimen; pero supongamos que no sea mas de una superchería...

—Una superchería! Pues creéis que una superchería grava siquiera una impalpable huella en el campo de la vida? No, amigo Sotero: la chispa se evapora apenas resplandece.

—Si Padrecito: esa es la chispa que se lanza al aire desde el seno de la hoguera.

—Y bien? Tales son esos pequeños estravíos que casi pueden llamarse inherencias de la juventud.



—Pero hay chispas que devoran... las malas acciones son chispas que crecen y... en fin, yo no entiendo ese modo de decir las cosas con rodeos. Lo que hay es que á ninguno de nosotros le faltará con quien hablar aunque no nos véamos en un siglo.

—Y con quien hablará á solas, amigo Sotero.

—Con su conciencia, padrecito!

—Con su conciencia! Es verdad... pero la Sagrada Escritura dice que solo hablará con ella quien la tuviera manchada.

—Bien pudo añadir,— “y el que medita mancharla”.

—Luego creéis que algo de terrible se urde entre nosotros?

El miedo de oír una respuesta afirmativa escapándose á los labios del piloto, hizo que Cayetano se detuviera en su camino, como si la fatiga le abrumára; pero en realidad abandonado de las fuerzas, á punto de tener que apoyarse en el robusto tronco de una *Caya*. Sotero que como se ha dicho venia mas atras, notó el efecto que en el ánimo de su compañero habian producido sus palabras, y no creyó oportuno correr enteramente la cortina sobre todo sin conocimiento de Morgan, por lo que dijo mientras Cayetano se esforzaba en reponerse.

—No sé si será algo terrible, padrecito; pero una superchería siempre es algo.

— ¡Bah! —repuso aquel respirando con franqueza y volviendo a tomar la marcha:— os comprendo, amigo Sotero: algun golpe de mano preparado por Tuizlo contra el honor de Don Ricardo.

—Tal vez, —le contestó el piloto aprovechando el giro que se daba á sus ideas para esplotar las del sagaz Cayetano.

—Siempre he creído —continuó éste— que al fin y al postre la sierpe ha de morder al seno que la abriga. Don Ricardo ha visto sin embargo la aficion de entrambos jóvenes con indiferencia: esperemos que del mismo modo vea el desenlace.

—Ese Tuizlo...! —Dijo el piloto con una especie de significativa reserva.

—Si: Tuizlo...! contestó el advertido Cayetano, reconociendo el lazo y ensanchándolo con el uso de la misma reticencia por ver si caia en él quien en él lo intentaba aprisionar; mas Sotero le vio venir, y se resolvió a callar no siéndole posible profundizar porque sí solo aquella plática, hasta el extremo que su indignacion apetecia, sin que Morgan quedase por traidor, pues nada en este mundo

bastaría a persuadir a Cayetano que el piloto había escuchado sus criminales confidencias.

Siguieron largo rato silenciosos por la estrecha calle de árboles donde el sol no conseguía derramar un solo rayo de su lumbre; hasta que saliendo á un pintoresco valle dijo Cayetano a Sotero con toda la confianza que se emplea entre dos buenos amigos.

—Con que... me prometéis, Sotero, hacerme una visita al día por lo menos?

—Si tanto lo deseais... —repuso aquel cortesmente.

—Si que lo deseo; porque apesar de la aspereza con que me tratateis a bordo tengo por vos una decidida inclinacion.

—Esa manera brusca con que entonces os traté puede que fuera padrecito, para evitar tomando yo la delantera, que Morgan os hubiese abrumado en un rapto de celos.

—Vaya, Sotero: quedo completamente agradecido a vuestro noble proceder. Pero si aun no me engaño aquella roca horadada es la *Caverna Sorda*.

Sin duda; y esta cadena de chozas que se destaca á la izquierda debe de ser el cuartel general á que se me ha destinado. ¡Oh! Jamas le perdonaré á Morgan cuánto hemos sufrido y sufrirémos por obra de su malísima ambicion.

—En efecto, repuso Cayetano á quien no se le escapaba ni una sola circunstancia del fingimiento de Sotero: —Morgan nos ha tratado muy mal.

—Mucho.

—Luego... el asesinato de vuestros compañeros...

El piloto no pudo resistir á este recuerdo doloroso y dejó asomar dos lágrimas en los extremos de sus grandes ojos; más las enjugó al instante y sin decir una palabra tomó la ruta que conducia al grupo de bohios. Satisfecho Cayetano de haber logrado conmover aquel corazon audaz y enérgico, le siguió largo tiempo con la vista, y una sonrisa inadivinable rodó ligeramente sobre sus labios convulsivos. Con una rápida evolucion de la memoria revivió todas las circunstancias de las escenas cumplidas en la noche anterior, y comprendió por este medio que el piloto era su verdadero y único enemigo, el que mas había abordado en el terreno de la irreverencia, tratándose de un ministro del Señor, el que había, en fin, procurado leer en su interior y arrebatarle



astutamente su secreto. Por eso Cayetano sonreía, mientras aquel se alejaba, por eso en el fondo de su alma bramaban el odio y la venganza, y al ponerse ambas pasiones de concierto para derrotar un coloso tan temible, mantenían por decirlo así, en una convulsión febril las mandíbulas contraídas del implacable veterano.

Sotero se alejaba jurando en su corazón no perder de vista al hombre que meditaba inmolar á su mismo salvador y consumir después una violencia repugnante. Había tomado ley á Tuizlo, y comprendía muy bien que si faltaba era infalible la desgracia de Don Ricardo y el oprobio de Isabela. Además, Morgan, según era sabido, reclamaba para sí las mujeres que apresaba, y no sería difícil que bajo el manto de protección que aparentaba dispensar al joven indio ocultase el villano pensamiento de burlar su confianza y apropiarse la doncella válido de su ventajosa posición. Era, pues, preciso estar en guardia á la vez con el sacerdote y el pirata empleando medios diferentes, es decir, sirviendo al primero de estorbo y al otro de simulado instrumento.

Al llegar a la cadena de bohíos volvió la vista sobre el camino que había andado y descubrió a Cayetano que le observaba desde la altura de una roca: sonrieron mutuamente agitado cada cual por sus particulares impresiones; y como si quisieran escusar sospechas casi á la vez se volvieron las espaldas. Pasado un instante habían desaparecido.

Cuando Tuizlo se despedía de Isabela con una dulcísima mirada, antes de seguir á Morgan, otros ojos que no eran los de ella le sorprendieron devolviéndole toda la pasión que aquella mirada contenía, y el mancebo palideció porque vió trazarse en el momento ante su alma un cuadro horrible de luchas y peligros. Lidia pues, arrogante y bellísima señora de cuantas voluntades contenía la Zaona, depuso su soberanía ante la noble figura de Tuizlo: verle y amarle todo fue uno; pero no era con el amor que ella afectaba á sus favorecidos de la isla; sino con el verdadero amor, por la primera vez desarrollado, con ese fuego devorante que se prende en grande escala, de improviso, y aniquila la paz del corazón para toda la existencia. Al sentirse vencida de esta suerte dijo en su interior: —él no me miraba y ya le amo! ¡qué será cuando sus negros ojos se fijen en los míos, cuando ébrios de melancólica ternura me revelen que él también participa de mis



secretas dulces inquietudes! — Y entretanto seguia silenciosa delante del anciano y la doncella, no atreviéndose á volver el rostro, por miedo de sentir en su alma el áspid de los celos.

Pero la inocente Isabela, que en secreto se habia dado el parabien de encontrar una mujer en la Zaona, y que no alcanzaba á comprender aquel silencio de Lidia, sino como obra del respeto que la sociedad impone á sus criaturas en relacion de sus diversas graduaciones, deseaba oír el metal de voz que tenia y que habia imaginado tan dulce como la espresion de su semblante.

—Podrá saber Isabela, —dijo, redoblando el paso— cual es el nombre de su amable guia?

—Se llama Lidia, señora, la que tiene la dicha de guiar por estas asperezas vuestra rarísima hermosura: Lidia la desgraciada para quien el porvenir fué una tenebrosa vision desde la cuna.

—Pues qué! No sois la hija de Morgan?

—Soy la hija de su mas torpe estravío...

— ¡Ah! —esclamó Isabela conmovida:— os compadezco con toda mi alma, Lidia; pero no os apruebo que acuséis á vuestro padre.

—Le acusa mi origen, Isabela, le acusa mi virtud inmolada en los brazos del deleite, de la brutal prostitucion; pero mi alma le respeta...

— Lidia! —le dijo austeramente Don Ricardo—, el estravío del padre no es una razon para el estravío del hijo. Convengo por un momento en que Morgan no ha sido tan celoso como debiera en cuanto á conservar vuestro pudor, pues de lo que dijisteis se deduce que le ha pospuesto á todo. ¿Y bien? a vos misma os tocaba defenderlo contra las asechanzas desordenadas de la seduccion y la licencia, antes que abandonaros al torpe ruego ó al despecho. Si vuestro origen tiene alguna mancha, hubiérais tratado de lavarla en las fuentes purificadoras de la virtud, primero que hacerla mas visible é indeleble con el vicio. De este modo seríais hoy el orgullo de vuestro padre, y quien sabe si le hubiérais desviado para siempre del áspero sendero que trilla en evidente mal de su conciencia.

La jóven escuchó estos cargos en silencio y sin volver el rostro que surcaban abundantes lágrimas; pero Isabela adivinó su amargura y le dijo con cariño.

—No os aflijais, hermosa Lidia, por cuanto os ha dicho mi



padre: él acusa vuestro pasado, pero no niega que podais optar á un brillante porvenir.

—En efecto, —repuso el anciano— la Historia Sagrada nos presenta el ejemplo de una mujer, extraviada en un principio, y luego buena hasta alcanzar la gracia del Señor. ¿Habéis leído esta historia?

—Yo no leo, señor, en otro libro que en la Naturaleza.

Al decir esto Lidia, con un entusiasmo inesperado, levantó los ojos al cielo y suspiró.

—Es, —repuso aquel— como si dijéramos que leéis en la obra de Dios.

—Justamente.

—Luego, seréis accesible á sus avisos?

—Nunca los he oído...!

—Sabéis lo que es el arrepentimiento?

—Sí! En el silencio augusto de la noche, cuando el mar bate airado afilando los bordes de las rocas, salgo á la playa con frecuencia, porque el sueño jamas pliega mis párpados... Allí, pues, repaso uno por uno mis deslices y lloro avergonzada de mí misma, pidiendo a Dios perdon de todos ellos; mas al nuevo día...

—Escuchad —repuso Don Ricardo interrumpiéndola—. Dijisteis que os avergonzáis y eso solo os responde del porvenir, porque la vergüenza es el indicador de una conciencia no del todo corrompida que lucha por sacudir el fardo de sus culpas para entrar, aunque tarde, por la senda del bien. Hé ahí, Lidia, un aviso del Señor. Pero no basta el arrepentimiento: se necesita, además la expiación.

—La expiación! —repitió Lidia tristemente.

—Con nosotros viene un sacerdote, que os puede oír la historia de vuestras debilidades y absolverlas señalándoos al mismo tiempo la pena que debéis sufrir por ellas... Ah! No dejéis de procurarle, Lidia: intérprete y ministro de Dios sobre la tierra, fray Cárlos puede limpiar vuestra alma del pecado y restituiros á las fruiciones inefables de la fé, á las suaves alegrías de la conciencia en el triunfo de la purificacion...

—Haréis lo que mi padre os aconseja, hermosa Lidia? —preguntó Isabela á la jóven con pronunciado interés.

Mas al volverse aquella para responder, y darse de lleno con la figura celestial de la cautiva se turbó á punto de no poder articular

una palabra. La misma impresion recibió Isabela: Lidia era bellísima, y en aquel instante habia realzado sus encantos con la densa palidéz que bañaba su fisonomía y la amargura espresada en una ligerísima sonrisa. La razon de este trastorno que habia derrocado toda su altiva majestad, postrándola por decirlo así ante aquellos dos seres estraños, no procedia solo de la vergüenza evocada por su franqueza misma. Amaba á Tuzlo sin haberle hablado, sin apenas conocerlo, y acababa de comprender que el mérito fisico de aquella jóven unido á la inocencia de su alma debian de haber hablado al corazon del estrangero y que por consiguiente su amor era el principio de un nuevo sufrimiento.

Pasada la primera impresion Lidia volvió á continuar la marcha seguida como antes de Don Ricardo y de Isabela, hasta llegar á una colina. Allí se detuvo, y señalando á una casita rústica que se divisaba en la llanura.

—He ahí vuestra morada, les dijo, podéis llegar á ella y descansar.

—Y vos? le preguntó Isabela.

—Voy á procuraros cuanto pueda haceros falta, porque ahí solo se encuentran ahora las hamacas.

—Pero volveréis?

—Precisamente.

—Lidia, le dijo D. Ricardo, no olvidéis lo principal.

La jóven inclinó la cabeza, y lanzando al levantarla una mirada indefinible de dolor sobre Isabela desapareció como una sombra entre un bosque espesísimo de quina.

La hija del pirata se encaminó directamente hacia un sendero estrecho que se destacaba á la derecha, sin que en ello tuviese parte la intencion, y siguió en él por espacio de media hora hasta que desviándose un poco encontró otro mas abierto que la condujo al centro de unos espesísimos cuavales<sup>1</sup>.

La mañana era hermosísima: las áuras del Océano retaban murmurantes balanceando las ramas de la apretada arboleda, mientras el Sol se suspendia sobre el éter rebruñado sin encontrar al paso una sola nubecilla que exhalar. El silencio de los sepulcros no es mayor que el que remaba en aquellas pavorosas soledades.

---

1) El cuaval es un árbol resinoso que arde como la tea: es la misma cuava de la Isla de Cuba.



Lidia se sentó en un tronco bajo el pabellon que figuraban las soberbias copas de los árboles, y repasando en la memoria todos los sucesos de su triste juventud los lloró profundamente; porque ahora habia visto cuanto hermosea la virtud un semblante juvenil, y alcanzaba á explicarse la inmensa latitud de su infortunio. Ese anciano, exclamaba bebiéndose las lágrimas, ha corrido el velo de la verdad ante mi alma... pero ¡ay! cada palabra que se escapaba de sus lábios me la hería mortalmente. La muger es la eterna víctima del hombre: la atormenta cuando la persigue, la aterra si le resiste y... vencida la escarnece! Ese mancebo será tambien como los otros... como los otros? ¡Imposible! Es muy hermoso para que su corazon consienta la maldad...! Pero qué tengo que ver con su corazon y su hermosura? Isabela es mas linda que yo, mas noble y... sobre todo... Isabela no hollado la honra... El la amará y serán felices porque ninguno de los dos tendrá que avergonzarse como yo de su pasado, y marcharán á una por el campo, para mi estéril de la vida, recogiendo flores de alegría, entre un mundo de aplausos y alabanzas. Pero, acaso no se aman todavía... Oh! si esto fuera cierto y como dice el anciano yo pudiera volver á la virtud...!

Aquí llegaba lá jóven en su inconecso discurso cuando sintió un ligero ruido á sus espaldas. Levantó la frente con soberbia y preguntó:

—Quién viene?

—Nada temáis, le respondió la voz de un hombre que llegaba trabajosamente á efecto de las dificultades que para salir al limpio del camino le presentaban los arbustos. Lidia puso la mano sobre el cabo de un puñal que se ocultaba en sus vestidos y esperó, mientras hacia esfuerzos por sofocar sus pasadas emociones. Por fin preséntose el incógnito diciéndole.

—Podéis volver á la virtud, como deseais, desventurada Lidia, podéis ser feliz con el amor de ese mancebo cautivo que ha turbado la paz de vuestra alma y que tambien en este instante sufre como vos; pero tenéis que comprar con sangre esas delicias.

—Con sangre! exclamó la jóven dando un paso atrás: y sois vos, señor quien me lo dice? évos, que solo debéis aconsejar la práctica de la humanidad y la concordia?

—Yo, repuso Cayetano con aire de inspirado, yo que solo por este medio veo el modo de salvar á este jóven del lazo que le tiende



la mas torpe ambicion. Escuchadme, Lidia. Tuizlo es hijo del Cacique de Samaná y por lo mismo poderoso, y D. Ricardo es noble, pero pobre: de modo que le mantiene á su calor como prisionero hasta que venciendo su repugnancia se case con su hija Isabela.

—Su repugnancia! repitió Lidia mientras sus ojos tomaban una expresion de indefinible alegría: ¿pues no la ama...?

—No la ama, ni la amaré toda la vez que ya os ha visto; pero con nosotros viene un hombre atroz que prometiéndose alcanzar una esplendida propina secunda y fortalece las esperanzas del anciano, un hombre que espia hasta las ideas del mancebo y no cesa de exortarla á ese imprudente matrimonio.

—Y bien! ¿quién es ese hombre?

—El único que puede obstruir vuestros pasos en el camino de la felicidad.

—Su nombre?

—Sotero.

La jóven cerró los ojos con una fuerza febril y quedó sumerjida en la mas profunda meditacion, mientras Cayetano dió una vuelta por los alrededores para convencerse de que nadie los oía. No muy lejos de aquel solitario recinto se percibió el rumor de un cuerpo que se alejaba apresuradamente.

—Nos habrán sorprendido? preguntó Cayetano á Lidia con la inquietud de los cobardes.

—No, Padre, le contestó esta: será alguno de los nuestros que vendria á buscar leña al bosque. Hablemos, pues de lo que sabéis que me interesa.

—Ya conocéis el nombre del que os puede contrariar en vuestras dulces esperanzas...

—Sí, Padre mio: le conozco y nada me es tan fácil como paralizar en su corazon hasta el último latido.

Al decir esto tocó al mango del puñal: Cayetano sonrió.

—Pero él nunca me amaria, continuó la jóven porque no soy pura como Isabela.

—Podréis serlo en adelante.

—Eso me ha dicho el anciano: con todo... el pasado...

—Una palabra mia basta para librar las almas al remordimiento de los estravíos.

—Ah! ¡Pronunciad esa palabra, señor, y soy dichosa!

—Os olvidais, Lidia, que mientras Sotero viva no podéis serlo? ¿Os olvidáis que Tuizlo no tiene voluntad propia desde que aquel se ha constituido para él en Argos y en Mentor? ¿Qué adelantaríais con que yo os absolviera de las debilidades de ayer, si para llegar mañana hasta el corazón de Tuizlo, tendríais que herir y hollar con vuestras plantas un cadáver? Imposible! Yo no pronuncio esa palabra mientras no hubiéreis concluido la obra de vuestra última esperanza, ó renunciéis enteramente á ella.

—Un asesinato...!

—Habeis dicho que nada os seria tan fácil...

—Cierto, pero nada al mismo tiempo tan horrible... Yo, señor, he asesinado mi pureza entregándome sin resistencia á las mas torpes tentaciones, envolviéndome en el raído manto del pecado; pero nunca he hecho frente al crimen...

—Entonces, —dijo el astuto Cayetano— seguid vuestra carrera, hermosa Lidia: gozad por vicio, y retroceded ante el camino de la salvación. Tuizlo será esposo de Isabela, y si no la ama hoy acabará por amarla tiernamente: el trato íntimo es la primera base del amor. Pero tened en cuenta que de este sacrificio Sotero es quien reporta el mayor bien; pues mientras él triunfa y se enriquece vos os seguireis arrastrando como los reptiles en el elemento de la corrupcion, y Tuizlo vegetará conforme entre los hierros de su doble cautiverio. Adios, Lidia...

Y así diciendo se disponia á marchar; pero la hija del pirata le detuvo por el brazo exclamando:

—Jamás! ¡Perezca ese hombre, señor, si yo me salve!

—Ya os lo dije —repuso Cayetano volviéndose con calma:— la existencia de Sotero es vuestro escollo: que su sangre tiña ese puñal y os respondo del porvenir.

—Me lo prometéis?

—Os lo juro.

—¿Dónde y á qué hora he de inmolarle?

—Aquí, á las primeras horas de la noche.

—Créis que ese joven me amará despues que sepa como he podido cometer un horrendo asesinato?

—Lo creo, porque comprenderá que al redimirle por ese único medio de la autoridad sultánica que ejerció sobre su alma el procurador gratuito de Isabela, verá también cuánto es el amor de

la vuestra. Tuizlo, Lidia, es generoso y á la vez agradecido; poco importan los medios si sabe apreciar dignamente los fines.

—Bien, repuso la jóven abriendo paso á un dolorosísimo suspiro: entonces, señor... hasta la noche...

Y sin esperar la respuesta de Cayetano desapareció entre el espesor de los ramajes. Aquel también se alejó con la alegría de los mónstruos, con el regocijo de las fieras que no viven de otra cosa mas que de la inhumanidad y de la sangre. Cierta de que Sotero y Morgan estaban de acuerdo para proteger á Tuizlo contra sus perversas asechanzas, y de que por consiguiente era una locura esperar la muerte de este último por el camino pactado con el pirata, marchaba recordando las estrofas que escuchára cantar la noche anterior desde la popa de la nave, y gozaba con la idea de alcanzar el triunfo á favor de la intriga que habia comenzado á poner en acción. Ahora veremos, pensaba, *si llegan a tiempo los avisos: veremos si rompen las tramas* que teje la venganza entre las sombras del misterio”. Y la risa de los protervos se columpiaba en sus lábios convulsivos. Asi continuó marchando aquel hombre por el bosque, á manera de un chacal rabioso, hasta que llegó á la puerta rústica de la *Caverna Sorda*, en cuyo interior rugían los aherrojados piratas y levantaban á coro mil horrendas maldiciones.

La noche al fin se presentó revestida con todos los atributos necesarios al espantoso crimen que en ella debia consumarse.

El viento que habia tomado las gigantescas proporciones de un asolador huracan silvaba á lo lejos sobre los afilados remates de las rocas evaporándose mas tarde débil como las vibraciones de un gemido. Los árboles corpulentos se balanceaban á su empuje, dóciles cual si fueran flecsibles espadañas y confundían entre sí las altas copas, concluyendo por crujir estallar y despojarse de sus renuevos mas pomposos. No habia absolutamente claridad: la luna andaba velada entre un denso espesísimo nublado del que se desprendían infinitas gotas de lluvia, gruesas y en extremo frias: la mar participaba de este desconcierto de la naturaleza.

En el mismo lugar en que tuvo efecto la entrevista de Lidia y Cayetano, cayó de súbito un rayo destrozando un antiquísimo caobo; á la luz del relámpago que le precedió, dos figuras humanas se descubrieron y se contemplaron... una estaba pálida y llorosa reclinada contra el mismo tronco del mutilado árbol... la otra, por el contrario, hizo brillar sus ojos con un fuego siniestro y sonrió.



—Lidia! dijo y esperó la respuesta de su cómplice.

—Yo soy, señor, respondió aquella con voz desfallecida!

—He visto á Tuizlo, continuó el infame Cayetano, y está pronto á recompensar vuestro heroísmo: el mas hermoso de los hombres responderá satisfactoriamente al reclamo de vuestro corazon, y mi mano consagrará para siempre vuestros votos.

—Así sea... pero ¿y Dios, señor? ... Podré esperar que me perdone por la nueva y violenta culpa que me mandáis á cometer?

—Nada temáis. Pues que yo os lo mando como habéis dicho, yo soy de ella el solo responsable: haceos cargo que yo soy la voluntad y vos únicamente el instrumento. Se trata de la felicidad de Tuizlo y de la vuestra, y de librar á Isabela de un tormento perdurable: que sucumba un miserable no es por cierto muy grande sacrificio para tan dignas áras... pero, silencio! ... alguien viene... ¡Lidia! la seña es una palmada... ¿Comprendéis?

La jóven no pudo responder porque seguramente hubiera sido oída... Un hombre á lo que se alcanzaba entre las tinieblas de la noche venia con paso apresurado envuelto en el buriel del marinero, por el camino que conducia á la encrucijada en que se hallaban apostados Lidia y Cayetano... La jóven se estremeció y su mano estrechó con una fuerza nerviosa el cabo del puñal que ya empuñaba...

El desconocido avanzaba con resolucion: Cayetano temblaba de ansiedad...

Por fin aquel llegó al punto céntrico respecto de los otros dos personajes y se disponian á ganar una cuestecita que se presentaba á sus pasos, por la que resbalaban las aguas susurrando para seguir en derechura hácia la mar... De súbito resonó una palmada...! Lidia salió de su escondrijo y lanzándose sobre el desconocido con la rapidez del gavilan sobre su presa, le clavó el puñal! en la mitad del pecho...

—Cielos! ... exclamó el desdichado cayendo en tierra y revolcándose en su misma sangre: ¡cobarde Sotero...! Ah... ¡Bien me lo dijísteis, Padre Anselmo...\*

—Dios mio...! dijo Lidia con desesperado acento: ¿a quién me habéis mandado herir, señor...? No es la víctima Sotero...?

\* Así en el original, a partir de este punto hasta concluirse la obra el nombre del religioso cambia de Fray Carlos a Fray Anselmo, quizás esto como vestigio de alguna versión previa de la obra. (N. del Editor).



Una carcajada infernal salida de la boca de Cayetano retumbó á lo léjos como el trueno.

—Ese es Tuizlo, incauta! le respondió al fin con un gozo indefinible: ese es mi rival...

Mas apenas habia concluido cuando otra voz robusta inesperrada, y amenazante le dijo.

—Sí, miserable ¡Ese infeliz que exhala el último suspiro sobre el lodo, es el bueno, el hermoso Tuizlo, el que te salvó anoche la vida para que tú se la arrancáras en fuerza de tus brutales apetitos... Pero su muerte ¡vive Dios! no ha de quedar sin venganza...!

Y asiendo á Cayetano del brazo lo arrastró hasta el cuerpo de Tuizlo, mientras con la derecha estraiá del seno una finísima daga.

—Insensato! exclamó Cayetano no pudiendo resistir á las fuerzas del atlético piloto; detente y considera á cuanto te espone esta irreverencia hecha á mi carácter...

—Eh...! Dejémonos ya de hipocresías, maese Cayetano.

—Como! Será que me tomes por otro...? Has olvidado que soy el Padre Anselmo? Entonces, amigo mio, te perdono.

—Calla nécio! Qué estás diciendo ahí de amigo y de Padre Anselmo...?

—Sotero! repuso jadeando de terror el falso sacerdote: mira por Dios que tu afecto á Tuizlo te estravia... Oh! reconóceme á la luz de ese relámpago...!

—Ya te he conocido á la de la luna: tú eres el soldado Cayetano, que robó sus títulos y su traje al verdadero Padre Anselmo: tú el que en la Española bajo las bovédas de un templo levantó la mano para abofetear al venerable Fray Pablo... tú, en fin, el que anoche conquistaba á Morgan para que al volver de Samaná atara un lingote al cuello de Tuizlo y le arrojara al hondo Océano!

—Pues que... Morgan... pero...

—No, Morgan nada me ha dicho: todo lo sé de tus propios labios. Cuando te revelabas á él yo que me finjia dormido te escuchaba.

—Sotero! murmuró débilmente el triste Tuizlo: por un momento creí... ese infame á quien conozco ahora me habia dicho que eras mi enemigo... perdona... ¡ay! ... la vida...! Isabela mia...! ¡yo muero...!



Y lanzando un agudísimo jemido su alma se escapó de aquella forma hermosa para volar al reino de las almas mártires. Sotero enjugó una lágrima cristalina que surcaba su mejilla.

Entretanto, Cayetano que había leído ya en su horoscopo y por lo mismo estaba seguro de que aquella era su última hora, procuraba sepultar con disimulo la mano derecha en la manga opuesta del hábito. Sotero lo observó y sin dar de seguir sus movimientos.

—Ea! le dijo con desesperación: pues que conocéis la Biblia sabréis lo de *el que a hierro mata á hierro muere*: ¡preparaos pues, á morir!

—Ese recuerdo, Sotero, mas que á mí conviene á Lidia, á Lidia que desesperada de la indiferencia de Tuizlo hácia su insensato amor, juró darle la muerte...

—Impostor! ¿No fuiste tú el que aquí mismo le aseguraba esta mañana que Tuizlo la amaba, pero que yo le oprimia y arrastraba por la fuerza á las plantas de Isabela? ¿No lo dijiste que era preciso sacrificarme para que ella fuese un dia dichosa...?

—Oh...! gritó frenético el veterano: esto es ya demasiado... ¡Miserable pirata! ¡Anda á unirte...

La palabra espiró en los lábios de Cayetano, cuyo cuerpo rodó sobre la yerba dando saltos como un pez. Sotero le había visto levantar el brazo al pronunciar aquellas frases, y sospechando con razon que podia eludir el golpe con el golpe le derribó súbitamente de una sola puñalada.

—Maldito seas...! exclamó Cayetano en su lucha con las agonías de la muerte.

—Acaba tu papel, víbora infernal! repuso Sotero, y dándole un puntapié despues de arrancarle de la mano derecha una navaja, se echó sobre el hombro el cadáver de Tuizlo y se alejó camino de la habitacion de Morgan. Pocos pasos había dado cuando se encontró con el pirata que venia á todo correr por la misma serventía.

—Sotero! exclamó horrorizado al verle ¿qué ha sucedido? qué cuerpo es ese?

—El de Tuizlo...!

—Como! El de Tuizlo? ¡Vive Dios! ¿Y el Padre Anselmo?

—No le conozco.

—Bien... Cayetano...

—Ah! Cayetano...

¿Dónde está...?

—En la eternidad...!

—El fue su asesino! Bien lo sospeché... y se dio una palmada en la frente.

—Que sospechásteis?

—Amigo mio, Tuizlo ha sido víctima de una intriga abominable. Esta tarde llegó un sirviente de la Gruta Sorda diciéndole que D. Ricardo le llamaba. El jóven se envolvió en mi chaqueta de cubierta para ser mas respetado y desapareció... Luego pensé que podria estraviarse y dispuse que mi segundo le siguiese; mas este volvió como á la media hora deiciéndome que la oscuridad no le habia permitido encontrarle: sali entónces, oí voces por esta parte y acudia... tu presencia me lo esplica todo... Pobre jóven! Pero en fin, ¿murió su asesino?

—Murió renegando bajo el filo de mi puñal.

Callaron los dos piratas y compartiéndose entre sí la carga continuaron su marcha hácia el cementerio de la Zaona situado á un extremo de la playa.

.....

Ocho dias despues desembarcaron de una chalupa en las áridas costas de Cabo Rojo, isla de Puerto Rico, un anciano enfermo y una jóven loca. A su lado estaba Sotero tributándole los mayores consuelos; la jóven imprimia mil besos de fuego que mitigaba el llanto, sobre una de las plumas de papagayo con que los indios ornan la perte superior de la cabeza, y el anciano estrechaba á su pecho el arco de una flecha... Eran las únicas memorias que en su desventura conservaban Isabela y D. Ricardo del amigo y del amante...!

.....

Pero ¿qué fue de Lidia? Qué se hizo de esta infortunada jóven despues de haber dado muerte á Tuizlo...? Esto es lo que nadie pudo averiguar; pero desde entónces se oyen en la Zaona unos trístisimos gemidos y unas voces que piden perdon del lado de la playa siempre que la luna brilla; y en el pueblo de Higüey se



vé vagar la figura de una muger en torno del Santuario de Altagracia. Es evidente que esos gemidos son los de Lidia sobre la tumba de su víctima, y que aquella blanca visión gigantesca y vaporosa, es ella misma que va á orar ante la Santa Casa de la Virgen...

.....

Por esto, señor vuelvo á decir á V. que ni hecho cuartos voy á tender mis redes en el litoral de la Zaona.





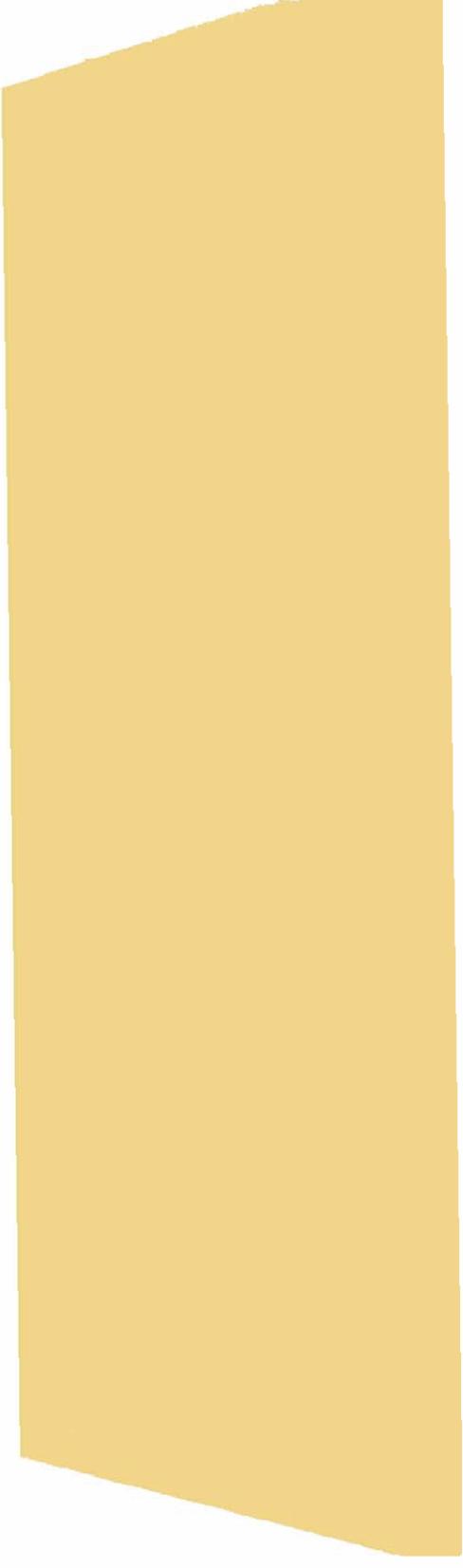
**Este libro se terminó de imprimir  
el día 22 de enero de 1981 en los  
Talleres Gráficos de Editora Corripio, C. x A.  
Calle "A" Esquina Central  
Zona Industrial de Herrera  
Santo Domingo, Rep. Dominicana**



*Proyecto de Digitalización*  
Academia Dominicana de la Historia



*Proyecto de Digitalización*  
Academia Dominicana de la Historia



*Todo lo que el hombre ha sido, hecho, obtenido y pensado,  
está, como por magia, en las páginas de los libros.*

*Thomas Carlyle*



Proyecto de Digitalización  
Academia Dominicana de la Historia

**Sociedad Dominicana de Bibliófilos, Inc.**

*Calle Las Damas No. 106 - Apartado Postal 917*

*Santo Domingo, República Dominicana*

*Teléfonos 687-6644 — 687-6655*